

L A E S F I N G E D E L O S  
H I E L O S

---

J U L I O V E R N E

**CUADERNO PRIMERO**

A la memoria de Edgard Poe.

A mis amigos de América.

**I**

**LAS ISLAS KERGUELEN**

Nadie, sin duda, prestará fe a esta narración, titulada *La esfinge de los hielos*.

No importa. En mi opinión, conviene que vea la luz pública. Cada cual es libre de prestarla o no crédito.

Difícil sería, tratándose del comienzo de estas maravillosas y terribles aventuras, imaginar lugar más apropiado que las islas de la Desolación, nombre que les fue dado en 1779 por el capitán Cook. Después de lo que he visto durante mi estancia en ellas en 1809, puedo asegurar que merecen el lamentable calificativo dado por el célebre

navegante inglés. Con decir islas de la Desolación, todo está dicho.

Sé que en la nomenclatura geográfica se las conoce con el nombre de Kerguelen, generalmente adoptado para este grupo, comprendido en el 49° 54' de latitud S y 69° 6' de longitud E, nombre que se justifica por el hecho de que en el año 1772, el barón francés Kerguelen fue el primero que señaló estas islas en la parte meridional del Océano índico. Lo cierto es que el jefe de la escuadra había creído descubrir un continente nuevo, en el límite de los mares antárticos, y en el curso de una segunda expedición preciso le fue reconocer su error. No había allí más que un archipiélago. Pero créaseme: islas de la Desolación es el único nombre que conviene a este grupo de trescientas islas o islotes, perdido en medio de aquellas inmensas soledades oceánicas, turbadas casi continuamente por las grandes tempestades australes.

Sin embargo, el grupo está habitado, y en la fecha 2 de Agosto de 1809, desde hacía dos meses, gracias a mi presencia en Christmas-Harbour, el número de los europeos y americanos que formaban el principal núcleo de la población kerguelense había aumentado en uno. Pero yo no esperaba más que ocasión para abandonarla, terminados los estudios geológicos y mineralógicos que a ella me habían llevado.



El puerto de Christmas está situado en la más importante de las islas de este archipiélago, cuya superficie mide 4.500 kilómetros cuadrados, o sea la mitad de la de Córcega. Ofrece bastante seguridad, y es de franco y fácil acceso. Los barcos encuentran en él anclaje en cuatro brazadas de agua. Después de haber doblado al Norte el cabo Francisco, que el Table-

Mount domina en una extensión de 1.200 pies, contemplad al través el arco de basalto acanalado en su extremo. Veréis una estrecha bahía, resguardada por los islotes contra los furiosos vientos del Este y del Oeste. Al fondo surge Christmas-Harbour. Que vuestro barco se dirija a él directamente manteniéndose a babor. Colocado en su sitio de anclaje, podrá permanecer con una sola ancla, con facilidad de borneo, mientras la bahía no sea invadida por los hielos.

Por lo demás, las Kerguelen ofrecen otras bahías, y por centenares; tan desfilachadas están sus costas como los bajos de la falda de una pobre, sobre todo en la parte comprendida entre el Norte y el Sudeste. Pululan allí las islas y los islotes. Todo el suelo de este archipiélago, de origen volcánico, se compone de cuarzo, mezclado de una piedra azulada. Llegado el estío, nacen verdes musgos, líquenes grises, diversas plantas fanerógamas, fuertes y sólidas saxifragas. Un solo árbol vegeta allí, una especie de berza de un gusto agrio, que inútilmente se buscaría en otros países.

Existen allí los terrenos que convienen en sus rookerys a los pájaros bobos, y otros, cuyas bandadas innumerables pueblan estos parajes. Vestidos de amarillo y blanco, la cabeza hacia atrás y con sus alas que figuran las mangas de un traje, estos estúpidos volátiles parecen desde lejos una fila de monjes en procesión a lo largo de las playas.

Las Kerguelen poseen además otros representantes del reino animal. Ofrecen múltiples refugios a los bueyes marinos, a las focas, a los elefantes de mar. La caza y la pesca

de estos anfibios son bastante fructuosas para alimentar relativo comercio y atraer algunos navíos.

El día en que está historia empieza, paseábame yo por el puerto, cuando el posadero se acercó a mí y me dijo:

-Si no me engaño, el tiempo empieza a parecerle a usted largo, señor Jeorling.

Era el tal un robusto y alto americano, instalado hacia quince años en Christmas-Harbour y dueño de la única posada del puerto.

-Largo, en efecto, le respondería a usted, Atkins, si no le mortificase a usted mi respuesta.

-De ninguna manera- respondió él.- Crea usted que estoy acostumbrado a estas respuestas como las rocas del cabo Francisco a las olas.

-¿Y aguanta usted como él?

-¡Sin duda, señor Jeorling! Desde el día en que usted desembarcó en Christmas-Harbour y se instaló usted en casa de Fenimore Atkins, cuya muestra es el *Cormorán Verde*, me dije: «Dentro de quince días, si no es de ocho, mi huésped lamentará haber desembarcado en las Kerguelen.»

-No, Atkins, yo no lamento jamás nada de lo que he hecho.

-¡Buena costumbre, señor!

-Además, recorriendo este grupo he tenido ocasión de observar cosas curiosas. He atravesado estas vastas planicies onduladas, cortadas por hornagueras tapizadas de recios musgos y llenas de curiosas muestras de minerales. He tomado parte en vuestras pescas de bueyes marinos y focas;

he visitado los rookerys, donde los pájaros bobos y los albatros viven como buenos camaradas, y todo esto me parece digno de observarse. Usted me ha servido de vez en cuando los petrilbaltasar, condimentados por usted, manjar muy aceptable cuando se posee un buen apetito. En fin, he encontrado una excelente acogida en el *Cormorán Verde*, por lo que le estoy muy agradecido. Pero, si no falla mi cuenta, hace ya dos meses que el barco chileno *Penas* me ha depositado en Cristmas-Harbour en pleno invierno...

-¿Y siente usted deseo- dijo el posadero- de volver a su país que es el mejor, señor Jeorling, de regresar a Connecticut, de volver a ver Hartford, nuestra capital...?

-Sin duda, Atkins, pues pronto hará tres años que recorro el mundo. Preciso será detenerse un día u otro y... echar raíces.

-¡Ah...! ¡Ah!... Cuando se echan raíces- respondió el americano guiñando un ojo- se acaba por extender las ramas.

-Como usted lo dice, Atkins. Sin embargo, como carezco de familia, lo probable es que en mí termine la línea de mis antepasados. No creo que a los cuarenta años me acometa la idea de extender mis ramas, como usted lo ha hecho, mi querido posadero; pues usted es un árbol, y un árbol hermosísimo.

-Un roble... y hasta una encina, si usted quiere, señor Jeorling.

-Y ha obrado usted cuerdamente obedeciendo las leyes de la Naturaleza. Pues si la Naturaleza nos ha dado piernas para caminar...

-Nos ha dado también con qué sentarnos- exclamó Fenimore Atkins lanzando una carcajada;- y, por esto, desde hace quince años yo estoy cómodamente sentado en Christmas-Harbour, donde me he casado, y mi compañera Betsey me ha gratificado con diez hijos, que a su vez me gratificarán con nietos, los que se encaramarán por mis pantorrillas como gatitos pequeños.

-¿Y no volverá usted nunca a su país natal?

-¿A Baltimore? ¿Qué haría allí? ¿Qué hubiera hecho? Luchar con la miseria... No... Aquí, en las islas de la Desolación, donde jamás he tenido ocasión para desesperarme, tengo asegurado el porvenir para mí y los míos.

-Lo felicito a usted, Atkins, porque es usted feliz. No obstante, no es imposible que algún día se apodere de usted el deseo...

-¿De trasplantarme, señor Jeorling? Se lo he dicho a usted: soy una encina..., e intente usted trasplantar una encina que esté hundida hasta la mitad del tronco en la tierra de las Kerguelen.

Daba gusto oír al digno americano, aclimatado de tal modo a este archipiélago, y tan vigorosamente templado por la rudeza de su clima. Vivía allí, con su familia, como los pájaros bobos en sus rookerys, familia compuesta de la madre, valerosa matrona, y los hijos robustos, de floreciente salud e ignorando lo que son anginas o dilataciones del estómago. El negocio marchaba. El *Cormorán Verde* gozaba de gran fama y contaba con la parroquia de todos los barcos, balleneros o no, que hacían escala en las Kerguelen. Les



proveía de sebo, de grasas, de alquitrán, de brea, de especias, azúcar, té, conservas, whisky y Ginebra.

Inútilmente se hubiera buscado otra posada en Christmas-Harbour. En lo que se refiere a los hijos de Fenimore Atkins, eran carpinteros, veleros, pescadores, y cazaban anfibios, que perseguían en el fondo de todos los pasos durante la estación cálida. Eran, en suma, bravas gentes que obedecían su destino.

-En fin, Atkins, y para concluir- dije yo- estoy encantado de haber venido a las Kerguelen. Llevaré de ellas un buen recuerdo, aunque no me disguste gran cosa darme de nuevo al mar.

-Vamos, señor Jeorling, un poco de paciencia- respondió el filósofo.- No se debe apresurar ni desear la hora de una separación. Además, no olvide usted que los días hermosos no tardarán en volver. Dentro de cinco o seis semanas...

-Pero entretanto- exclamé,- los montes y las llanuras, las rocas y las playas, están cubiertas de una espesa sábana de nieve, y el sol no tiene la fuerza necesaria para disolver las brumas del horizonte.

-No, señor Jeorling.- Se ve ya apuntar el césped salvaje bajo la blanca cubierta. Mírela usted bien.

-Entre nosotros, Atkins, ¿pretenderá usted que los hielos no se amontonarán en vuestras bahías durante el mes de Agosto, que es el Febrero de nuestro hemisferio Norte?

-Convengo en ello, señor Jeorling. Pero... se lo repito a usted: ¡paciencia! Este año el invierno ha sido dulce. Los

barcos aparecerán pronto en el Este o en el Oeste, pues la época de la pesca se aproxima.

-El cielo le oiga a usted, Atkins, y guíe a buen puerto al navío, que no tardará..., la goleta *Halbrane*.

-Capitán Len Guy- añadió el posadero.- Un valiente marino, aunque inglés (en todas partes hay buena gente), y que se avitualla en el *Cormorán Verde*.

-¿Cree usted que la *Halbrane*...?

-Será señalada antes de ocho días al través del cabo Francisco, señor Jeorling, y si así no sucede, es que el capitán Len Guy no existirá, y de no existir éste, será porque la *Halbrane* se habrá ido a pique entre las Kerguelen y el cabo de Buena Esperanza.

Y después de hacer un expresivo gesto que indicaba que semejante eventualidad estaba fuera de todo lo probable, Fenimore Atkins se separó de mí.

Esperaba yo que las previsiones de mi posadero no tardarían en realizarse. El tiempo se me hacía largo. A creerle, se revelaban ya los síntomas de la buena estación; buena para estos parajes, como se comprende. Aunque el yacimiento de la isla principal esté casi a la misma latitud que el de París en Europa y el de Quebec en Canadá, trátase aquí del hemisferio meridional, y se sabe que, efecto de la órbita elíptica que describe la Tierra, uno de cuyos centros ocupa el Sol, este hemisferio es más frío en invierno que el hemisferio septentrional, y también más cálido que él en verano. Lo cierto es que el período invernal es terrible en las Kerguelen a causa de las tempestades, y que la mar se hielá allí durante

varios meses, por más que la temperatura no sea de un extraordinario rigor, siendo la media de dos grados centígrados en el invierno, y de siete en el verano, como en las Falklands o en el cabo Horn. No hay que decir que durante este período, Christmas-Harbour y los otros puertos no abrigan un solo barco. En la época de que hablo, los steamers eran aun raros. Respecto a los veleros, cuidadosos de no dejarse bloquear por los hielos, iban a buscar los puertos de la América del Sur, en la costa occidental de Chile, o los de África, más generalmente Cape-Town, del cabo de Buena Esperanza. Algunas chalupas, las unas presas ya en las aguas solidificadas, las otras arrojadas sobre la arena y hundidas hasta la bola de sus mástiles, era todo lo que ofrecía a mis miradas la superficie de Christmas-Harbour.



A pesar de que las diferencias de temperatura no son considerables en las Kerguelen, el clima es húmedo y frío. Sobre todo en la parte occidental, el grupo recibe frecuentemente el asalto de las borrascas del Norte o del Oeste, mezcladas de granizo y lluvia. Hacia el Este el cielo es más claro, aunque la luz esté siempre algo velada, y por esta

parte el límite de las nieves sobre las crestas de las montañas se eleva a 50 toesas sobre el nivel del mar. Después de los dos meses que acababa de pasar en el archipiélago de las Kerguelen, yo no esperaba más que la ocasión de partir de nuevo a bordo de la goleta *Halbrane*, cuyas cualidades, desde el punto de vista sociable y marino, no dejaba de alabar mi entusiasta posadero.

-¡No encontrará usted barco mejor!- repetíame de continuo. -Ninguno de los capitanes de la marina inglesa puede ser comparado con mi amigo Len Guy, ni por la audacia, ni por el conocimiento de su oficio. Si se mostrase más hablador, más comunicativo, sería perfecto.

Habíame, pues, decidido a aceptar las recomendaciones de Atkins. Así que la goleta anclase en Christmas-Harbour, tomaría mi billete. Después de una escala de seis o siete días, ella se haría de nuevo a la mar con dirección a Tristán de Acunha, donde llevaba cargamento de mineral de estaño y cobre.

Tenía el proyecto de permanecer algunas semanas del buen tiempo en esta última isla. Desde aquí contaba partir para el Connecticut. No me olvidaba, sin embargo, de reservar al azar la parte que en todo proyecto humano le corresponde, pues como ha dicho Edgard Poe, siempre es prudente tener en cuenta lo imprevisto, lo inesperado; y los hechos fortuitos, accidentales, merecen no ser olvidados, y el acaso debe incesantemente ser materia de riguroso cálculo.

Y si cito a nuestro gran autor americano, es porque, aunque yo sea hombre de espíritu muy práctico, de carácter

muy serio, y de natural poco propenso a lo fantástico, no por eso admiro menos a este genial poeta de las extravagancias humanas.

Por lo demás, y volviendo a la *Halbrane*, o más bien a las ocasiones que se me ofrecerían de embarcarme en Christmas-Harbour, no había que temer ningún percance. En esta época, las Kerguelen eran anualmente visitadas por numerosos navíos, quinientos por lo menos. La pesca de los cetáceos daba fructuosos resultados, como puede juzgarse por el siguiente hecho: un elefante de mar, uno solo, da una tonelada de aceite, es decir, un rendimiento igual al de mil pingüinos. Verdad es que en estos últimos años no hacen escala en este archipiélago arriba de una docena de barcos, pues la abusiva destrucción de los cetáceos ha reducido la cifra.

No había, pues, que tener inquietud alguna respecto a la facilidad de abandonar a Christmas-Harbour, ni aun en el caso de que la *Halbrane* faltase a su cita y el capitán Len Guy no viniese a dar un apretón de manos a su compadre Atkins.

Todos los días me paseaba por los alrededores del puerto. El sol comenzaba a adquirir fuerza. Las rocas volcánicas despojábanse poco a poco de su blanco tocado de invierno. Sobre la arena aparecía un musgo de color de vino, y al largo serpeaban las cintas de esas algas de cincuenta a sesenta yardas. Hacia el fondo de la bahía, algunas gramíneas alzaban su punta tímida, entra otras la lyella, que es de origen andino, a más de las que produce la tierra fuegiense, y también el único arbusto de este suelo, del que ya he hablado, esa col gigantesca tan preciosa por sus virtudes contra el escorbuto.

En lo que concierne a los mamíferos terrestres- pues los mamíferos marinos abundan en estos parajes,- yo no había encontrado uno solo, ni batracios, ni reptiles, únicamente algunos insectos, mariposas y otros, y sin alas, por la razón de que, antes que pudieran utilizarlas, las corrientes atmosféricas las llevaban a la superficie de las agitadas olas de estos mares.

Una o dos veces me había embarcado a bordo de una de esas sólidas chalupas con las que los pescadores afrontan los ramalazos de viento que baten como catapultas las rocas de las Kerguelen. Con tales barcos podría intentarse la travesía de Cape-Town, y llegar al puerto si el tiempo no era malo. Pero téngase la seguridad de que no era mi intención abandonar Christmas-Harbour en tales condiciones. No. ¡Yo esperaba a la goleta *Halbrane*, y la goleta *Halbrane* no podía tardar!

En el curso de estos paseos de un bahía a otra, había yo observado con gran curiosidad los diversos aspectos de la accidentada costa, esqueleto prodigioso, de formación ígnea, que agujereaba el blanco sudario del invierno y dejaba pasar por él sus azulados miembros.

¡Qué impaciencia sentía a veces a pesar de los sabios consejos de mi posadero, tan feliz en su casa de Christmas Harbour! Son raros en este mundo aquellos a los que la práctica de la vida ha hecho filósofos. Además, en Fenimore Atkins, el sistema muscular dominaba al nervioso. Tal vez poseía también menos inteligencia que instinto, y estas gentes están mejor armadas para defenderse contra los golpes de la

vida, y es posible que sus probabilidades de encontrar la felicidad en este bajo mundo sean más serias.

-¿Y la *Halbrane*?- preguntábale yo todas las mañanas.

-¿La *Halbrane*, señor Jeorling? Seguramente llegará hoy, me respondía; y si no es hoy, será mañana. Algún día será, ¿no es cierto?... Que será la víspera de aquel en que el pabellón del capitán Len Guy se despliegue ante Christmas-Harbour.

Para aumentar el campo de vista, yo no hubiera tenido más que subir al Table-Mount. Por una altura de mil doscientos pies se obtiene una extensión de treinta y cinco millas, y tal vez, aun al través de la bruma, la goleta sería vista veinticuatro horas antes. Pero sólo un loco hubiera podido pensar en subir a aquella montaña, cubierta aun de nieve desde las laderas a la cúspide.

Recorriendo las playas, a veces ponía en fuga a gran número de anfibios, que se sumergían en las aguas nuevas. En cuanto a los pingüinos, impasibles y pesados, no desaparecían cuando yo llegaba. A no ser por el aire estúpido que los caracteriza, se vería uno tentado a dirigirles la palabra, a condición de hablar en su lengua gritona y ensordecedora. Respecto a los petrales negros, a los pufinos negros y blancos, a los colimbos y las cercetas, huían en seguida.

Un día asistí a la partida de un albatros, que los pingüinos saludaron con sus mejores graznidos, como a un amigo que, sin duda, les abandonaba para siempre. Estos poderosos volátiles pueden hacer jornadas de doscientas leguas sin



descansar un instante, y con tal rapidez que recorren grandes espacios en algunas horas.

El albatros, inmóvil sobre elevada roca, en el extremo de la bahía de Christmas-Harbour, miraba al mar que la resaca empujaba violentamente contra los escollos.

De repente el pájaro se elevó con rápido arranque, con las patas replegadas y la cabeza alargada como la parte saliente de un navío, exhalando su agudo graznido, y algunos instantes después, reducido a un punto negro en el vacío, desaparecía tras las brumas del Sur.

II

**LA GOLETA «HALBRANE»**

Trescientas toneladas de cabida, arboladura inclinada que le permite ceñir el viento, muy rápida en su andadura, un velamen que comprendo: mástil de mesana, mesana goleta, bambola, gavia y mastelero de juanetes. En el palo mayor, cangreja y espiga; en la proa trinquete, grande y pequeño foque. Tal es el schooner esperado en Christmas-Harbour; tal es la goleta *Halbrane*.

A bordo había un capitán, un lugarteniente, un contramaestre, un cocinero y ocho marineros; total 12 hombres, lo que es bastante para la maniobra. Construido sólidamente, con las cuadernas y hordaje empernados con cobre, de buen velamen, aquel barco, muy marino, muy manejable, apropiado a la navegación, entre los cuarenta y sesenta paralelos Sur, hacía honor a los constructores de Birkenhead. Atkins me había dado estas noticias, excuso decir que con gran acompañamiento de elogios.

El capitán Len Guy, de Liverpool, era por las tres quintas partes propietario de la *Halbrane*, que mandaba desde hacía unos seis años.

Traficaba en los mares meridionales de África y América, yendo de unas islas a otras y de uno a otro continente. La razón de que su goleta no llevara más que 12 hombres estaba en que se ocupaba del comercio únicamente. Para la caza de anfibios, focas o becerros marinos hubiera sido necesario tripulación más numerosa, con los aparatos, harpones, bálagos, sedales exigidos para estas rudas operaciones. Añado que en medio, de estos parajes, poco seguros, frecuentados en aquella época por piratas, y en las cercanías de islas que deben ser miradas con desconfianza, una agresión no hubiera pillado desprevenida a la *Halbrane*. Cuatro piezas de artillería, suficiente cantidad de balas y metralla, un pañol lleno de pólvora, fusiles, pistolas y carabinas, garantizaban su seguridad. Además, los hombres del puesto estaban siempre alerta. Navegar por aquellos mares sin haber tomado estas precauciones hubiera sido rara imprudencia.

El 7 de Agosto por la mañana, en ocasión en que yo me encontraba acostado y medio dormido, la gruesa voz del posadero y los puñetazos que a mi puerta daba éste me hicieron saltar del lecho.

-Señor Jeorling, ¿está usted despierto?

-Sin duda, Atkins; y ¿cómo no con ese estrépito? ¿Qué pasa?

-Un navío a seis millas, en el Nordeste, y con el cabo en dirección a Christmas.

-¿Será la *Halbrane*?- exclamé, arrojando vivamente las mantas.

-Dentro de algunas horas lo sabremos, señor Jeorling. De todos modos, es el primer barco que viene en el año, y me parece justo que se le haga buena acogida.

Vestíme en un instante y me reuní con Fenimore Atkins en el muelle, en el sitio en que el horizonte aparecía ante los ojos en ángulo muy abierto, entre los dos extremos de la bahía de Christmas-Harbour.

El tiempo estaba bastante claro, sin brumas; la mar tranquila, bajo ligera brisa. Por otra parte, y gracias a los vientos regulares, el cielo se muestra más luminoso en este lado de las Kerguelen que en el opuesto.

Unos veinte habitantes- pescadores la mayor parte,- rodeaban a Atkins, el cual era, sin oposición, el personaje más considerable y considerado del archipiélago, y, en consecuencia, el más escuchado.

El viento favorecía entonces la entrada en la bahía. Pero como la marea estaba baja, el navío señalado, un schooner, evolucionaba sin apresuramiento, las velas bajas, esperando la marea plena.

Discutían los del grupo, y yo, muy impaciente, seguía la discusión sin mezclarme en ella. Las opiniones eran distintas y defendidas con igual terquedad.

Debo confesar, y esto me disgustaba, que la mayoría estaba en contra de la opinión de que el schooner fuera la *Halbrane*. Dos o tres solamente se declaraban por la afirmativa, y entre ellos el dueño del *Cormorán Verde*.

-¡Es la *Halbrane!*- repetía.- ¡Vamos, que no llegar el capitán Len Guy el primero a las Kerguelen!... Es él... Estoy tan seguro como si estuviese aquí, su mano sobre la mía, y tratando de renovar su provisión de patatas.

-¡Tiene usted bruma en los párpados, señor Atkins!- replicó uno de los pescadores.

-¡No tanta como tú en la cabeza!- respondió el posadero con acritud.

-Ese barco no tiene corte inglés- declaró otro.- Por su aspecto parece más bien de construcción americana.

-No... Es inglés- insistió Atkins,- y sería capaz de asegurar de qué talleres ha salido. Sí, de los talleres de Birkenhead, en Liverpool, donde la *Halbrane* ha sido botada.

-No- afirmó un viejo marino.- Ese schooner ha sido construido en Baltimore, en casa de Nipper y Stronge, y las aguas del Chesapeake han estrenado su quilla.

-¡De las aguas del Mersey, abominable tonto!- replicó Atkins. -Limpia tus anteojos y mira el pabellón que sube al asta.

-¡Inglés!- exclamaron todos.

En efecto: el pabellón del Reino Unido acababa de ser desplegado.

No había, pues, duda de que era un navío inglés que se dirigía hacia el paso de Christmas-Harbour; pero de aquí no se desprendía que se tratase precisamente de la goleta del capitán Len Guy.

Dos horas después no podía haber cuestión. Antes del mediodía la *Halbrane* anclaba en Christmas-Harbour.

Grandes demostraciones de Atkins a la vista del capitán de la *Halbrane*, que me pareció menos expansivo.

Un hombre de cuarenta y cinco años, de compleción sanguínea, miembros sólidos como los de su goleta, cabeza recia, cabellos ya grises, ojos negros de pupila brillante bajo espesas cejas, labios delgados que descubrían dentadura fuerte en poderosas mandíbulas, barbilla prolongada por roja y perilla, piernas y brazos vigorosos; tal era el capitán Len Guy. Su rostro, más que duro, impasible, como el de hombre reservado que no entrega sus secretos, como pude saber el mismo día por alguien mejor informado que Atkins, aunque este último pretendiese ser gran amigo del capitán. La verdad era que nadie podía alabarse de haber penetrado aquella naturaleza bastante ruda.

Importa mencionar que el individuo al que he aludido era el contraamaestre de la *Halbrane*, llamado Hurliguerly, natural de la isla de Vight, de cuarenta y cuatro años de edad, regular estatura, vigoroso, los brazos separados del cuerpo, las piernas arqueadas, la cabeza redonda sobre cuello de toro, el pecho lo bastante ancho para contener dos pares de pulmones (y yo me preguntaba si no los tenía realmente: tanto aire consumía para el acto de la respiración), siempre soplando, impenitente hablador, la mirada maliciosa, la cara alegre, con gran número de arrugas bajo los ojos, producidas por la incesante contracción del gran cigomático. Añadamos un pendiente, uno sólo, que pendía de su oreja derecha. ¡Qué contraste con el capitán de la goleta! Y ¿como podían entenderse dos seres tan distintos? Sin embargo, se

entendían, puesto que desde quince años antes navegaban juntos, primeramente sobre el brick *Power*, que había sido reemplazado por el schooner *Halbrane*, seis años antes del comienzo de esta historia.

Desde su llegada supo Hurliguerly, por Fenimore Atkins, que si el capitán Len Guy consentía en ello yo tomaría pasaje a bordo de la goleta. Así es que, sin presentación ni preparación, el contraatastre se acercó a mi por la tarde. Conocía ya mi nombre y me abordó en estos términos:

-Señor Jeorling: le saludo a usted.

-También yo le saludo a usted, amigo mío- respondí.-  
¿Qué desea usted?

-Ofrecerle a usted mis servicios.

-¿Sus servicios?... ¿Y con qué objeto?

-Al objeto de la intención que usted tiene de embarcarse en la *Halbrane*.

-Pero, ¿quién es usted?

-El contraatastre Hurliguerly, llamado así y puesto así en el estado nominativo de la tripulación, y, además, el fiel compañero del capitán Len Guy, el que me escucha con gusto aunque tiene la reputación de no escuchar a nadie.

Pensé que sería conveniente utilizar los servicios de hombre tan amable, el cual no parecía dudar de su influencia sobre el capitán Len Guy. Así es que le respondí:

-Pues bien, amigo mío, hablemos si sus tareas no le reclaman en este momento.

-Puedo disponer de dos horas, señor Jeorling. Además, hoy el trabajo es poco. Mañana el de desembarcar algunas

mercancías y renovar algunas provisiones... Todo este tiempo es de descanso para la tripulación. Si usted está libre como yo...

Y, al decir esto, extendió su mano hacia el fondo del puerto en dirección a sitio que le era familiar.

-¿No estamos bien aquí para hablar?- observé yo, deteniéndole.

-¡Hablar, señor Jeorling..., hablar de pie y con el gazonete seco, siendo tan fácil hacerlo sentados en un rincón del *Cormorán Verde*, entre dos tazas de té al whisky!

-Yo no bebo, contraмаestre.

-Bien... Yo beberé por los dos... ¡Oh! ¡No suponga usted que trata con ningún borracho no! Nunca más que lo preciso; pero todo lo preciso.

Seguí al marino, evidentemente acostumbrado a nadar en las aguas de las tabernas. Y mientras Atkins se ocupaba, en el puente de la goleta, de los precios de las compras y ventas, nosotros nos instalamos en el salón de la posada.

Ante todo le dije al contraмаestre:

-Precisamente contaba con Atkins para ponerme en relación con el capitán Len Guy; pues, si no me engaño, lo conoce mucho.

-¡Oh!...- dijo Hurliguerly.- Fenimore Atkins es un buen hombre, y el capitán le estima; pero por lo demás... déjeme usted que yo trate el negocio, señor Jeorling.

-¿Es un asunto difícil, contraмаestre? ¿No hay un camarote disponible en la *Halbrane*? El más pequeño me convendrá, y yo pagaré...



-¡Muy bien, Sr. Jeorling! Hay un camarote a bordo que nadie ha utilizado jamás; y toda vez que usted está dispuesto a vaciar el bolsillo, si esto es necesario... Sin embargo, para entre nosotros, conviene tener más malicia de la que usted piensa y de lo que piensa mi viejo amigo Atkins para decidir al capitán Len Guy a tomar un pasajero. ¡Sí! No está de más toda la malicia del buen muchacho que está en disposición de beber a la salud de usted, lamentando que usted no le devuelva el brindis.

¡Con qué vivo resplandor del ojo derecho, mientras guiñaba el izquierdo, acompañó Hurliguerly está declaración!

Parecía como si toda la viveza que poseían sus dos ojos hubiera pasado al través de uno. Inútil es añadir que el final de su hermosa frase se ahogó en un vaso de whisky, cuya excelencia no podía el contramaestre apreciar porque el *Cormorán Verde* no se avituallaba más que con la cala de la *Halbrane*.

Luego, aquel diablo de hombre sacó de su chaqueta una pipa negra y corta, la llenó de tabaco, la encendió después de haberla colocado en el intersticio de dos molares, en un ángulo de su boca, y se envolvió en tal humareda, como un steamer con la caldera llena, que su cabeza desapareció tras una nube gris.

-Señor Hurliguerly- dije.

-señor Jeorling.

-¿Por qué el capitán no me aceptará?

-Porque no entra en sus cálculos tomar pasajeros a bordo, y hasta ahora ha rehusado siempre proposiciones de ese género.

-¿Y por qué razón?

-Porque no quiere tener impedimento alguno en sus marchas; ir donde quiera, dasandar el camino, por poco que esto le convenga; ir al Norte, al Sur, a Levante, a Poniente, sin dar a nadie razón alguna. No abandona jamás los mares del Sur, y hace ya muchos años que los recorremos juntos entre la Australia al Este y la América al Oeste, yendo de Hobart-Town a las Kerguelen, a Tristán de Acunha, a las Falklands, no haciendo escala más que el tiempo preciso, para vender nuestro cargamento, y llegando alguna vez hasta el mar Antártico. En tales condiciones, usted lo comprenderá, un pasajero puede ser molesto; y además, ¿quién querrá embarcar en la *Halbrane*, que va siempre donde el viento la arrastra?

Preguntábame si el contraamaestre no pretendía hacer de la goleta un barco misterioso, que navegase al azar, no deteniéndose en sus escalas; una especie de navío errante de las altas latitudes, mandado por un capitán fantástico. Fuera lo que fuera, le dije:

-En fin, la *Halbrane* va a abandonar las Kerguelen dentro de tres o cuatro días.

-Seguramente.

-¿Y esta vez pondrá el cabo al Oeste para llegar a Tristán de Acunha?

-Probablemente.

-Pues bien, contraмаestre. Me basta esta probabilidad; y toda vez que usted me ofrece sus buenos servicios, decida usted al capitán Len Guy a que me acepte como pasajero.

-Delo usted por hecho.

-Perfectamente, Hurliguerly, y no se arrepentirá usted.

-¡Eh! señor Jeorling- respondió aquel singular contraмаestre, sacudiendo la cabeza como saliera del agua.- Nunca me arrepiento de nada, y sé que haciéndole a usted un servicio tampoco me arrepentiré. Ahora, con su permiso, me marcho a bordo sin esperar el regreso del amigo Atkins.

Después de vaciar de un trago su último vaso de whisky (yo pensé que el vaso iba a desaparecer en su gaznate con el licor), Hurliguerly me dirigió una sonrisa de protección, y balanceando su robusto cuerpo sobre el doble arco de sus piernas, y empenachado con la acre humareda que del horno de su pipa se escapaba, salió del *Cormorán Verde*.

Quedé ante la mesa bajo el imperio de contrarias reflexiones.

¿Quién era realmente el capitán Len Guy? Atkins me le había presentado como un buen marino y un valiente. Nada me autorizaba para dudarlo, pero además era un tipo original a juzgar por lo que el contraмаestre acababa de decirme. Confieso que nunca había pensado que pudiera existir dificultad alguna para mi embarque en la *Halbrane*, puesto que no me importaba el precio y estaba dispuesto a contentarme con la vida de a bordo. ¿Por qué razón el capitán Len Guy había de rehusarme cosa tan sencilla? ¿Era admisible que él no quisiera sujetarse a ningún trato, ni

quedar obligado a cambiar el curso de su navegación, si así era su capricho? ¿o tenía motivos para desconfiar de un extranjero? ¿Hacía, pues, el contrabando, o la trata, comercio aun más frecuente en aquella época en los mares del Sur? Explicación plausible, después de todo, por más que mi digno posadero respondiera de la *Halbrane* y de su capitán. Honrado navío, honrado capitán. Fenimore Atkins salía garante de uno y otro. Esto era algo, pero ¿no se hacía ilusiones respecto a ambos puntos? Realmente él no conocía al capitán Len Guy más que de verle una vez al año hacer escala en las Kerguelen, donde no se entregaba más que a operaciones regulares, que no dejaban paso a sospecha alguna.

Por otra parte, yo me preguntaba si el contraamaestre no había exagerado con el objeto de dar más importancia a sus servicios.

Tal vez el capitán Len Guy tendría a gran dicha y satisfacción llevar a bordo a un pasajero tan acomodaticio como yo pretendía ser, y que no repararía en el precio del pasaje.

Una hora después yo encontraba al posadero en el puerto, y le puse al tanto de lo ocurrido.

-¡Ah!... siempre es el mismo ese endiablado Hurliguerly-exclamó. -A creerle, el capitán Len Guy no se sonará las narices sin consultarle... Créame usted, señor Jeorling: ese contraamaestre no es malvado, ni bestia, pero si buscador de dollars o guineas. ¡Si cae usted en sus manos, ojo al bolsillo! Abotónesele usted, y no se deje coger.

-Gracias por el consejo, Atkins... Y ahora dígame: ¿ha hablado usted ya con el capitán Len Guy?... ¿Le ha hablado él a usted?...

-Aun no, señor Jeorling. Tenemos tiempo. La *Halbrane* no ha hecho más que llegar.

-Bien... pero usted lo comprenderá... Yo desearía arreglar esto cuanto antes.

-Esté usted tranquilo.

-Deseo saber a qué atenerme...

-¡No hay nada que temer, señor Jeorling!... Las cosas marcharán por sí solas. Un poco de paciencia. Además, a falta de la *Halbrane*, no esperará- usted mucho tiempo. Con la época de la pesca, Christmas-Harbour contará bien pronto con más barcos que casas hay en torno del *Cormorán Verde*. Confíe usted en mí. Yo me encargo de su embarque.

En todo esto, nada más que palabras del contraamaestre por un lado y de Atkins por otro. Así es que, a pesar de sus buenas promesas, resolví dirigirme directamente al capitán Len Guy, por poco abordable que éste fuera, y hablarle de mi proyecto en cuanto le encontrara solo.

Hasta el día siguiente no se presentó esta ocasión. Hasta entonces había yo paseado a lo largo del muelle, examinando el schooner, un navío de notable construcción y de gran solidez. Ésta es una cualidad indispensable en estos mares, donde los hielos derivan alguna vez más allá del paralelo quincuagésimo.

Era por la tarde. Cuando me acerqué al capitán Len Guy comprendí que mi presencia le molestaba.

Claro es que en Christmas-Harbour, la pequeña población de pescadores, no se renueva nada. Tal vez en los barcos, bastante numerosos en esta época, algunos habitantes de las Kerguelen se alisten para reemplazar a los ausentes o desaparecidos. En el fondo la población no se modifica, y el capitán Len Guy debía de conocerla individuo por individuo. Algunas semanas más tarde, cuando toda la flotilla hubiera vertido su personal sobre los muelles, donde reinaría una animación extraordinaria, el capitán Len Guy hubiera podido equivocarse; pero en la fecha actual, mes de Agosto, la *Halbrane*, aprovechando un invierno de dulzura verdaderamente excepcional, estaba sola en mitad del puerto.

Era, pues, imposible que el capitán Len Guy no hubiese adivinado en mí a un extranjero, aun en el caso que el contra maestre y Fenimore Atkins no hubieran dado aun ningún paso que a mi objeto se refiriese.

Su actitud, pues, no podía significar más que esto: o al tanto de mis deseos no quería tratar de ellos, o ni Hurliguerly, ni Atkins le habían hablado del asunto de la víspera. En este último caso, si él se alejaba de mí, obedecía a su natural poco comunicativo, o no le convenía entar en relaciones con un desconocido.

La impaciencia se apoderó de mí. Si aquel erizo rehusaba mis proposiciones, pasaría por la repulsa. No tenía yo la pretensión de obligarle a que me admitiera a bordo de su navío aunque no quisiera. Además, en las Kerguelen no había cónsul ni agente americano al que hubiera yo podido acudir en queja de la negativa del capitán. Lo importante era salir de

dudas, y si el capitán Len Guy me rechazaba, le dejaría en paz y esperaría la llegada de otro barco más complaciente...; lo que, a la postre, no significaba más que un retraso de dos o tres semanas.

En el momento en que yo iba a abordarlo, el lugarteniente de a bordo vino a reunirse con su capitán. Este aprovechó la ocasión para alejarse, y haciendo al oficial seña de que le siguiera, rodeó el fondo del puerto y desapareció tras una roca, subiendo la bahía por la parte septentrional.

-¡Al diablo!- pensé yo.- Hay motivos para creer que me será difícil conseguir lo que deseo... Pero esto no es más que un compás de espera. Mañana por la mañana iré a bordo de la *Halbrane*. ¡Quiera o no quiera el capitán Len Guy, tendrá que escucharme y responderme sí o no!

Además, podía acontecer que, a la hora de la comida, el capitán Len Guy fuese al *Cormorán Verde*, donde los marinos tienen la costumbre de almorzar y comer durante el tiempo que las escalas duran. Después de pasar algunos meses en el mar agrada cambiar un *menu*, generalmente reducido a galleta y carne en conserva. Hasta la salud lo exige, y mientras que los víveres frescos son puestos a disposición de las tripulaciones, los oficiales comen muy a su placer en la posada. No dudaba yo que mi amigo Atkins lo hubiera dispuesto todo para recibir convenientemente al capitán, al lugarteniente y también al contramaestre de la goleta.

Esperé, pues, y hasta muy tarde no me sentó a la mesa; cuando lo hice, sufrí un desengaño.

¡No! Ni el capitán Len Guy ni nadie de a bordo vinieron a honrar con su presencia el *Cormorán Verde*. Tuve que comer solo, como lo hacía desde dos meses antes; pues, como fácilmente se comprende, los clientes de Atkins no se renovaban durante la mala estación.

Terminada la comida, a las siete y media, y ya de noche, fuime a pasear por el puerto, por la parte edificada.

El muelle estaba desierto. Las ventanas de la posada daban algo de claridad. Ni un hombre en tierra de la tripulación de la *Halbrane*. Los botes se habían reunido y se balanceaban a impulsos de la marea ascendente.

Aquel schooner era como un cuartel, y los marineros tenían la consigna de acostarse al caer el sol, medida que debía de contrariar al hablador y bebedor Hurliguerly, muy amigo, en mi opinión, de recorrer las tabernas en el curso de las escalas. No le vi en los alrededores del *Cormorán Verde*.

Permanecí en aquel sitio hasta las nueve. Poco a poco, la masa del navío desapareció en la sombra. Las aguas de la bahía no reflejaban más que la claridad del farol de proa, suspendido del palo de mesana.

Volví a la posada, en la que encontré a Fenimore Atkins fumando su pipa junto a la pnera.

-Atkins- le dije.- Parece que el capitán Len Guy no gusta de frecuentar esta posada.

-Algunas veces viene, los domingos, y hoy es sábado, señor Jeorling.

-¿Le ha hablado usted?



-Sí- me respondió el hostelero con tono que indicaba una visible contrariedad.



-¿Le ha anunciado usted que una persona a la que usted conoce deseaba embarcarse en la *Halbrane*?

-Sí.

-Y ¿qué ha respondido?

-No lo que yo hubiera querido, ni lo que usted desea, señor Jeorling...

-¿Rehusa?

-Casi, casi, si es rehusar el decirme: «Atkins, mi goleta no está en condiciones para recibir pasajeros. Jamás he admitido ninguno, ni tengo la intención de hacerlo.»

III

EL CAPITÁN LEN GUY

Dormí mal. «Soñé que soñaba», y- ésta es una observación de Edgard Poe- cuando se sospecha que se sueña, se despierta enseguida. Despertéme, pues, siempre muy intrigado por aquel maldito capitán Len Guy. La idea de embarcarme en la *Halbrane* cuando ésta partiese de las Kerguelen había echado raíces en mi cerebro. Atkins no había cesado de prodigar alabanzas a aquel navío, el primero que, invariablemente, anclaba todos los años en Christmas-Harbour. Contando los días, contando las horas, ¡cuántas veces me había yo visto a bordo de aquella goleta que navegaba por el archipiélago hacia la costa americana! No dudaba mi posadero de que el capitán me complacería en mis deseos, de conformidad con sus intereses. No es cosa corriente que un navío de comercio rehúse un pasajero, cuando esto no debe obligarla a modificar su itinerario, si el precio del pasaje es bueno. ¿Quién lo hubiera creído?...

Así, yo experimentaba gran cólera contra un personaje tan poco complaciente. Excitábanse mi bilis y mis nervios ante el obstáculo que acababa de presentarse en mi camino.

Pasé, pues, una noche de fiebre, y hasta que llegó el día no recobré la calma.

Por lo demás, yo estaba resuelto a tener una explicación con el capitán Len Guy acerca de su incalificable proceder. Tal vez no obtendría nada de aquel erizo, pero al menos le diría lo que tanto me molestaba.

Atkins la había hablado para recibir la respuesta que se sabe. En cuanto a Hurliguerly, tan atento al ofrecerme su influencia y sus servicios, ¿se atrevería a mantener su promesa? No habiéndole vuelto a ver, yo lo ignoraba. En todo caso, no había debido de ser más afortunado que el hostelero del *Cormorán Verde*.

Salí a las ocho de la mañana. Hacía un tiempo de perros, como dicen los franceses o, para emplear una expresión más justa, un tiempo perro. Lluvia mezclada de nieve, borrasca que venía del Oeste, nubes que rodeaban las bajas zonas, una avalancha de aire y agua. No era de suponer que el capitán Len Guy hubiera bajado a tierra para calarse hasta los huesos.

En efecto: el muelle estaba solitario. Algunos barcos de pesca habían abandonado el puerto ante la tormenta, y sin duda se habían puesto al abrigo de ella en el fondo de las ensenadas que ni el mar ni el viento podían combatir. Ir a bordo de la *Halbrane* no era posible, sin tener a mi disposición alguno de sus botes, y el contra maestre no hubiera tomado sobre sí la responsabilidad de enviármele.

-Además- pensé,- sobre el puente de la goleta el capitán está en su casa, y para lo que pienso responderle, si se obstina en su incalificable negativa, es preferible un terreno neutral. Voy a espiar desde mi ventana, y si su bote le trae al muelle, está vez no logrará evitar que le hable.

Regresé al *Cormorán Verde*, y me puse en acecho tras el cristal de mi ventana, que limpié del hielo, sin dárseme ya un ardite de la borrasca que, soplando por la chimenea, esparcía las cenizas del hogar.

Yo esperaba nervioso, inquieto, tascando el freno, en un estado de irritación creciente.

Transcurrieron dos horas, y como sucede frecuentemente, gracias a la inestabilidad de los huracanes en las Kerguelen, el viento se calmó antes que yo.

A eso de las once, las altas nubes del Este se disiparon, y la borrasca fue a desvanecerse al lado opuesto de las montañas.

Yo abrí mi ventana en el momento en que uno de los botes de la *Halbrane* se disponía a largar su cabo. Descendió un marinero y cogió los remos, mientras un hombre se sentaba a la popa. Entre el schooner y el muelle no había más que unas cincuenta toesas. El bote llegó a él. El hombre saltó a tierra.

Era el capitán Len Guy.

En algunos segundos franqueé la puerta de la posada y me detenía ante el capitán, que, aunque hubiera querido, no podía evitar que le hablase.

-Caballero- le dije con tono seco y frío, frío como el tiempo desde que los vientos soplaban del Este.

El capitán Len Guy me miró fijamente, y noté la tristeza de sus ojos, negros como la tinta. Después, en voz baja, me preguntó:

-¿Es usted extranjero?

-Extranjero en las Kerguelen... sí- respondí.

-¿De nacionalidad inglesa?

-No...; americano...

Me saludó con un ademán ceremonioso, y le devolví el mismo saludo.

-Caballero- continué,- tengo motivos para creer que Atkins, el dueño del *Cormorán Verde*, le ha hecho a usted una proposición que se relaciona conmigo, proposición que, a mi entender, merecía favorable acogida de parte de un...

-¿La proposición de recibirlo a usted a bordo de mi goleta?-interrumpió el capitán Len Guy.

-Precisamente.

-Siento mucho no haber podido complacer a usted.

-Pero... ¿me dará usted la razón?

-Porque no tengo la costumbre de admitir pasajeros...

Primera razón.

-¿Y la segunda, capitán?

-Porque el itinerario de la *Halbrane* no está nunca resuelto de antemano...

Ella parte para un puerto... y va a otro, si en ello encuentra ventaja. Sepa usted, caballero, que yo no estoy al

servicio de armador ninguno. La goleta me pertenece en gran parte, y no tengo orden de recibir a nadie en mis travesías.

-En ese caso, de usted depende exclusivamente el concederme pasaje.

-Sea...; pero con harto sentimiento no puedo responder más que con una negativa.

Tal vez cambiara usted de opinión cuando sepa que me importa poco el destino de la goleta. No es un absurdo suponer que irá a alguna parte.

-A alguna parte, en efecto...

Y en aquel momento parecióme que el Capitán Len Guy arrojaba una larga mirada hacia el horizonte del Sur.

-Pues bien, caballero- añadí-, ir a un sitio o a otro me es indiferente. Lo que ante todo deseo es abandonar las Kerguelen en la ocasión más próxima que se me ofrezca.

El capitán Len Guy quedó pensativo.

-¿Me hará usted el honor de escucharme?- pregunté vivamente.

-Sí, señor.

-Añadiré, pues, que salvo error, y si el itinerario de la goleta no ha sufrido modificación, tiene usted la intención de partir de Christmas-Harbour para Tristán de Acunha.

-Tal vez a Tristán de Acunha...; tal vez al Cabo...; tal vez a las Falklands... o a otra parte.

-Pues bien, capitán Guy; precisamente a otra parte es donde yo deseo ir- repliqué irónicamente, haciendo esfuerzos para contener mi ira.

Entonces en la actitud del capitán Len Guy se efectuó un cambio singular. Su voz se alteró, tornándose más dura.

En pocas palabras me hizo comprender que toda insistencia sería inútil;- que nuestra conversación había durado bastante; que el tiempo le era muy precioso; que sus negocios le llamaban a las oficinas del puerto; en fin, que nos habíamos dicho, y de modo completo, cuanto teníamos que decirnos.

Yo había extendido el brazo para detenerle- sujetarle sería palabra más propia,- y la conversación, empezada de mala manera, amenazaba concluir peor, cuando aquel extraño personaje, volviéndose a mí, me dijo con tono dulce:

-Crea usted, caballero, que lamento en el alma mostrarme tan poco afectuoso con un americano. Pero no podría modificar mi conducta En el curso de la navegación de la *Halbrane* puede sobrevenir algún accidente imprevisto, que haría molesta la presencia de un extraño..., aun siendo tan fácil de contentar como usted. Esto sería exponerme a no poder aprovechar las casualidades que busco.

-Le he dicho a usted y le repito, capitán, que si mi intención es volver a América, al Connecticut, me es indiferente que sea en tres o en seis meses, y por uno u otro camino, y aunque la goleta llegue a los mares antárticos.

-¿Los mares antárticos?- exclamó el capitán con voz interrogativa.

Su mirada parecía registrar en mi corazón, como si hubiera estado armada de un dardo.



-¿Por qué habla usted de los mares antárticos?-repitió cogiéndome una mano.

-Pues lo mismo... que hubiera podido hablar de los boreales..., del polo Norte..., lo mismo que del polo Sur...

No respondió el capitán; pero creí ver que a sus ojos asomaba una lágrima. Después, volviendo a otro orden de ideas, y deseoso de arrojar algún doloroso recuerdo evocado por mi respuesta, dijo:

-¡El polo Sur!... ¿Quién osaría aventurarse?...

-Tocarle es difícil y no reportaría ninguna utilidad-respondí.- No obstante, se encuentran caracteres aventureros para lanzarse a tales empresas.

-Sí... ¡aventureros!- murmuró el capitán Len Guy.

-Ya ve usted... Los Estados Unidos intentan ahora llevarlo a efecto con la división de Carlos Wilkes, el *Vanconver*, el *Peacock*, el *Porpoise*, el *Flying Fish* y varios otros buques que se unen a ellos.

-¿Los Estados Unidos, señor Jeorling? ¿Afirma usted que el Gobierno federal ha enviado una expedición a los mares antárticos?

-El hecho no admite duda, y el año último, antes de mi partida de América, supe que esta división acababa de darse a la mar. Hace un año de esto, y es muy posible que el audaz Wilkes haya llevado sus reconocimientos más lejos que los descubridores que le han precedido.

El capitán Len Guy había quedado silencioso, y sólo salió de aquella inexplicable preocupación para decir:

-En todo caso, si Wilkes llega a franquear el círculo polar... es dudoso que pase más altas latitudes que...

-Que sus predecesores Bellingshausen, Forster, Kendall, Biscoe, Morrell, Kemp, Belleny... - respondí.

-Y que... - añadió el capitán Len Guy.

-¿De quién quiere usted hablar?- pregunté.

-Usted es natural del Connecticut?- dijo bruscamente el capitán Len Guy.

-Del Connecticut.

-¿De qué parte?

-De Hartford.

-¿Conoce usted la isla de Nantucket?

-Varias veces la he visitado.

-Supongo que sabrá usted- dijo el capitán Len Guy, mirándome fijamente- que allí es donde nuestro novelista Edgard Poe ha hecho nacer a su héroe Arthur Gordón Pym.

-En efecto- respondí;- lo recuerdo. El principio de esa novela está colocado en la isla de Nantucket.

-¿Esa novela dice, usted?

-Sin duda, capitán.

-Sí..., y habla usted como todo el mundo... Pero, perdone usted, caballero. No puedo detenerme más tiempo. Yo lamento sinceramente... Crea usted que si hubiera podido... Dudo que mis ideas se modifiquen en lo que a la proposición de usted se refiere. Por otra parte, no tendrá usted más que aguardar algunos días. La estación de la pesca va a comenzar... Navíos de comercio, balleneros, harán escala en Christmas-Harbour..., y le será a usted fácil embarcarse en

alguno de ellos, con la seguridad de ir al sitio que a usted convenga..., Yo siento mucho, caballero..., siento vivamente..., y quedo a sus órdenes...

Pronunciadas estas últimas palabras, el capitán Len Guy se retiró, y la conversación terminó de distinto modo al que yo suponía... Quiero decir, de una manera política aunque sería.

Como de nada sirve empeñarse en lo imposible, abandoné la esperanza de navegar en la *Halbrane*, guardando rencor a su maldito capitán. Y ¿por qué no confesarlo? Mi curiosidad se había despertado. Comprendía que en el alma del marino había un misterio, y me hubiera gustado penetrarle. El imprevisto cambio de nuestra conversación; aquel nombre de Arthur Pym, pronunciado de tan inopinada manera; las preguntas sobre la isla de Nantucket; el efecto producido por la noticia de que en los mares australes se efectuaba una campaña dirigida por Wilkes; la afirmación de que el navegante, americano no avanzaría más hacia el Sur que... ¿De quién había querido hablar el capitán Len Guy? Todo esto era materia de reflexión para un espíritu tan práctico como el mío.

Aquel día, Atkins quiso saber si el capitán Len Guy se había mostrado más asequible. ¿Había yo obtenido autorización para ocupar uno de los camarotes de la goleta? Tuve que confesar al posadero que no había sido más afortunado que él en mis negociaciones, lo que no dejó de sorprenderle por no comprender la negativa, la terquedad del capitán... No le reconocía. ¿De dónde procedía aquel

cambio? Y cosa que más directamente la tocaba- ¿por qué, en contradicción con lo que durante las escalas sucedía, el *Cormorán Verde* no había sido frecuentado ni por los tripulantes ni por los oficiales de la *Halbrane*? Parecía que la tripulación obedecía a una orden. Dos o tres veces solamente el contramaestre fue a instalarse en el salón de la posada, y esto fue todo. De aquí, gran descorazonamiento en Atkins.

En lo que se refiere a Hurliguerly, comprendí que, a pesar de sus imprudentes promesas, ya no tenía por qué conservar conmigo relaciones, cuando menos inútiles. No puedo decir si había intentado convencer a su jefe; pero, caso afirmativo, seguramente que su insistencia le había valido duros reproches.

Durante los tres días siguientes, 10, 11 y 12 de Agosto, hicieron los trabajos de aprovisionamiento y reparación de la goleta.

Veíase a la tripulación ir y venir por el puente, visitar la arboladura, efectuar las maniobras corrientes, estirar los obenques y brandales que se habían aflojado durante la travesía, pintar de nuevo los altos y los empalletados deteriorados por los golpes del mar, reenvergar las velas nuevas, remendar las viejas, que podrían aun utilizarse con el buen tiempo, calafatear aquí y allá los huecos del casco y del puente a fuerza de martillazos.

Este trabajo se cumplía con regularidad, sin esos gritos, esas interpelaciones, esas cuestiones propias entre los marinos en escala. La *Halbrane* debía de estar bien mandada; su tripulación bien organizada, muy disciplinada, hasta

silenciosa. Tal vez el contraamaestre debía de formar contraste con sus camaradas, pues me había parecido muy dispuesto a la risa, a la broma, a hablar sobre todo, a menos que no diera gusto a la lengua más que cuando descendía a tierra.

En fin, se supo que la partida de la goleta se había fijado para el 15 de Agosto, y la víspera de este día no tenía yo aun motivo para pensar que el capitán Len Guy hubiera vuelto sobre la negativa tan categóricamente formulada.

Por lo demás, no pensaba en ello. Había tomado mi partido. Todo deseo de recriminar había pasado. No hubiera permitido que Atkins diera un paso más en el sentido de mis deseos. Cuando el capitán Len Guy y yo nos volvimos a encontrar en el muelle, parecíamos gentes que no se conocían, que no se habían visto jamás... Observé, no obstante, que una o dos veces su actitud indicó alguna duda... Parecía como que quería dirigirme la palabra y que se viera arrastrado por secreto impulso. Pero no lo había hecho, y yo no era hombre para provocar una nueva explicación. Además- y lo supe el mismo día- Fenimore Atkins, contraviniendo a mi formal mandato, había hablado de mi asunto al capitán Len Guy, sin conseguir nada. Era un asunto «terminado»..., por más que no fuera ésta la opinión del contraamaestre.

Efectivamente: Hurliguerly, interpelado por el hostelero del *Cormorán Verde*, no creía que la partida estuviera definitivamente perdida.

-Es muy posible- repetía- que el capitán no haya dicho su última palabra.

Pero apoyarse en los dichos de aquel hablador fuera introducir un término falso en una ecuación, y aseguro que la próxima partida del schooner me era indiferente. Sólo pensaba en espiar la aparición de otro navío en las Kerguelen.

-Dentro de una o dos semanas- me repetía mi posadero- tendrá usted más suerte que con el capitán Len Guy. Habrá más de uno que no pedirá cosa mejor sino que usted se embarque en su navío.

-Sin duda, Atkins; pero no olvide usted que la mayor parte de los barcos que vienen a pescar a las Kerguelen permanecen aquí cinco o seis meses..., y como tenga que esperar tanto tiempo para darme a la mar...

-¡No todos, señor Jeorling, no todos! Algunos hay que no hacen más que tocar en Christmas-Harbour. Se presentará alguna buena ocasión, y no tendrá usted que arrepentirse de no haberse podido embarcar en la *Halbrane*.

Ignoro si habría o no de arrepentirme; pero lo cierto es que estaba escrito que abandonaría las Kerguelen como pasajero de la goleta, y que ella iba a arrastrarme a la más extraordinaria de las aventuras de las que los anales marítimos de aquella época habían de ocuparse.

En la tarde del 14 de Agosto, a eso de las siete y media, cuando las sombras de la noche envolvían ya la isla, vagaba yo, después de comer, por el muelle, en la parte Norte de la bahía. El tiempo era seco, el cielo punteado de estrellas, el aire vivo, el frío intenso. En tales condiciones, mi paseo no podía prolongarse.

Media hora después me dirigía, pues, hacia el *Cormorán Verde*, cuando un individuo cruzó ante mí, dudó, volvió sobre sus pasos y se detuvo.

La obscuridad era bastante profunda para que pudiera reconocerle... Pero su voz no me dejó duda alguna. Era el capitán Len Guy.

-Señor Jeorling- me dijo,- la *Halbrane* se da mañana a la vela... Mañana por la mañana..., con la marea.

-¿Qué me importa, puesto que usted rehusa?...

-Caballero..., he reflexionado en la proposición de usted, y si no ha cambiado usted de idea..., a las siete esté usted a bordo.

-A fe mía, capitán, que no esperaba este cambio de usted.

-Repito que he reflexionado, y añado que la *Halbrane* irá directamente a Tristán de Acunha, lo que le conviene a usted, según creo.

-Es lo mejor, capitán, mañana a las siete estaré a bordo.

-Donde tiene usted dispuesto su camarote.

-Respecto al precio del pasaje...- dije.

-Ya arreglaremos eso después, y a satisfacción de usted- respondió el capitán.- Hasta mañana, pues.

-Hasta mañana.

Había extendido mi mano para sellar nuestro pacto. Sin duda la obscuridad impidió al capitán ver mi ademán, pues no respondió a él, y alejándose rápidamente llegó a su bote, que le llevó en algunos golpes de remo.

Yo estaba muy sorprendido, y Atkins lo fue en el mismo grado cuando, de regreso en el *Cormorán Verde*, le puse al corriente de lo sucedido.

-Vamos- me respondió-. Ese viejo zorro de Hurliguerly tenía razón. Esto no obsta para que su demonio de capitán sea más caprichoso que una niña mal educada. ¡Con tal de que en el momento de partir no cambie de idea!...

Hipótesis inadmisibles; y reflexionando en el caso, yo pensaba que el cambio no se había efectuado por volubilidad ni capricho. Si el capitán Len Guy había mudado de opinión, era porque tenía un interés cualquiera en que yo fuese a bordo de su goleta, y a mi juicio, el suceso obedecía- tenía como una intuición de ello- a lo que yo le había dicho relativamente al Connecticut y a la isla Nantucket. En qué podía eso interesarle, era cosa que el porvenir explicaría.

Rápidamente terminé mis preparativos de viaje. Yo soy de esos viajeros prácticos que no llevan gran equipaje, y darían la vuelta al mundo con un saco y una maleta de mano. Lo más grande de mi material consistía en esos trajes forrados, indispensables a cualquiera que navegue al través de las altas latitudes. Cuando se recorre el Atlántico meridional, lo menos que puede hacerse es tomar por prudencia tales precauciones.

Al día siguiente, 15, antes del alba, me despedí del digno Atkins. No había tenido más que motivos de alabanza para las atenciones y servicios de mi compatriota, desterrado en las islas de la Desolación, donde los suyos y él vivían contentos. El servicial posadero se manifestó muy sensible a mi



agradecimiento. Cuidadoso de mi interés, tenía prisa de verme a bordo, temiendo siempre que el capitán Len Guy “hubiera cambiado sus amuras” desde la víspera.

Me lo repitió con insistencia y me confesó que, durante la noche, se había asomado varias veces a la ventana a fin de asegurarse que la *Halbrane* permanecía en su sitio, en medio de Christmas-Harbour. No se vio libre de tal inquietud, de la que yo no participaba, hasta que empezó a amanecer.

Atkins quiso acompañarme a bordo para despedirse del capitán Len Guy y del conrmaestre. Un bote esperaba en el muelle y nos transportó a la escala de la goleta.

La primera persona que encontré en el puente fue Hurliguerly.

Me lanzó una mirada de triunfo que parecía decir:

-¿Lo ve usted? Nuestro dificultoso capitán ha acabado por aceptar. Y ¿a quién se lo debe usted, sino a este conrmaestre que le ha servido a usted admirablemente, y que no ha encarecido su influencia?

¿Era verdad? Tenía yo poderosas razones para no admitirlo sin grandes reservas... En fin, esto importaba poco. La *Halbrane* iba a levar ancla, y yo estaba a bordo.

Casi en seguida el capitán Len Guy apareció en el puente. No pareció advertir mi presencia, de lo que, por otra parte, yo no pensé asombrarme.

Se habían comenzado los preparativos para aparejar. Las velas habían sido retiradas de sus estuches, y las demás maniobras estaban listas.

El lugarteniente, en la proa, vigilaba la operación de virar con el cabestrante hasta ponerse a pique del ancla.

Atkins se acercó entonces al capitán Len Guy, y le dijo con voz persuasiva:

-Hasta el año próximo.

-¡Si Dios quiere, señor Atkins!

Estrecháronse las manos; después el contraamaestre fue a su vez a oprimir vigorosamente la del posadero del *Cormorán Verde*, al que el bote volvió al muelle.

A las ocho, cuando la marea era ya grande, la *Halbrane* puso al viento sus velas bajas, tomó las amuras a babor, evolucionó para descender la bahía Christmas-Harbour bajo un vientecillo del Norte, y puso el cabo al Noroeste.

Con las últimas horas de la tarde desaparecieron las blancas cimas del Table Mount y del Havergal, agudas punta que se elevan, la una a 2.000 y la otra a 3.000 pies sobre el nivel del mar.

IV

**DE LAS ISLAS KERGUELEN A LA ISLA DEL  
PRÍNCIPE EDUARDO.**

¡Nunca quizá travesía alguna ha tenido un comienzo más feliz! Y por una suerte inesperada, en vez de que la incomprensible negativa del capitán Len Guy me hubiera dejado por algunas semanas en Christmas-Harbour, una agradable brisa me arrastraba lejos, sobre una mar apenas agitada, con velocidad de nueve millas por hora.

El interior de la *Halbrane* respondía al exterior. Buen aspecto, la limpieza minuciosa de una queche holandesa, lo mismo en el *rouf* que en el puesto de la tripulación.

A babor se encontraba el camarote del capitán Len Guy, el que, por una vidriera que se bajaba, podía vigilar el puente, y, en caso necesario, transmitir sus órdenes a los hombres del cuarto, colocados entre el palo mayor y el de mesana. A estribor, disposición idéntica para el camarote del lugarteniente. Ambos tenían una cama estrecha, un armario de mediana capacidad, un sillón de paja, una mesa enclavada

en el suelo, una lámpara, diversos instrumentos náuticos, barómetro, termómetro, reloj marino, sextante encerrado en una caja de madera, y que no salía sino en el momento en que el capitán se disponía a tomar la altura.

Otros dos camarotes estaban en la popa, cuya parte media servía de comedor, con mesa en el centro, entre bancos de madera con respaldos movibles.

Uno de estos camarotes había sido preparado para mí. Recibía luz por dos vidrieras que se abrían, la una sobre la parte lateral y la otra sobre popa. En este sitio el timonel estaba en pie ante la rueda, por encima de la cual pasaba el guía de la cangreja, el que se prolongaba varios pies.

Mi gabinete medía ocho pies por cinco. Acostumbrado a las exigencias de la navegación, no me hacía falta más como espacio, ni como mobiliario: una mesa, un armario, un sillón de caña, un aguamanil con pie de hierro y un catre, cuyo delgado colchón hubiera, sin duda, provocado algunas quejas en un pasajero menos acomodaticio. Por otra parte, no se trataba más que de una travesía relativamente corta, puesto que la *Halbrane* me desembarcaría en Tristán de Acunha. Entré, pues, en posesión del camarote mencionado, que no debía ocupar más que durante cuatro o cinco semanas.

Sobre la proa del palo de mesana, bastante reducido del centro, lo que alargaba el galón del trinquete, estaba amarrada la cocina por medio de sólidos cabos. Más allá se alzaba la chupeta, con gruesa tela encerada, que por una escala daba acceso al puesto y al entrepuente. En el mal tiempo cerrábase

herméticamente la chupeta, y el puesto quedaba al abrigo de los envites del mar.

Los ocho hombres de que la tripulación se componía llamábanse así; Martín Holt, maestro velero; Hardie, maestro calafate; Rogers, Drap, Francis, Gratián, Burry, Stern, marineros de veinticinco a treinta y cinco años, todos ingleses, de las costas de la Mancha y del canal San Jorge, muy diestros en su oficio y notablemente disciplinados bajo una mano de hierro.

Desde el principio pude notarlo: el hombre de excepcional energía, al que obedecían por una palabra, por un gesto, no era el capitán de la *Halbrane*, sino el oficial segundo, el lugarteniente Jem West, en aquella época de unos treinta y dos años.

Jamás he encontrado, en el curso de mis viajes al través de todos los Océanos, carácter parecido. Jem West había nacido en la mar, y desde su infancia había vivido a bordo de una gabarra, de la que era patrón su padre y sobre la que vivía toda la familia. Nunca, en ninguna época de su existencia, había respirado más aire que el salino de la Mancha, del Atlántico o del Pacífico. Durante las escalas, él no desembarcaba más que para las necesidades de su servicio, fuese éste del Estado o del comercio. Si se trataba de abandonar un navío por otro, llevaba a éste su equipaje y ya no se movía. Marino por el alma, este oficio era toda su vida. Cuando no navegaba en lo real, lo hacía con la imaginación. Después de haber sido mozo, grumete, marinero, llegó a ser contraestre segundo, después primero... y, al fin,

lugarteniente de la *Halbrane*, y desde diez años antes desempeñaba las funciones de segundo a las órdenes del capitán Len Guy.

Jem West no tenía la ambición de llegar más alto: no buscaba hacer fortuna; no se ocupaba ni de comprar ni de vender un cargamento. De arrumarle sí, porque el arrumaje es de primera consideración para que un barco marche bien. Respecto a los detalles de la navegación, de la ciencia marítima, la instalación del aparejo, la utilización de la energía velera, la maniobra en todas sus partes, los anclajes, la lucha contra los elementos, las observaciones de longitud y latitud, todo, en suma, lo que concierne a ese admirable aparato que se llama el barco de vela, Jem West lo entendía como ninguno.

He aquí ahora al lugarteniente en la parte física: estatura regular, más bien delgado, todo nervios y músculos, miembros vigorosos, de una agilidad de gimnasta, mirada de marino de sorprendente penetración, el rostro curtido, los cabellos recios y cortos, las mejillas y la barbilla imberbes, las facciones regulares, la fisonomía denotando energía, audacia, y la fuerza física en su máximo tensión.

Jem West hablaba poco, solamente cuando se le preguntaba. Daba sus órdenes con voz clara, en palabras precisas, que no repetía, mandando de forma de ser obedecido en el acto..., y se le comprendía.

Llamo la atención sobre este tipo de oficial de la marina mercante, devoto en cuerpo y alma del capitán Len Guy y de la goleta *Halbrane*. Parecía ser uno de los órganos esenciales

de su navío; que este conjunto de madera, hierro, tela y cobre recibiese de él su vital potencia; que existiese identificación completa entre el uno creado por el hombre y el otro, creado por Dios. Y si la *Halbrane* tenía corazón, palpitaba éste en el pecho de Jem West.

Completaré mi reseña sobre el personal citando al cocinero de a bordo, un negro, de la costa de África, llamado Endicott, de unos treinta años de edad, y que desde hacía diez desempeñaba sus funciones a las órdenes del capitán Len Guy. El contramaestre y él se entendían a maravilla, y hablaban con gran frecuencia como buenos camaradas. Preciso es decir que Hurliguerly pretendía poseer maravillosas recetas culinarias, que Endicott ensayaba a veces, sin atraer jamás la atención de los indiferentes del comedor.

La *Halbrane* había partido en excelentes condiciones. Hacía un frío intenso, pues bajo el paralelo cuarenta y ocho Sur, en el mes de Agosto todavía reina el invierno en esta parte del Pacífico. Pero la mar era buena, franca la brisa a Estesudeste. Si el tiempo continuaba así- lo que era de suponer y de desear- no cambiaríamos ni una vez nuestras amuras, y solamente bastaría con arriar blandamente las escotas para ir a Tristán de Acunha,

La vida a bordo era muy regular, muy sencilla, y- lo que es aceptable en la mar- de una monotonía no desprovista de encantos. La navegación es el reposo en el movimiento, el balanceo en el sueño, y yo no me quejaba de mi aislamiento. Tal vez había un punto en el que mi curiosidad quería ser satisfecha: la razón de que el capitán Len Guy hubiese vuelto

sobre su primera negativa. Tiempo perdido fuera interrogar al lugarteniente sobre un asunto que para nada se relacionaba con su servicio, pues ya he dicho que, fuera de sus funciones, no se ocupaba de nada. Además, ¿qué hubiera yo podido sacar de las monosilábicas respuestas de Jem West? Durante las dos comidas, la de la mañana y la de la tarde, entre nosotros no se cambiaban diez palabras.

Debo, sin embargo, confesar, que a menudo sorprendía la mirada del capitán Len Guy obstinadamente fija en mí, como si tuviera deseos de interrogarme. Parecía que tenía algo que saber de mí, mientras que, por el contrario, era yo, el que tenía que saber algo de él. Lo cierto es que uno y otro permanecíamos en silencio.

Aparte de esto, de estar yo deseoso de conversación, hubiérame bastado dirigirme al contramaestre, siempre dispuesto a ello. Pero ¿qué podía decirme que me interesara? Añadiré que nunca dejaba de darme los buenos días y las buenas noches..., y después... ¿Estaba yo contento de la vida a bordo? ¿Hallaba buena la cocina? ¿Quería que él recomendase ciertos platos a Endicott?...

-Se lo agradezco a usted mucho, Hurliguerly- le respondí un día.- Lo de costumbre me basta... Es muy aceptable y yo no era mejor tratado en casa de su amigo el posadero del *Cormorán Verde*.

-¡Ah!... ¡Ese diablo de Atkins! ¡Un buen hombre en el fondo!

-Tal es mi opinión.



-¿Se concibe, señor Jeorling, que él, un americano, haya consentido en enterrarse en las Kerguelen con su familia?

-¿Y por qué no?

-¿Y que se encuentre dichoso?

-Eso no me extraña. contraamaestre.

-Pues yo aseguro que si Atkins me propusiera cambiar su vida por la mía, él saldría perdiendo, pues yo me lisonjeo de pasarla muy agradablemente.

-¡Sea enhorabuena, Hurliguerly!

-¡Eh! Ya sabe usted que estar a bordo de un navío como la *Halbrane* es una suerte que no se halla dos veces en la vida... Nuestro capitán no habla mucho, es cierto; nuestro lugarteniente usa aun menos de la lengua.

-Ya lo he notado.

-No importa, señor Jeorling; son dos bravos marinos, se lo aseguro a usted. Tendrán un verdadero disgusto cuando usted desembarque en Tristán...

-Me produce un gran placer oírle a usted hablar así, contraamaestre.

-Y advierta usted que tal cosa no tardará con esta brisa Sudeste y una mar que sólo se levanta cuando los cachalotes y ballenas la sacuden... Ya lo verá usted, señor Jeorling. No emplearemos más de diez días en recorrer las mil trescientas millas que separan a las Kerguelen de las islas del Príncipe Eduardo, ni quince en las dos mil trescientas que separan estas últimas de Tristán de Acunha.

-No hay que tener seguridad, contraamaestre. Es preciso que el tiempo persista, y quien quiera mentir no tiene más

que predecir el tiempo. Es un dicho marino que conviene conocer.

Fuera lo que fuera, el buen tiempo persistió. Así es que en la tarde del 18 de Agosto, el vigía señaló a estribor las montañas del grupo Crozet, por 42° 59' de latitud Sur, y 47° de longitud Este, cuya altura está comprendida entre 600 y 700 toesas sobre el nivel del mar.

Al día siguiente dejamos a babor las islas Posesión y Schveine, frecuentadas solamente durante la estación de la pesca, y que en aquella época tenían por únicos habitantes pájaros, bandadas de pingüinos, y de esos *chionis* cuyo vuelo es semejante al de la paloma.

Al través de las caprichosas ensenadas del monte Crozet se mostraban espesas y rugosas sábanas de hielo, y durante algunas horas aun pude ver sus contornos. Después todo quedó reducido a una última blancura, trazada en la línea del horizonte, sobre la que se redondeaban las nevadas cumbres del grupo.

La proximidad de tierra es un incidente marítimo que siempre tiene interés. Acometióme la idea de que el capitán Len Guy hubiera tenido allí la ocasión de romper el silencio con su pasajero. No lo hizo.

De realizarse los pronósticos del contramaestre, no transcurrirían tres días sin que los picos de la isla Marión y de la isla del Príncipe Eduardo fuesen vistas en el Noroeste. Por lo demás, en ellas no se haría escala. Hasta Tristán de Acunha la *Halbrane* no renovarían su provisión de agua.

Yo pensaba que la monotonía de nuestro viaje no sería interrumpida por ningún incidente de mar ni de otra clase.

Pero en la mañana del 30, estando de guardia Jem West, después de la primera observación del ángulo horario, el capitán Len Guy, con gran sorpresa mía, subió al puente, siguió uno de los pasadores y fue a colocarse a popa ante la bitácora, cuyo cuadrante miró más por costumbre que por necesidad.

¿Había yo sido visto por el capitán? Lo ignoro; pero lo cierto es que mi presencia no atrajo su atención.

Por mi parte, yo estaba resuelto a no ocuparme de él más de lo que él se ocupaba de mí, y quedé inmóvil con los codos apoyados en la vagara.

El capitán Len Guy dio algunos pasos, inclinóse por encima del empalletado, y observó la larga estela que dejaba la goleta, semejante a una cinta de blanco encaje estrecho y plano; de tal modo la suave andadura de la goleta se sustraía rápidamente a la resistencia de las aguas.

En tal sitio no se podía ser oído entonces más que de una persona: del timonel Stern, que, con la mano sobre la rueda, mantenía la *Halbrane* contra las caprichosas embestidas del mar.

El capitán no pareció preocuparse de él, pues se aproximó a mí, y en voz baja me dijo:

-Caballero, desearía hablar con usted.

-Estoy dispuesto a escucharle, capitán.

-Soy poco hablador... y hasta hoy no me he decidido a hacerlo. Además, ¿le hubiera a usted acaso interesado mi conversación?

-Ha hecho usted mal en dudarlo...

Su conversación será, sin duda, muy interesante para mí.

Creo que él no vio ironía alguna en mi respuesta; por lo menos no lo demostró.

-Le escucho a usted- añadí.

El capitán Len Guy pareció dudar, mostrando la actitud de un hombre que en el momento de decidirse a hablar se pregunta si no sería mejor dejar de hacerlo.

-Señor Jeorling- dijo al cabo,- ¿no ha buscado usted la razón del cambio operado en mí en lo que a su embarque se refiere?

-La he buscado, en efecto; pero no la he encontrado, capitán. Tal vez por ser usted inglés, y no teniendo motivo para complacer a quien no era compatriota de usted...

-Señor Jeorling, precisamente porque usted es americano me he decidido a ofrecerle pasaje en la *Halbrane*.

-¿Porque soy americano?- respondí bastante sorprendido de tal confesión.

-Y también... porque es usted natural del Connecticut.

-Confieso a usted que aun no comprendo...

-Lo habrá usted comprendido si añadido que he pensado que por ser usted del Conecticut, por haber visitado la isla de Nantucket, era posible que usted hubiera conocido a la familia de Arthur Gordón Pym.

-¿El héroe cuyas sorprendentes aventuras ha referido nuestro novelista Edgard Poe?

-El mismo, caballero... Narración que él ha hecho de acuerdo con el manuscrito en que se relataban los detalles del extraordinario y desastroso viaje por el mar antártico.

Yo creí soñar al oír al capitán Len Guy expresarse en tales términos.

¿Cómo? ¿El creía en la existencia de un manuscrito de Arthur Pym? ¿Acaso la novela de Edgard Poe es otra cosa que una ficción, una obra imaginativa del más prodigioso de nuestros escritores de América? ¿Había un hombre de buen sentido que admitía tal fábula como realidad?

Quedé sin responder, preguntándome *in petto* con quién tenía que habérmelas.

-¿Ha comprendido usted mi pregunta?- insistió el capitán Len Guy.

-Sí... Sin duda... capitán..., sin duda...; pero no sé si...

-Se la voy a repetir a usted en términos más claros, señor Jeorling, pues deseo una respuesta formal.

-Tendré mucho gusto en complacer a usted.

-Le pregunto, pues, si en el Connecticut ha conocido usted personalmente a la familia Pym, que habitaba en la isla Nantucket y estaba unida a uno de los más honrados procuradores del Estado. El padre de Arthur Pym, proveedor de la marina, pasaba por ser uno de los principales negociantes de la isla. Su hijo fue el que se lanzó a las extrañas aventuras cuya relación ha recogido Edgard Poe de sus labios.

-Y hubieran podido ser aun más extrañas, capitán, puesto que tal historia es producto de la poderosa imaginación de nuestro gran poeta. De pura invención.

-¡De pura invención!

Y al pronunciar estas palabras el capitán Len Guy, encogiéndose de hombros, tres veces dio a cada sílaba la nota de una escala ascendente.

-De modo- añadió,-¿que usted, señor Jeorling, no cree?...

-Ni yo ni nadie lo cree, capitán Guy, y es usted el primero al que he oído sostener que no se trata de una novela.

-Escúcheme usted, señor Jeorling-. si «esa novela», como usted la llama, no ha aparecido hasta el año último, no deja por eso de ser una realidad. Si han transcurrido once años desde los sucesos que relata, no son por eso menos verdaderos, y se espera siempre la clave de un enigma que tal vez jamás será conocido.

Decididamente el capitán Len Guy estaba loco, y bajo la influencia de una crisis que producía el desequilibrio de sus facultades mentales. Afortunadamente, si había perdido la razón, Jem West podía reemplazarle en el mando de la goleta. Por lo que a mí se refiere, no teniendo otra cosa que hacer sino escucharle, y conociendo la novela de Edgard Poe por haberla leído varias veces, sentía curiosidad de saber qué iba a decir de ella el pobre capitán.

-Y ahora, señor Jeorling- continuó con tono más vivo y un temblor de voz que denotaba cierta excitación nerviosa,- ¿es posible que no haya conocido usted a la familia Pym, que no la haya usted encontrado ni en Hartford ni en Nantucket?

-Ni en ninguna parte- respondí.

-¡Sea; pero guárdese usted de afirmar que está familia no ha existido, que Arthur Gordón no es más que un personaje, ficticio, que su viaje no es más que un viaje imaginario! ¡Sí! ¡Guárdese usted de esto, como de negar los dogmas de nuestra santa religión! ¿Acaso un hombre ni aun siendo vuestro Edgard Poe hubiera sido capaz de imaginar, de inventar, de crear?...

Notando la creciente excitación del capitán, comprendí la necesidad de respetar su monomanía y de aceptar sus dichos sin discusión.

-Por lo pronto- afirmó,- retenga usted bien los hechos que voy a precisar. Son pruebas evidentes, y no hay que disentirlas. Usted sacará de ellas las consecuencias que guste; pero espero que no me hará usted lamentarme de haberle dado pasaje a bordo de la *Halbrane*.

Estaba bien advertido o hice un gesto de aquiescencia... ¡Hechos... hechos salidos de un cerebro desquiciado! Esto prometía ser curioso.

-Cuando la relación de Edgard Poe apareció en 1838, yo me encontraba en Nueva York-continuó el capitán Len Guy- Inmediatamente partí para Baltimore, donde vivía la familia del escritor, cuyo abuelo había servido como cuartel maestro general durante la guerra de la Independencia. ¿Supongo que admitirá usted la existencia de la familia de Edgard Poe, aunque niegue usted la de la familia Pym?

Guardé silencio, prefiriendo no interrumpir más las divagaciones de mi interlocutor.

-Me informó- continuó- de algunos detalles relativos a Edgard Poe. Se me mostró su casa. Me presenté en ella. Primera decepción. Había abandonado a América en aquella época, y no pude verle.

Pensé que el lance era de lamentar, pues, dada la maravillosa aptitud que Edgard Poe poseía para el estudio de los distintos géneros de locura, hubiese encontrado un buen tipo en nuestro capitán.

-Desgraciadamente- prosiguió éste,- no habiendo conseguido encontrar a Edgard Poe, me era imposible hablar con él

Arthur Gordón Pym. Este, atrevido explorador de las tierras antárticas había muerto; y como el poeta americano declaraba al final de la relación de sus aventuras, esta muerte era ya conocida del público gracias a las comunicaciones de la prensa diaria.

Lo que decía el capitán Len Guy era verdad; pero, de acuerdo con todos los lectores de la novela, yo pensaba que tal declaración no era más que un artificio del novelista. En mi opinión, no pudiendo o no atreviéndose a dar desenlace a tan extraordinaria obra imaginativa, el autor daba a entender que los tres últimos capítulos no le habían sido entregados por Arthur Pym, el cual había terminado su existencia en circunstancias repentinas y deplorables, que el autor no daba a conocer.

-Así, pues- continuó el capitán Len Guy,- ausente Edgard Poe y muerto Arthur Pym, no me quedaba más que un recurso: encontrar al hombre que había sido el compañero de



viaje de Arthur Pym, ese Dirk Peters, que le había seguido hasta el último punto de las altas latitudes, de donde ambos habían vuelto... ¿Cómo?... Se ignora. Arthur Pym y Dirk Peters, ¿habían regresado juntos?

La relación no lo explica; allí hay puntos oscuros. Sin embargo, Edgar Poe declaraba que Dirk Peters podía dar algunas noticias relativas a los capítulos no comunicados, y que residía en Illinois. Partí en seguida para Illinois, llegué a Springfield; me informé de aquel hombre, que era un mestizo de origen indio. Habitaba la aldea de Vandalia... Fui allá...

- ¿Y no estaba?- no pude menos de responder sonriendo.

-Segunda decepción: no estaba... Desde hacía algunos años aquel Dirk Peters había abandonado a Illinois, y hasta a los Estados Unidos..., para ir... no se sabía dónde. Pero yo he hablado en Vandalia con gentes que le habían conocido, entre los que había vivido últimamente, a los que había contado sus aventuras, sin haberse jamás explicado sobre el desenlace, el secreto del cual posee él únicamente.

¡Cómo!... ¿Aquel Dirk Peters había existido? ¿Existía aun? ¡Estuve a punto de dar crédito a las afirmaciones del capitán de la *Halbrane!* Sí... Un momento más y yo me embarullaba también.

He aquí, pues, la absurda historia que ocupaba el cerebro del capitán Len Guy y el trastorno intelectual a que había llegado. Se figuraba haber hecho aquel viaje a Illinois, haber visto en Vandalia a gente que había conocido a Dirk Peters. No dudaba yo que el tal personaje hubiera desaparecido,

pues no existió nunca más que en la imaginación del novelista.

Sin embargo, yo no quería contrariar al capitán Len Guy ni provocar en él una nueva crisis. Así, es que adopté la actitud de creer lo que decía, hasta cuando añadió:

- No ignorará usted, señor Jeorling, que en el libro se habla de una botella, que contenía un pliego lacrado, que el capitán de la goleta en la que Arthur Pym se embarcó había depositado al pie de uno de los picos de las Kerguelen...

- Efectivamente, así se cuenta- respondí.

-Pues bien; en uno de mis últimos viajes he buscado el sitio en que está botella debía estar... y la he encontrado, así como el pliego... y el tal pliego dice que el capitán y Arthur Pym harían todos los esfuerzos posibles para tocar en los extremos límites de la mar antártica.

-¡Usted ha encontrado esa botella!- pregunté yo vivamente.

-¡Sí!-

-¿Y el pliego que contenía?

-¡Sí!

Miré al capitán Len Guy. Positivamente, como otros monomaniacos, había llegado al extremo de creer sus propias invenciones. Estuve a punto de decirle: Veamos ese pliego... Pero me detuve. ¿No era capaz de haberle escrito él mismo?

Y entonces le respondí:

-Es realmente de lamentar que no haya usted podido encontrar a Dirk Peters en Vandalia. Por lo menos le hubiera a usted dicho cómo Arthur y él habían vuelto de tan lejos.

Recuerde usted el penúltimo capítulo. Ambos se encuentran ante la cortina de blancas brumas... Su canoa, se ha hundido en la catarata en el momento en que se levanta una figura humana... Después nada...más que dos líneas de puntos suspensivos.

-Efectivamente, caballero, es muy lamentable. ¡Qué interesante hubiera sido conocer el desenlace de estas aventuras! Pero, en mi opinión, tal vez fuera más interesante conocer la suerte de los otros.

-¿Los otros? ¿A quiénes se refiere usted?

-Al capitán y a los tripulantes de la goleta inglesa que había recogido a Arthur Pym y a Dirk Peters después del espantoso naufragio del *Grampus*, y que les condujo al través del Océano polar hasta la isla Tsalal.

-Señor Len Guy-hícele observar, como si no pusiere en duda la verdad de la novela de Edgard Poe.-¿Acaso aquellos hombres no habían perecido todos, los unos en el ataque a la goleta, y los otros en un hundimiento artificial provocado por los indígenas de Tsalal?

-¡Quién sabe, señor Jeorling!- respondió el capitán Len Guy, con voz alterada por la emoción.- ¡Quién sabe si algunos de aquellos desdichados no han sobrevivido, sea a la matanza, sea al hundimiento; si uno o varios han podido escapar de los indígenas!

-En todo caso- respondí,- sería difícil admitir que los que sobrevivieran existiesen aun.

-¿Y por qué?

-Porque los hechos de que hablamos han pasado hace más de once años..

-Caballero- respondió el capitán Len Guy,- toda vez que Arthur Pym y Dirk Peters han podido avanzar más allá del islote Tsalal, más lejos de paralelo 84; toda vez que han encontrado el medio de vivir en medio de las comarcas antárticas, ¿por qué no admitir que sus compañeros, si han resistido los golpes de los indígenas, si han tenido la fortuna de ganar las islas vecinas entrevistas en el curso del viaje..., por qué, digo, esos infortunados compatriotas míos no han de vivir? ¿Por qué algunos no han de conservar aun la esperanza de verse libres?

-La compasión le lleva a usted muy lejos, capitán-respondí, procurando calmarle.- Sería imposible.

-¡Imposible, caballero! ¿Y si existiese un hecho, si un testimonio irrecusable solicitase la atención del mundo civilizado; si se descubriese una prueba material de la existencia de esos desdichados, abandonados en los confines de la tierra, se podía decir: ¡imposible!, a quien hablase de ir en su socorro?

Y en este momento- lo que me evitó responder, pues él no me hubiese oído, el capitán Len Guy, sollozando, volvióse en dirección Sur, como si procurase agujerear con la mirada lejanos horizontes.

En resumen: yo me preguntaba en qué circunstancia de su vida el capitán Len Guy había caído en tal perturbación mental. ¿Era un sentimiento de humanidad, llevado hasta la locura, el que le impulsaba a interesarse por unos naufragos

que nunca habían naufragado, por la sencilla razón de que nunca habían existido?

El capitán Len Guy se acercó a mí, colocó una de sus manos sobre mi hombro y murmuró a mi oído:

-¡No, señor Jeorling, no! ¡En lo que se refiera a la tripulación de la *Jane*, aun no se ha dicho la última palabra!

Y se retiró.

La *Jane* era, en la novela de Edgard Poe, el nombre de la goleta que había recogido a Arthur Pym y a Dirk Peters sobre los restos del *Grampus*, y por primera vez el capitán Len Guy acababa de pronunciarla al final de nuestra conversación.

-El capitán de la *Jane* se llamaba también Guy- pensé,- el navío era inglés, como éste... ¿Qué consecuencia, puede deducirse de esta semejanza...? El capitán de la *Jane* no ha vivido más que en la imaginación de Edgard Poe..., mientras que el capitán de la *Halbrane* está vivo... bien vivo... Ambos tienen de común este nombre, muy corriente en la Gran Bretaña... Pero sin duda cita identidad de nombres ha turbado el cerebro de nuestro desdichado capitán. Se habrá figurado que pertenece a la familia del capitán de la *Jane*. ¡Sí! ¡Está es la causa que lo ha llevado al extremo en que está, y la de que compadezca de tal modo la suerte de los imaginarios náufragos!

Hubiera sido interesante saber si Jem West estaba al corriente de la situación, y si su jefe le había hablado alguna vez de su locura. Pero tratábase de cosa delirada, por referirse al estado mental de Len Guy. Aparte de esto, toda conversa-

ción con el segundo de a bordo era difícil, y sobre aquel asunto presentaba ciertos peligros...

Guardé, pues, silencio... ¡Después de todo, yo iba a desembarcar en Tristán de Acunha, y mi travesía a bordo de la goleta terminaría dentro de algunos días. ¡Pero, en verdad, confieso que jamás hubiera pensado que algún día debería encontrarme con un hombre que tomase por realidades las ficciones de la novela de Edgard Poe!

Al siguiente día, 22 de Agosto, desde el alba, habiendo dejado a babor la isla Marión y el volcán que su extremidad meridional endereza a una altura de 4.000 pies, vimos los primeros lineamientos de la isla del Príncipe Eduardo, por 46° 55' de latitud Sur y 37° 46' de longitud Este. La isla quedó a estribor, doce horas después, sus últimas alturas se desvanecieron en las brumas de la tarde.

Al día siguiente la *Halbrane* puso el cabo en dirección Noroeste, hacia el paralelo más septentrional del hemisferio Sur, que ella debía tocar en el curso de aquella navegación.

V

**LA NOVELA DE EDGARD POE.**

He aquí, muy sucintamente, el análisis de la célebre obra de nuestro novelista americano, que fue publicada en Richmond con este título:

*Aventuras de Arthur Gordón Pym.*

Es indispensable que yo la resuma en este capítulo. Se verá si había motivo para dudar que las aventuras de este héroe de novela fuesen imaginarias.

Además, entre los numerosos lectores de esta obra, ¿hay uno solo que haya creído en su realidad, a no ser el capitán Len Guy?

Edgard Poe ha puesto la relación en boca del principal personaje.

Desde el prefacio del libro, Arthur Pym refiere que a su regreso del viaje a mares antárticos encontró, entre los gentlemen de Virginia que se interesaban en los descubrimientos geográficos, a Edgard Poe, editor entonces del *Southern Literary Messenger*, en Richmond. A creerle,

Edgard Poe recibió de él autorización para publicar en su periódico, «bajo el velo de la ficción», la primera parte de sus aventuras. Acogida favorablemente la publicación, siguió un volumen que comprendía la totalidad del viaje, y que se dio a luz con la firma de Edgard Poe.

Como resultado de mi conversación con el capitán Len Guy, Arthur Gordón Pym nació en Nantucket, donde frecuentó la escuela de New-Bedford hasta la edad de diez y seis años.

Habiendo abandonado está escuela por la Academia de M. E. Bonald, entabló relaciones con el hijo de un capitán de navío, Augusto Barnard, que contaba dos años más que él. Este joven había ya acompañado a su padre a bordo de un ballenero por los mares del Sur, y no cesaba de inflamar la imaginación de Arthur Pym con la relación del viaje.

De la intimidad de los dos jóvenes nació la irresistible vocación de Arthur Pym por los viajes de aventuras, y aquel instinto que le atraía más especialmente hacia las altas zonas del antártico.

La primera calaverada de Augusto Barnard y de Arthur Pym fue una excursión a bordo de un pequeño sloop, el *Ariel*, canoa de medio puente que pertenecía a la familia del último. Una tarde, ambos con un tiempo frío del mes de Octubre, embarcáronse furtivamente, izaron el foque y la gran vela, y se lanzaron a alta mar con una fresca brisa del Suroeste.

Sobrevino una violenta tempestad cuando, ayudado por la marea, el *Ariel* había ya perdido de vista la tierra. Los dos



imprudentes estaban ebrios de entusiasmo. Nadie en el timón, ni un rizo en la tela. Así es que al golpe del vendaval, la arboladura de la canoa fue arrastrada. Un poco después apareció un gran navío, que pasó sobre el *Ariel*, como éste hubiera pasado sobre una pluma flotante.

Después de este choque, Arthur Pym da los más precisos detalles referentes al salvamento de su compañero y de él, salvamento efectuado en condiciones muy difíciles. En fin, gracias al segundo del *Pingouin*, de New London, que llegó al sitio de la catástrofe, los dos camaradas fueron recogidos medio muertos y conducidos a Nantucket.

No dudo que esta aventura tenga caracteres de veracidad, y hasta que sea verdadera. Era una hábil preparación para los siguientes capítulos.

Igualmente en éstos, y hasta el día en que Arthur Pym franqueó el círculo polar, la narración puede tenerse por verídica. Efectúanse una sucesión de hechos admisibles por lo verosímiles. Pero más allá del círculo polar ya es otra cosa..., y si el autor no ha hecho una obra de pura imaginación..., me declaro... Continuemos.

La primera aventura no enfrió el ardor de los dos jóvenes; Arthur Pym se entusiasmaba más y más con las historias de mar que Augusto Barnard le contaba, por más que después haya sospechado que estaban «llenas de fantasía».

Ocho meses después del suceso del *Ariel*-Junio de 1827,- el brick *Grampus* fue equipado por la casa Lloyd y Vredenburg para la pesca de la ballena en los mares del Sur.

El mando del brick, un verdadero cascajo mal reparado, se dio al señor Barnard, padre de Augusto.

Su hijo, que debía acompañarle en aquel viaje, animó a su amigo para que fuese con ellos. Cosa más del gusto de Arthur Pym no podía haberla; pero su familia, su madre sobre todo, nunca se hubiera decidido a dejarle partir.

No era esto lo bastante para contener a un mozo emprendedor, poco cuidadoso de someterse a la voluntad paternal. Las instancias de Augusto le abrasaban el cerebro, y resolvió embarcarse secretamente en el *Grampus*, pues el señor Barnard no le hubiera autorizado para desafiar la prohibición de su familia. Fingió que su amigo lo había invitado a pasar algunos días en su casa de New-Bedfort, despidióse de sus padres y se puso en camino. Cuarenta y ocho horas antes de la partida del brick se deslizó a bordo y ocupó un escondite preparado por Augusto, sin que ni la tripulación ni el señor Barnard supiesen nada.

El camarote de Augusto comunicaba por una trampa con la cala del *Grampus*, llena de barriles, toneles y los mil diversos objetos que forman un cargamento. Por esta trampa Arthur Pym había llegado a su escondite, una sencilla caja, una de cuyas paredes se corría lateralmente. Esta caja contenía colchones, mantas, una cántara con agua, y víveres, galleta, conservas, carnero asado, algunas botellas de cordiales y licores..., tinta también.

Arthur Pym, provisto de una linterna, bujías y fósforos, permaneció tres días y tres noches en su escondrijo. Augusto

Barnard no pudo ir a visitarle hasta el momento en que el *Grampus* iba a aparejar.

Una hora después Arthur Pym comenzó a sentir el balanceo del brick. Muy molesto en el fondo de la caja, salió de ella, y guiándose en la obscuridad por una cuerda tendida en la sala hasta la trampa del camarote de su amigo, consiguió orientarse en medio de aquel caos. Después volvió a su caja, comió y se quedó dormido.

Transcurrieron varios días sin que Augusto Barnard volviese. O no había podido bajar a la cala, o no se había atrevido a ello por temor a revelar la presencia de Arthur Pym, e imaginando que aun no era oportuno momento para poner en autos a su padre.

Entretanto, en aquella atmósfera cálida y viciada, Arthur Pym comenzaba a sufrir. Intensas pesadillas turbaban su cerebro. Deliraba. En vano buscaba, al través del amontonamiento de la cala, algún sitio donde respirar más a gusto. En una de estas pesadillas creyó verse entra las garras de un león de los Trópicos, y en el paroxismo del espanto iba a hacerse traición con sus gritos, cuando perdió el conocimiento.

La verdad es que no soñaba. No sentía Arthur Pym sobre su pecho un león, pero sí un perro. *Tigre*, su terranova, que había sido introducido a bordo por Augusto Barnard, sin ser visto por nadie, circunstancia bastante inverosímil- hay que convenir en ello.- En aquel momento el fiel animal, que había podido reunirse a su amo, le lame el rostro y las manos con todas las señales de una extravagante alegría. El

prisionero tenía, pues, un compañero. Desgraciadamente, mientras le duró el síncope, el compañero se había bebido toda el agua del cántaro, y cuando Pym quiso aplacar la sed que le consumía, no restaba una gota. Su linterna se había apagado, pues el desmayo duró varios días; no encontró ni los fósforos ni las bujías, y resolvió ponerse en contacto con Augusto Barnard. Salió de su escondrijo, y, guiado por la cuerda, llegó hasta la trampa, por más que su debilidad fuera extraordinaria, efecto de la sofocación o inanición. Pero en el curso de su trayecto, una de las cajas de la sala, desequilibrada por el balanceo, cayó, cerrándole el paso. ¡Qué de esfuerzos empleó en franquear aquel obstáculo y qué inútilmente, puesto que al llegar a la trampa colocada bajo el camarote de Augusto Barnard, no le fue posible levantarla! Al introducir su cuchillo por una de las junturas, sintió que una pesada masa de hierro gravitaba sobre la trampa, como si se hubiera pretendido condenar a ésta. Vióse, pues, forzado a renunciar a su intento, y arrastrándose trabajosamente, volvió a su caja, donde cayó desvanecido, mientras *Tigre* le colmaba de caricias.

El amo y el perro morían de sed, y cuando Arthur Pym extendía su mano, encontraba a Tigre echado sobre el lomo, con las patas al aire y una ligera erección del pelo. Tactándole así, encontró un bramante arrollado al cuerpo del animal, y sujeto a este bramante una tira de papel que correspondía al lado derecho del perro.

Arthur Pym sentíase en el último grado de la debilidad. Su vida intelectual estaba casi extinguida. No obstante, tras

varias infructuosas tentativas para procurarse luz, consiguió frotar el papel con un fósforo, y entonces- no se puede imaginar cuán detalladamente refiere este punto Edgard Poe- aparecieron estas terribles palabras, las nueve últimas de una frase que una luz débil esclareció durante un instante: *Sangre. Sigue escondido. Te va en ello la vida.*

Imagínese la situación de Arthur Pym, en el fondo de la cala, entre las paredes de la caja, sin luz, sin agua, no teniendo más que ardientes licores para apagar su sed. Y sobre esto, aquella recomendación que permaneciera oculto, precedida de la palabra «sangre », esa palabra suprema, ese rey de las palabras, tan llena de misterio, de sufrimiento, de horror. ¿Había, pues, habido lucha a bordo del *Grampus*? ¿El brick había sido atacado por los piratas? ¿Se trataba de una rebelión de los tripulantes? ¿Desde cuándo databa aquel estado de cosas?

Se creerá que en lo espantoso de aquella situación el prodigioso poeta ha agotado todos los recursos de sus facultades imaginativas. Nada de esto. Su desbordante genio le ha arrastrado más lejos aun.

Efectivamente: Arthur Pym, extendido sobre su colchón, presa de una especie de letargo, oye un silbido singular, un soplo continuo. Es el Tigre que palpita; el Tigre, cuyos ojos brillan en la sombra; el Tigre, cuyos dientes castañetea; el Tigre, que está rabioso.

En el colmo del espanto, Arthur Pym recobra bastante fuerza para escapar a los mordiscos del animal, que se ha

precipitado sobre él. Después de envolverse en una manta que desgarran los blancos dientes del perro, se lanza fuera de la caja, cuyo puerta se cierra sobre el *Tigre*, que se agita entre las paredes.

Arthur Pym consigue arrastrarse al través de la cala; pero pierde la cabeza y cae contra un baúl, mientras el cuchillo se le escapa de la mano.

En el momento en que iba tal vez a exhalar el último suspiro, oyó pronunciar su nombre. Una botella de agua que acercan a su boca se vacía en sus labios. Vuelve a la vida después de haber bebido de un trago la exquisita bebida con voluptuosidad.

Algunos instantes después, en un rincón de la cala, a la claridad de una linterna sorda, Augusto Barnard refería a su camarada lo sucedido a bordo desde la partida del brick.

Repito que hasta aquí la historia es completamente admisible; pero aun no hemos llegado a los sucesos que, a puro de extraordinarios, tocan en lo inverosímil.

La tripulación del *Grampus* se componía de treinta y seis hombres, incluidos los Barnard, padre e hijo. Desde que el brick se hizo a la mar, el 20 de Junio, Augusto Barnard intentó varias veces reunirse con su compañero Pym en el escondrijo de éste, pero fue en vano. A los tres o cuatro días estalló una sublevación a bordo. Fue dirigida por el cocinero, un negro como nuestro Endicott de la *Halbrane*, el que me apresuro a decirlo- no es hombre capaz de sublevarse nunca.

En la novela se narran numerosos incidentes; matanzas, que costaron la vida a la mayor parte de los marineros que si-

guieron siendo fieles al capitán Barnard, después, abandono en las Bermudas del dicho capitán y de cuatro hombres de los que no se debía tener ya noticia alguna. No se hubiera librado de la misma suerte Augusto Barnard sin la protección del maestro cordelero del *Grampus*. Era éste un tal Dirk Peters, de la tribu de los Upsarocas, hijo de una india de las Montañas Negras, el mismo del que ya he hablado y al que el capitán Len Guy había tenido la pretensión de ver en Illinois.

El *Grampus* tomó su ruta al Suroeste al mando del segundo, que tenía la intención de dedicarse a la piratería recorriendo los mares del Sur.

Después de tales sucesos, Augusto Barnard hubiera deseado reunirse a Arthur Pym; pero se le había encerrado en el camarote de la tripulación, con grillos en pies y manos, y el cocinero le aseguraba que de allí no saldría hasta «que el brick no fuera un brick». No obstante, algunos días después Augusto Barnard consiguió librarse de sus esposas, cortar el delgado tabique que le separaba de la cala, y, seguido del *Tigre*, procuró llegar al escondrijo de su camarada. No lo consiguió; pero, por fortuna, el perro había olido a Arthur Pym, lo que dio a Augusto la idea de atar al cuello del *Tigre* un papel que contenía estas palabras: *Te escribo con sangre. Sigue escondido. Te va en ello la vida.*

Se sabe que Arthur Pym recibió el billete. Cuando muriendo de hambre y de sed se arrastró por la cala, el ruido que el cuchillo hizo al caer de su mano atrajo la atención de su camarada, el que pudo al fin llegar hasta donde el otro se encontraba.

Después de referir estos sucesos a Arthur Pym, añadió Augusto que los rebeldes estaban divididos. Querían los unos conducir al *Grampus* hacia las islas del cabo Verde; los otros, y entre ellos estaba Dirk Peters, estaban decididos a dirigirse hacia las islas del Pacífico.

En cuanto al *Tigre*, que su amo creía rabioso, no lo estaba. La devoradora sed lo había puesto en aquel estado de sobreexcitación, y tal vez hubiera sido atacado de hidrofobia si Augusto Barnard no le hubiera llevado al castillo de proa.

Sigue después una importante digresión sobre el arrumaje de las mercancías en los navíos de comercio, arrumaje del que depende en gran parte la seguridad a bordo. Esta operación, no se había practicado de manera conveniente en el *Grampus* por lo que el material cambiaba de sitio a cada oscilación, y Arthur Pym no podía permanecer en la cala sin peligro. Afortunadamente, con la ayuda de Augusto Barnard logró ganar un rincón del entrepuente, cerca del puesto de la tripulación.

Entretanto Dirk Peters no cesaba de demostrar gran amistad al hijo del capitán Barnard, por lo que este último se preguntaba si no podría contar con él para intentar volver a tomar posesión del barco.

Trece días habían transcurrido desde la partida de Nanthuket, cuando el 4 de Julio estalló entre los sublevados violentísima discusión a propósito de un pequeño brick señalado a lo largo, al que los unos querían perseguir y los otros dejar que escapase. La disputa produjo como consecuencia la muerte de un marinero que perteneció a la



banda del cocinero, a la que se había unido Dirk Peters, partido opuesto al del segundo.



No había más que trece hombres a bordo, contando a Arthur Pym.

En tales circunstancias, espantosa tempestad azotó aquellos parajes.

El *Grampus*, horriblemente sacudido, hacia agua por sus juntas. Era menester que la bomba maniobrara de continuo, y hasta aplicar una vela en la proa del casco para evitar que éste se inundara y se hundiera.

La tempestad terminó el 9 de Julio, y habiendo manifestado aquel día Dirk Peter a la intención de desembarazarse del segundo, Augusto Barnard le aseguró su concurso, sin revelarle, no obstante, la presencia de Arthur Pym a bordo.

Al siguiente día, uno de los marineros fieles al cocinero, el llamado Roger, murió entre horribles convulsiones, y nadie dudó que el segundo le había envenenado. El cocinero no contaba ahora más que con cuatro hombres. El segundo con cinco. No había tiempo que perder. Así se lo manifestó Dirk Peters a Augusto Barnard, y éste entonces lo puso al corriente de lo que concernía a Arthur Pym.

Pero mientras ambos hablaban de los medios más propios para tomar posesión del navío, un irresistible huracán le acostó sobre uno de sus flancos. No se levantó el *Grampus* sin haber embarcado una cantidad enorme de agua: después de haber aguantado otras borrascas, se puso a la capa bajo la mesana a rizados bajos.

La ocasión pareció favorable para comenzar la lucha, por más que los rebeldes hubieran hecho la paz. Y sin embargo, en el puesto no había más que tres hombres, Dirk Peters, Augusto Barnard y Arthur Pym mientras que el camarote

encerraba nueve. Únicamente el maestro cordelero poseía dos pistolas y un cuchillo marino. De aquí la necesidad de proceder con prudencia.

Arthur Pym, cuya presencia a bordo no podían sospechar los rebeldes tuvo entonces la idea de una superchería que tenía probabilidad de buen éxito. Como el cadáver del marino envenenado estaba aun en el puente, Arthur se dijo que él vistiéndose con el traje del muerto apareciera él en medio de aquellos marineros supersticiosos, tal vez el espanto les pondría a merced de Dirk Peters.

La noche era oscura. Dirk Peters se dirigió a popa. Dotado de prodigiosa fuerza, lanzóse sobre el timonel, y de un solo impulso lo arrojó por encima de la banda.

Augusto Barnard y Arthur Pym, se reunieron con él en seguida, armados ambos con una palanca de bomba. Dejando a Dirk Peters en el puesto del timonel, Arthur Pym, disfrazado de modo para semejar el muerto, y su camarada, fueron a colocarse junto a la chupeta del camarote, donde el segundo, el cocinero y los demás estaban, unos durmiendo, otros bebiendo o hablando, con las pistolas y los fusiles al alcance de sus manos.

La tempestad rugía y era imposible permanecer de pie sobre el puente.

En este momento el segundo dio orden para que se fuera en busca de Augusto Barnard y Dirk Peters; orden que fue transmitida al timonel, que no era otro que Dirk Peters. Éste y el hijo de Barnard bajaron al camarote, y Arthur Pym no tardó en aparecer.

El efecto de la aparición fue prodigioso. Espantado a la vista del marinero resucitado, el segundo se levantó, agitó las manos y cayó muerto. Dirk Peters se precipitó entonces sobre los otros, ayudado por Augusto Barnard, Arthur Pym y el perro *Tigre*. En algunos momentos todos fueron estrangulados, excepción del marinero Richard Parker, al que se hizo gracia de la vida.

Y ahora, en lo más recio de la tormenta, no quedaban más que cuatro hombres para dirigir el brick, que fatigaba horriblemente con sus siete pies de agua en la cala. Fue preciso cortar el palo mayor, y al llegar la mañana echar abajo el de mesana. ¡Espantoso día, y noche aun más espantosa! Si Dirk Peters y sus compañeros no se hubieran sujetado sólidamente a los restos del cabestrante, hubieran sido arrastrados por un golpe de mar que hundió las escotillas del *Grampus*.

Sigue después, en la novela, la minuciosa serie de incidentes que debía engendrar tal situación, desde el 14 de Julio al 9 de Agosto; la pesca de víveres en la cala llena de agua; llegada de un brick misterioso que, cargado de cadáveres, emponzoña la atmósfera, y pasa como un viento de muerte; torturas del hambre y de la sed; imposibilidad de llegar al compartimiento que guarda las provisiones; operación de echar a suertes para que ésta decida que Richard Parker sea sacrificado para salvar la vida de los otros tres; muerte de este infeliz, golpeado por Dirk y devorado después... Al fin, algunos alimentos, un jamón, un frasco de aceitunas, son sacados de la cala. Con el movimiento del cargamento, el *Grampus* toma una inclinación cada vez, más

pronunciada. Efecto del espantoso calor en aquellos parajes, la tortura de la sed llega al último grado que un hombre puede sufrir. Augusto Barnard muere el 1° de Agosto. El brick naufraga en la noche del 3 al 4. Arthur Pym y Dirk Peters, refugiados en la caena, vuelta, se ven reducidos a alimentarse de cyrrhopodes, de los que el casco está cubierto, en medio de bandadas de tiburones que les espían... Finalmente, llega la goleta *Jane* de Liverpool, capitán William Guy, cuando los náufragos no habían derivado menos de 25° de Norte a Sur.

Evidentemente, no repugna a la razón admitir la realidad de estos hechos, por más que la tirantez de las situaciones se lleve hasta los últimos límites, lo que no es de extrañar tratándose de la prestigiosa pluma del poeta americano. Pero, a partir de este momento, se va a ver si la menor verosimilitud es observada en la sucesión de los incidentes que siguen. Arthur Pym y Dirk Peters, recogidos a bordo de la goleta inglesa, fueron bien tratados. Quince días después, recobrados de sus angustias, no se acordaban de ellas: ¡tan proporcionado a la energía del contraste es el poder del olvido! Con alternativas de bueno y mal tiempo la *Jane* llegó el 13 de Octubre a la isla del Príncipe Eduardo, después a las islas Crocet, por camino opuesto al de la *Halbrane*, y, por último, a las islas Kerguelen, que once días antes había yo abandonado.

Empleáronse tres semanas en la caza de bueyes marinos, de los que la goleta hizo buen acopio. Durante esta escala, el capitán de la *Jane* depositó la célebre botella en la que su

homónimo de la *Halbrane* pretendía haber encontrado una carta donde William Guy anunciaba su intención de visitar los mares australes,

El 12 de Noviembre la goleta abandonó a las Kerguelen y subió al Oeste hacia Tristán de Acunha, como nosotros lo hacíamos ahora.

Llegó a la isla quince días después y permaneció en ella una semana, y el 5 de Diciembre partió para reconocer las Auroras por 53° 15' de latitud Sur y 49° 38' de longitud Oeste, islas imposibles de encontrar.

El 12 de Diciembre la *Jane* se dirigió al polo antártico. El 26 son vistos los primeros *ice-bergs*, más allá del grado 73, y se reconoce el banco de hielo. Del 10 de Enero de 1828 al 14 del mismo, evoluciones difíciles, paso del círculo polar en medio de los hielos y navegación por la superficie de una mar libre; la famosa mar libre descubierta por 81° 21' de latitud Sur y 42° de longitud Oeste; siendo la temperatura de 47° Fahrenheit (8° 33 c. sobre 0) y la del agua 34° (1°11c. sobre 0).

Se convendrá en que Edgard Poe está aquí en plena fantasía. Nunca navegante alguno había llegado a tales latitudes, ni aun el capitán James Weddell, de la marina británica, que no pasó del 74 paralelo en 1822.

Pero si esto es inadmisibile, ¡cuánto mas los incidentes que siguen! Incidentes que Arthur Pym, o sea Edgard Poe, refiere con inocente inconsciencia.

¡Verdaderamente él no dudaba de elevarse hasta el polo!

En primer lugar, no se ve un solo *ice-bergs* sobre aquel mar fantástico. Innumerables bandadas de pájaros vuelan por la superficie, entre ellos un pelícano, que es muerto de un tiro. Sobre un bloque de hielo (¿los había, pues, aun?) venía un oso de la especie ártica y de dimensiones ultragigantescas. Al fin la tierra es señalada a estribor. Se trata de una isla de una legua de circunferencia, a la que se da el nombre de isla Bennet en honor al socio del capitán en la propiedad de la *Jane*.

Este islote está situado en los 82° 50' de latitud Sur y 43° 20' de longitud Oeste, según dice Arthur Pym en su diario; pero desafió a los hidrógrafos a formar un mapa de los pasajes antárticos sobre tan fantásticos datos.

Naturalmente, a medida que la goleta ganaba el Sur, la variación de la brújula disminuía, mientras que la temperatura del aire y del agua se dulcificaba, con un cielo siempre claro y una brisa constante de algunos puntos del Norte.

Por desgracia el escorbuto se había declarado en la tripulación, y tal vez sin la insistencia de Arthur Pym, el capitán William Guy hubiera puesto el cabo hacia el Norte.

Claro es que en aquella latitud y en el mes de Enero se gozaba de un día perpetuo, y, en suma, la *Jane* hizo bien en continuar su aventurera campaña, puesto que el 18 de Enero se vio tierra a los 83° 21' de latitud y 43° 51' de longitud.

Era una isla perteneciente a un grupo numeroso esparcido por Oeste.

Aproximóse la goleta y ancló a seis brazas. Preparáronse los botes; Arthur Pym y Dirk Peters descendieron a uno de ellos, que no se detuvo hasta encontrarse con cuatro canoas llenas de hombres armados. ¡Hombres nuevos! dice el libro.

Nuevos eran, en efecto, aquellos indígenas, de un negro de azabache, vestidos con la piel de un animal negro y desconocedores del color blanco. Preciso era suponer entonces que durante el invierno, cuando caía la nieve, si allí nevaba, cuando se formaban los hielos, si allí se formaban, la nieve y el hielo eran negros como el ébano...¡Todo esto pura imaginación!

Aquellos insulares, sin manifestar disposiciones hostiles, no cesaban de gritar estas dos palabras: *anamoo-moo* y *lama-lama*. Cuando sus canoas acostaron, el jefe Too Vit obtuvo permiso para subir a bordo de la *Jane* con unos veinte de sus compañeros. Manifestaron infinito asombro, pues tomaron la goleta por una criatura viva, y la acariciaban. Dirigida por ellos, entre los arrecifes, al través de una bahía cuyo fondo era de arena negra, arrojóse el ancla a una milla de la playa, y el capitán William Guy, dejando a algunos en rehenes a bordo, desembarcó.

¡Qué isla, a creer a Arthur Pym; qué isla la de Tsalal! ¡Sus árboles no se parecían a ninguna de las especies conocidas! ¡Las rocas presentaban en su composición una estratificación ignorada por los mineralogistas modernos! ¡Por los ríos corría una sustancia líquida sin apariencia de limpidez, estriada de distintas venas, las que no se reunían por



cohesión inmediata cuando se las separaba con la hoja de un cuchillo!

Fue preciso andar tres millas para llegar a Klock-Klock, principal aldea de la isla. Allí nada más que miserables chozas formadas con pieles negras, animales domésticos semejantes al cerdo, una especie de carnero de vellón negro, volátiles de veinte especies, albatros, ánades y galápagos en gran numero.

Al llegar a Klock-Klock, el capitán William y sus compañeros encontraron una población que Arthur Pym calcula en diez mil almas; hombres, mujeres y niños, si no para inspirar terror, al menos para mantenerse a distancia de ellos: tan fogosos y demostrativos estaban. Al fin, después de descansar en la casa de Too Wit, volvieron a la ribera, donde el escombros de mar- ese molusco tan solicitado por los chinos,- más abundante que en ninguna otra porción de los mares australes, debía suministrar enormes cargamentos.

A este propósito se procuró hacerse entender por Too-Witt. El capitán William Guy le pidió autorización para construir cobertizos, donde algunos de los hombres de la *Jane* prepararían el escombros de mar-, mientras la goleta continuaría su camino hacia el polo. Too-Wit aceptó gustoso está proposición, y terminó un ajuste, según el cual los indígenas prestarían su concurso para la recolección del precioso molusco.

En un mes se terminó la faena. Designóse a tres hombres para que permaneciesen en Tsalal. No hubo motivo para concebir la más ligera sospecha respecto a los naturales. Antes de despedirse el capitán William Guy, quiso volver al

pueblo de Klock-Klock, después de haber, por prudencia, dejado seis hombres a bordo, cargados los cañones y el ancla a pico, los cuales hombres debían oponerse a toda aproximación de los indígenas.

Too-Witt, escoltado por unos cien hombres vestidos de pieles negras, fue delante de los visitantes. Subieron por una estrecha garganta entre colinas de piedra parecidas al jabón, como Arthur Pym no las había visto en parte alguna. Preciso fue seguir mil sinuosidades a lo largo de taludes de 60 a 80 pies por una anchura de 40.

El capitán William Guy y los suyos, sin gran temor, por más que el sitio fuera a propósito para una emboscada, caminaban apretados unos contra otros.

A la derecha, un poco adelante, iban Arthur Pym, Dirk Peters y un marinero llamado Allen.

Al llegar ante una hendedura que se abría en el flanco de la colina, Arthur Pym tuvo la idea de penetrar en ella con el objeto de coger algunas avellanas que pendían en racimos achaparrados. Hecho esto, iba a volver sobre sus pasos cuándo notó que Dirk Peters y Allen le habían acompañado. Disponíanse a ganar la entrada de la hendedura cuando una violenta y repentina sacudida les arrojó a tierra; al mismo tiempo las masas de la colina se hundieron y les vino el pensamiento de que iban a ser enterrados vivos.

¿Vivos... los tres? No. Allen había sido sepultado tan profundamente entre los escombros que ya no vivía.

Arrastrándose sobre las rodillas, abriéndose camino con el cuchillo y manejando su bowieknife, Arthur Pym y Dirk

Peters lograron tocar en cierto terreno esquistoso, algo más resistente, llegando después a una plataforma natural al extremo de una quebrada sólidamente cubierta, sobre la que se veía un pedazo de cielo azul. Desde allí sus miradas pudieron alcanzar todos los alrededores.

Un derrumbamiento acababa de efectuarse. Derrumbamiento artificial, sí, artificial, provocado por los indígenas. El capitán William Guy y sus veintiocho compañeros, aplastados bajo más de un millón de toneladas de tierra y piedra, habían desaparecido.

En el país pululaban insulares llegados de las islas vecinas, sin duda, y atraídos por el deseo de saquear la *Jane*. Setenta barcos se dirigían entonces hacia la goleta. Los seis hombres que quedaron a bordo les enviaron una primera descarga de metralla y bala mal dirigida; después otra que causó efecto terrible. Sin embargo, la *Jane* fue invadida, incendiada, muertos sus defensores. Al fin se produjo una formidable explosión al quemarse la pólvora, explosión que destruyó un millar de indígenas y mutiló otros tantos, mientras los demás huían gritando: ¡*Tékéli-li!* ¡*Tékéli-li!*

Durante la siguiente semana, Arthur Pym y Dirk Peters, viviendo de avellanas, de carne de avestruz, de coclearias, escaparon al furor de los naturales, que no sospechaban su presencia. Encontrábanse en el fondo de una especie de abismo negro, sin salida. Recorriéndole, descendieron al través de una sucesión de concavidades. Edgard Poe da el croquis de él, siguiendo su plan geométrico, el conjunto del que reproducía una palabra de raíz árabe, que significa «ser,

blanco», y la palabra egipcia  $\text{D}\square\text{U}\tilde{\text{A}}\text{P}\tilde{\text{I}}\tilde{\text{N}}$  que significa «región del Sur».

Se ve que el autor americano lleva aquí lo inverosímil hasta los últimos límites. Por lo demás, yo no solamente había leído y releído esta novela de Arthur Gordon Pym, sino que también conocía las demás obras de Edgard Poe. Sabía lo que se debe pensar de este genio más sensitivo que intelectual. ¿No ha dicho, con razón, el más original de sus críticos: «En él domina la imaginación como absoluta reina; es una facultad casi divina que percibe todas las íntimas relaciones de las cosas, las correspondencias y analogías»?...

Lo cierto es que jamás ha visto nadie en estos libros otra cosa que obras de imaginación. ¿Cómo, pues, a no estar loco, un hombre como el capitán Len Guy ha podido creer en la realidad de estos hechos?

Continúo:

Arthur Pym y Dirk Petera no podían vivir en medio de aquellos abismos, y tras muchas tentativas, consiguieron arrastrarse por una de las pendientes de la colina. Al momento cinco salvajes se lanzaron sobre ellos; pero, gracias a sus pistolas y al extraordinario vigor de Dirk Peters, cuatro de los insulares fueron muertos. El quinto fue arrastrado por los fugitivos, que ganaron una embarcación amarrada a la ribera y cargada con tres grandes tortugas. Unos veinte insulares que se lanzaron en su persecución, procuraron en vano detenerlos. Fueron rechazados, y la canoa se dio al mar, dirigiéndose hacia el Sur.

Arthur Pym, navegaba entonces más allá del 48 de latitud austral. Comenzaba el mes de Marzo, es decir, que se acercaba el invierno antártico. Cinco o seis islas se mostraban hacia el Oeste, que importaba evitar por prudencia. Arthur opinaba que en la proximidad del polo la temperatura se dulcificaría. En la extremidad de los pagays o remos, de que estaba provista la canoa, fue colocada una vela, formada con las camisas de Dirk Peters y de su compañero, camisas blancas, el color de las cuales llenó de espanto al indígena prisionero, que respondía al nombra de Nu-Nu.

Durante ocho días continuóse aquella extraña navegación, favorecida por una dulce brisa del Norte, con un día permanente, por una mar sin un pedazo de hielo, de lo que nada se había visto desde el paralelo del islote Bennet.

Entonces fue cuando Arthur Pym y Dirk Peters entraron en una región nueva y asombrosa. En el horizonte se levantaba una extensa nube de vapor gris y ligero, empenachado de luminosas líneas, semejantes a las que las auroras boreales proyectan. Una corriente de gran fuerza ayudaba a la brisa. La embarcación se deslizaba por una superficie líquida, excesivamente templada y de apariencia lechosa, que parecía agitarse en el fondo. Cayó una ceniza blancuzca, lo que redobló el espanto de Nu-Nu, cuyos labios se levantaron, dejando al descubierto su dentadura negra.

El 9 de Marzo aumentaron esta lluvia la temperatura del agua, que ni la mano podía soportar. La inmensa cortina de vapor extendida por todo el horizonte meridional, semejaba

cataratas sin límites que descendían en silencio de lo alto de algún inmenso murallón, perdido en las alturas del cielo.

Doce días después, las tinieblas invaden aquellos parajes. Tinieblas cortadas por los efluvios luminosos que escapan de las profundidades del Océano Antártico.

La embarcación se aproximaba a la catarata con impetuosa velocidad, sin que en la relación de Arthur se explique la causa de ello.

A veces la sábana se hundía, dejando ver atrás un caos de imágenes flotantes e indistintas, sacudidas por poderosas corrientes de aire.

En medio de las espantosas tinieblas pasaban bandadas de gigantescos pájaros, de lívida blancura, arrojando su eterno *Tékéli-li*, y al fin el salvaje, en el colmo del espanto, lanzó su último suspiro.

Y repentinamente, presa de una velocidad loca, la canoa se precipita en la catarata, en la que se abre una concavidad como para tragarla. Pero he aquí que se levanta una figura cubierta con un velo, de mayores proporciones que las de ningún habitante de la tierra. El color de la piel del hombre era la blancura perfecta de la nieve.

Tal es la novela creada por el genio ultrahumano del más grande poeta del Nuevo Mundo. Así es como termina, aunque más propio es decir que no termina. En mi opinión, en la imposibilidad de imaginar desenlace adecuado a tan extraordinarias aventuras, se comprende que Edgard Poe haya interrumpido su narración por la muerte «repentina y deplorable de su héroe», dejando esperar que, si se

encuentran alguna vez los dos o tres capítulos que faltan, serán publicados.

VI

**¡CÓMO UN SUDARIO QUE SE ENTREABRE!**

La navegación de la *Halbrane* se efectuaba en las condiciones más favorables de mar y viento. Si persistían, en quince días se recorrería la distancia que separa la isla del Príncipe Eduardo de Tristán de Acunha-unas 2.300 millas-y, como el contraestre había asegurado, no sería menester cambiar las amuras. La invariable línea del Sudeste estaba bien establecida, no exigiendo más que alguna disminución de velas altas, algunas veces.

El capitán Len Guy dejaba a Jem West el cuidado de maniobrar, y el audaz portavela- perdóneseme la palabra- no se decidía a coger rizados a las velas sino cuando la arboladura amenazaba con venirse abajo. Pero yo no sentía ningún recelo ni había avería que temer con tal marino... Siempre estaba vigilando.

-¡Nuestro segundo no tiene semejanza!- me dijo un día Hurliguerly- y merece mandar un barco almirante.



-Efectiva mente- respondí.- Jem West me parece un verdadero marino.

-¡Y qué goleta la nuestra! Puede usted felicitar y felicitarme, puesto que he conseguido que el capitán Len Guy variase su resolución en lo que a usted concierne.

-Si es usted el que ha obtenido ese resultado, le doy a usted las gracias, contraamaestre.

-Y hay por qué darlas, pues a pesar de las instancias del compadre Atkins, el capitán dudaba. Pero yo conseguí hacerle entrar en razón.

-No lo olvidaré, contraamaestre, no lo olvidaré; pues gracias a su intervención, en vez de consumirme en las Kerguelen, no tardaré en estar a la vista de Tristán de Acunha.

-Dentro da algunos días, señor Jeorling. Según lo que he oído, en Inglaterra y Alemania se ocupan actualmente en construir barcos que llevan una máquina en la panza y ruedas, de las que se sirven como una ánade de sus patas... Bien... Ya veremos lo que resulta. Mi opinión, sin embargo, es que tales barcos no podrán luchar con una hermosa fragata de sesenta, impulsada por la brisa. ¡El viento, señor Jeorling, el viento basta, y un marino no tiene necesidad de ruedas en su casco!

No tenía por qué contrariar las ideas del contraamaestre respecto al empleo del vapor para la navegación. Se estaba en los comienzos. ¿Quién podía prever el porvenir?

Y en aquel momento recordé que la *Jane...*, aquella *Jane* de que el capitán Len Guy me había hablado como si hubiera

existido, como si la hubiera visto con sus propios ojos, había ido, precisamente en quince días, desde la isla del Príncipe Eduardo a Tristán de Acunha.

Verdad que Edgard Poe disponía a su antojo de los vientos y de la mar.

Por lo demás, durante los quince días siguientes, el capitán Len Guy no me habló más de Arthur Pym. Parecía como si nunca lo hubiera hecho. Si él había esperado convencerme de la identidad del héroe de los mares australes, hubiera dado prueba de mediano talento. Lo repito: ¿cómo un hombre de buen sentido hubiera podido discutir en serio sobre tal materia? A menos de haber perdido la razón, de ser por lo menos un monomaniaco sobre este caso especial, como lo era Len Guy, nadie- por décima vez lo repito-, nadie podía ver otra cosa que una obra de imaginación en la novela de Edgard Poe.

¡Calcúlese! Según ella, una goleta inglesa había avanzado hasta el 84° de latitud Sur, y, sin embargo, tal viaje no había tenido la importancia de un gran acontecimiento geográfico. Arthur Pym, volviendo de las profundidades de la Antártida, no fue colocado sobre los Cook, los Wedrell, los Biscoe. ¿No se le hubieran tributado los honores públicos lo mismo a él que a Dirk Peters, los únicos pasajeros de la Jane? ¿Y qué pensar de aquella mar libre descubierta por ellos? ¿De la extraordinaria velocidad de las corrientes que los arrastraban hacia el polo? ¿De la temperatura anormal de las aguas, que la mano no podía resistir? ¿De la cortina de vapores tendida

por el horizonte? ¿De la catarata que se entreabre y en la que aparecen figuras sobrehumanas?...

Y, dejando aparte estás inverosimilitudes, ¿cómo Arthur Pym y Dirk Peters habían vuelto de tan lejos? ¿Cómo su canoa tsalaliana les había traído del círculo polar? ¿Cómo, en fin, fueron recogidos y repatriados?... ¡Con una frágil canoa de pagays, franquear 20°, pasar el polo, ganar las tierras más próximas!... ¿Cómo el diario de Arthur Pym no ha mencionado los incidentes del regreso? Pero se objetará que Arthur Pym murió antes de haber podido escribir los últimos capítulos de su libro. ¡Sea! Pero ¿es verosímil que él no haya dicho palabra de ellos al editor del *Southern Literary Messenger*? Y ¿cómo Dirk Peters, que durante varios años residió en Illinois, se ha callado el desenlace de tales aventuras? ¿Es que tenía interés en no hablar?

A creer al capitán Len Guy, éste había ido a Vandalia, donde, según el libro, vivía ese Dirk Peters, y no había podido encontrarle. ¡Lo creo!

Ni él ni Arthur Pym habían existido más que en la imaginación del poeta americano, poderoso genio, como lo prueba el hecho de imponer a algunos espíritus como realidad lo que era ficticio.

De todas suertes, yo comprendía que hubiera hecho mal en discutir de nuevo con el capitán Len Guy, obsesionado por su idea fija, y volver a una argumentación que no lograría convencerle. Más sombrío, más cabizbajo, no aparecía sobre el puente a no ser precisa su presencia. Y entonces, sus miradas recorrían detenidamente el horizonte meridional

como si quisieran agujerearlo. Tal vez creía ver aquella sábana de vapores, y las alturas del cielo llenas de insondables tinieblas, y los resplandores luminosos saltando de las profundidades del mar, y el blanco gigante mostrándole el camino al través de los abismos de la catarata...

¡Singular monomaniaco! Por fortuna, en lo demás que no tocase a este asunto, la inteligencia del capitán conservaba toda su lucidez. Sus cualidades de marino permanecían intactas, y los temores que yo había podido concebir no amenazaban realizarse.

Debo confesar que lo más interesante para mí era descubrir la causa del interés que el capitán manifestaba por los supuestos naufragos de la *Jane*. Aun teniendo por verídico el relato de Arthur Pym, admitiendo que la goleta inglesa hubiese atravesado aquellos infranqueables parajes... ¿por qué tan inútiles lamentaciones? Aunque algunos de los marineros de la *Jane*, su jefe u oficiales hubieran sobrevivido a la explosión y al hundimiento provocado por los naturales de la isla Tsalal, ¿podía razonablemente esperarse que vivieran? Once años habían transcurrido, según los datos indicados por Arthur Pym, y desde entonces, admitiendo que aquellos desdichados hubieran escapado a los insulares, ¿cómo hubieran subvenido a sus necesidades en tales condiciones? ¿No debían haber perecido todos?

¡Vamos! Heme aquí discutiendo seriamente semejantes hipótesis, aunque no descansan en ningún sólido fundamento.

Un poco más, y creeré en la existencia de Arthur Pym, de Dirk Peters, de sus compañeros, de la *Jane*, perdida en los mares australes. ¿Me habré contagiado la locura del capitán Len Guy? ¿No es lo cierto que me he sorprendido al comparar el camino que la *Jane* había seguido, subiendo hacia el Este, y el que sigue la *Halbrane*?

Estamos a 3 de Septiembre. De no producirse retraso- que sólo de un incidente marino puede venir-, dentro de tres días nuestra goleta estará a la vista del puerto. Además, tal es la altura de la principal isla del grupo, que en buen tiempo se la ve a gran distancia.

El día indicado, entre diez y once de la mañana, paseábame yo por el puente. Nos deslizábamos por la superficie de un mar ligeramente agitado. La *Halbrane*, parecía un enorme pájaro, uno de esos gigantes albatros de que habla Arthur Pym, que, desplegando su amplio velamen, llevaba la tripulación al través del espacio. ¡Sí!... ¡Para una imaginación acalorada aquello no era navegar, sino volar..., y el movimiento de las velas el batir de unas alas!

Jem West, de pie junto al cabestrante, al abrigo de la trinqueta, con su antejo en la mano, miraba por babor un objeto que flotaba a dos o tres millas, que varios marineros, inclinados sobre la baranda, mostraban con el dedo.

Era una masa de diez a doce yardas superficiales, de forma irregular, abultada en el centro por una tumescencia resplandeciente. Subía y bajaba al impulso de las olas, que se movían en dirección Noroeste.

Me acerqué a la vagara de proa, y observó atentamente aquel objeto. Llegaba a mí la conversación de los marineros, a los que siempre interesan los más insignificantes accidentes de mar.

-Es una ballena- declaró el maestro velero.- Ha soplado una o dos veces desde que la examinamos.

-No se trata de una ballena-afirmó Hardie, el maestro calafate.- Tal vez algún casco de un barco abandonado.

-¡El diablo lo envía por el fondo!- exclamó Rogers.- Ve, pues, a arrojarte allí por la noche.

-Es verdad- añadió Drap,- esos restos son más peligrosos que una roca, pues un día están aquí y otro allá.

Hurliguerly acababa de acercarse.

-¿Qué piensa usted de eso?- le pregunté.

Hurliguerly miró con atención; y como la goleta, impulsada por la brisa, se aproximaba a la masa, era más fácil acertar.

-En mi opinión, señor Jeorling- respondió el contraмаestre,- eso que vemos no es una ballena, ni un resto de un buque, sino simplemente un témpano de hielo...

-¡Un témpano de hielo!- exclamé.

-Hurliguerly no se equivoca- afirmó Jem West.- Se trata de un pedazo de hielo que las corrientes han arrastrado...

-¿Hasta el paralelo cuarenta y cinco? repuse.- ¿Cómo es posible?

-Se ve con frecuencia- añadió el segundo,- y los hielos llegan a veces hasta el paso del cabo, a creer a un navegante

francés, el capitán Blossville, que lo encontró a la altura en 1828.

-Entonces éste no puede tardar en fundirse- dije yo bastante asombrado de que West me hubiese honrado con tan larga respuesta.

-Debe de estar disuelto en gran parte - afirmó el lugarteniente,- y lo que vemos es seguramente lo que queda de una montaña de hielo que debía pesar miles de toneladas.

El capitán Len Guy apareció entonces; y al ver el grupo de marineros que rodeaba a Jem West, se dirigió a proa.

Después de cambiar con él en voz baja algunas palabras, el lugarteniente le entregó el antejo.

Len Guy le enfocó al objeto flotante, al que la goleta se había aproximado cosa de una milla, y después de observarlo por espacio de un minuto, dijo:

-Es un témpano de hielo, y es una suerte que se disuelva. La *Halbrane* hubiera podido sufrir grandes averías tropezando con él durante la noche.



Me extrañó el cuidado que el capitán Len Guy ponía en su observación. Parecía como si sus ojos no pudieran apartarse del ocular del anteojo. Permanecía inmóvil, como clavado en el puente.



Insensible al balanceo, con los brazos rígidos, gracias a su gran costumbre, mantenía imperturbablemente el bloque en el campo del objetivo. Su rostro ansioso mostraba gran palidez, y de sus labios salían vagas palabras.

Transcurrieron algunos minutos. La *Halbrane*, con rápido paso, estaba a punto de pasar el bloque.

-Dejad que se incline un cuarto-dijo el capitán sin bajar el anteojo.

Adiviné lo que pasaba en el espíritu de aquel hombre, bajo la obsesión de una idea fija. Aquel témpano venía de los parajes a los que sin casar lo arrastraba su pensamiento. Quería verle desde más cerca... Tal vez acostarle... Tal vez recoger en él algún resto...

Entretanto, y transmitida la orden por Jem West, el contramaestre había hecho arriar ligeramente las escotas, y la goleta se dirigió hacia el bloque.

Bien pronto estuvimos a dos encabladuras de él, y le pude examinar.

Como habíamos notado, la tumescencia central se fundía. Hielos líquidos goteaban por sus costados. En el mes de Septiembre de aquel año tan precoz, el sol poseía bastante fuerza para provocar la disolución, activarla, hasta precipitarla. Seguramente, antes de que el día terminara nada restaría de aquel bloque arrastrado por las corrientes hasta la altura del paralelo 45.

El capitán Len Guy le observaba siempre, sin que tuviera ya necesidad de recurrir a su anteojo. Se empezó a distinguir un cuerpo extraño, que poco a poco se delineaba a medida

que la fusión se efectuaba; una forma de color negruzco extendida sobre la blanca sábana.

¡Qué sorpresa la nuestra, mezclada de horror, cuando vimos aparecer un brazo, después una pierna, después un torso, después una cabeza... un cuerpo, en fin, cubierto de obscura vestimenta!

Por un instante, hasta creí que aquellos miembros se movían, que sus manos se tendían a nosotros...

La tripulación no pudo contener un grito, que debió de llegar hasta el tímpano.

¡No! Aquel cuerpo no se agitaba, pero deslizábase suavemente por la helada superficie.

Miré al capitán Len Guy. Su rostro estaba como el de aquel cadáver venido de las lejanas latitudes de la zona austral.

Se hizo lo que se debía hacer para recoger a aquel desdichado.

¡Quién sabía si aun respiraba! En todo caso, tal vez sus bolsillos contenían algún documento que serviría para identificarle. Después, acompañándolos con una última oración, se abandonarían aquellos restos humanos a las profundidades del Océano... ¡Ese cementerio de los marinos muertos en el mar!

La canoa fue botada al agua. Colocáronse en ella el contramaestre y los marineros Gratián y Francis. Por la disposición contraria de su velamen, sus foques y trinquete vueltos, Jem West había anulado la marcha de la goleta, casi inmóvil, elevándose y bajando a impulso de las olas.

Yo seguía con la mirada la marcha de la goleta, que acostó en la margen lateral del témpano.

Hurliguerly puso el pie en un sitio que presentaba aun alguna resistencia; Gratián desembarcó tras él, mientras Francis sostenía la canoa por la cadena del arpeo.

Ambos marineros llegaron junto al cadáver, y cogiéndola el uno por los brazos y por la cabeza el otro, le echaron a la canoa.

En algunos golpes de remo, el contraмаestre volvió a la goleta.

El cadáver, congelado de la cabeza a los pies, fue colocado al pie del palo de mesana.

En seguida el capitán se acercó a él, y le contempló fijamente, como si intentara reconocerle.

Era el cuerpo de un marino vestido de grosero paño, pantalón de lana, blusa remendada, camisa de grueso muletón. No había duda de que su muerte debió efectuarse varios meses antes... poco después, probablemente, de ser arrastrado.

Su edad parecía ser la de cuarenta años, aunque sus cabellos eran canosos.

Su delgadez era espantosa, la de un verdadero esqueleto... Debió de haber sufrido las horribles torturas del hambre durante aquel trayecto de 20 grados por lo menos desde el círculo antártico.

El capitán Len Guy separó los cabellos del cadáver, le levantó la cabeza, le miró frente a frente, y murmuró sollozando:

-¡Patterson!... ¡Patterson!

- ¡Patterson!- exclamé.

Me pareció que tan vulgar nombre estaba unido a mi memoria. ¿Cuándo le había yo oído pronunciar?... O más bien, ¿dónde lo había leído?

El capitán Len Guy, en pie, recorrió lentamente el horizonte con la mirada; como si se dispusiera a dar la orden de poner el cabo al Sur...

En aquel instante, a una palabra de Jem West, el contraamaestre hundió su mano en los bolsillos del cadáver, sacando de ellos un cuchillo, una hebra de hilo de acarreto, una petaca vacía y un cuaderno de notas forrado de cuero, con un lápiz de metal.

El capitán Len Guy se volvió, y en el momento en que el contraamaestre tendía el cuaderno a Jem West, dijo:

-Dame...

Algunas hojas estaban escritas... Pero la humedad había borrado casi las palabras. Mas en la última página se encontraban algunas descifrables, y pueden calcular la emoción que se apoderó de mí cuando oí al capitán Len Guy leer lo siguiente con temblorosa voz:

« *La Jane... isla la Tsalal... por ochenta y tres... Hace once años... allí... Capitán... cinco marineros sobrevivientes... Que se les preste auxilio.* »

Y bajo estas líneas un nombre... Una firma... El nombre de Patterson.

¡Patterson! Recordé entonces. Era el segundo de la *Jane*, el segundo de aquella goleta que había recogido a Arthur Pym y

a Dirk Peters sobre el *Grampus*... La *Jane* conducida a la isla Tsalal... La *Jane* atacada por los insulares... La *Jane*, cuyos restos había dispersado la explosión...

Pero todo aquello, ¿era verdad? ¿Edgard Poe había escrito una historia, no una novela? ¿Había realmente recibido el manuscrito de Arthur Pym? ¿Se habían establecido relaciones directas entre ellos? ¿Arthur Pym existía, o más bien había existido? ¿Era un ser real? ¿Y había muerto- de muerte repentina y deplorable- en ignoradas circunstancias, dejando incompleta la narración de su extraordinario viaje? ¿Y hasta qué paralelo había llegado al abandonar la isla Tsalal con su compañero Dirk Peters, y cómo ambos habían podido ser repatriados a América?

Creí que mi cabeza iba a estallar, que me volvía loco... ¡Yo, que había acusado de serlo al capitán Len Guy! ¡No!... Yo había oído mal... ¡No había comprendido!... ¡Aquello era una extravagancia de mi cerebro!...

Y, sin embargo, ¿cómo recusar el testimonio encontrado sobre el cadáver del segundo de la *Jane*, de aquel Patterson, la afirmación del cual se apoyaba en datos evidentes? Y sobre todo, ¿cómo conservar la menor duda, después que Jem West, más en calma, descifró las otras frases, que decían así:

*«Arrastrado desde el 3 de Junio en el Norte de la isla Tsalal... Allí están todavía... Capitán William Guy y cinco tripulantes de la Jane... El témpano deriva... El alimento va a faltarme... Desde el 13 de Junio... agotados mis últimos recursos... Hoy, 16 de Junio, voy a morir...»*

De forma que hacía tres meses que el cuerpo de Patterson yacía en aquel témpano encontrado en el camino de las Kerguelen a Tristán de Acunha? ¡Ah!... ¡Si hubiéramos salvado al segundo de la *Jane!*...

Él hubiera dicho lo que se ignoraba por todos..., lo que tal vez se ignoraría siempre..., ¡el secreto de aquella terrible aventura!

En fin: preciso era rendirse a la evidencia. ¡El capitán Len Guy, que conocía a Patterson, acababa de encontrarle en aquel cuerpo helado!... ¡Era el que acompañaba al capitán de la *Jane* cuando, durante una escala, había enterrado la botella en las Kerguelen, la botella que encerraba el documento, de cuya autenticidad yo dudaba! ¡Y desde hacía once años, los sobrevivientes de la goleta inglesa estaban allá... en aquellos parajes, sin esperanza de ser socorridos!...

A mi espíritu sobrecitado acudieron dos nombres iguales, que iban a explicarme el interés que nuestro capitán tenía por cuanto se relacionaba con la historia de Arthur Pym.

Len Guy se volvió hacia mí, y mirándome, dijo:

-¿Cree usted ahora?...

-¡Sí! ¡Sí!...- balbuceé.- Pero el capitán William. Guy, de la *Jane*...

-¡Y el capitán Len Guy, de la *Halbrane*, son hermanos!- exclamó con fuerte voz, que fue oída por toda la tripulación.

Después... cuando nuestras miradas se volvieron al sitio en que el témpano flotaba, la doble influencia de los rayos del sol y de las aguas de aquella latitud había producido su

efecto y ya no quedaba huella alguna de tales restos en la superficie del mar.

VII

TRISTÁN DE ACUNHA

Cuatro días después, la *Halbrane* llegaba a la curiosa isla de Tristán de Acunha, que es, por decirlo así, como la caldera de los mares Africanos.

¡Ciertamente era un hecho bien extraordinario aquel encuentro, a más de 500 leguas del círculo antártico, aquella aparición del cadáver de Patterson!... Al presente, el capitán de la *Halbrane* y su hermano, el capitán de la *Jane*, estaban unidos por él... Sí... Esto debe parecer inverosímil... Y ¿qué es, sin embargo, junto a lo que aun me queda que contar?

Lo que me parecía que tocaba en los límites de lo inverosímil era que la novela del poeta americano fuese una realidad.

Primero se rebeló mi espíritu. ¡Pretendí cerrar los ojos a la evidencial!

Finalmente, preciso me fue rendirme a ella, y mis últimas dudas quedaron sepultadas, con el cuerpo de Patterson, en las profundidades del Océano.



Y no solamente el capitán Len Guy se encadenaba por los lazos de la sangre a esta dramática y verídica historia, sino que también, como lo supe pronto, nuestro maestro velero, Martín Holt, era hermano de uno de los mejores marineros del *Grampus*, uno de los que habían debido de perecer antes del salvamento de Arthur Pym y de Dirk Peters, efectuado por la *Jane*.

Así, pues, entre los paralelos 83 y 84 Sur, unos marineros ingleses, actualmente en número de seis, habían vivido once años en la Tsalal: el capitán William Guy el segundo Patterson, y los cinco marineros de la *Jane*, que habían escapado milagrosamente de los indígenas de Klock-Klock.

Y ahora, ¿qué iba a hacer el capitán Len Guy? Ni sombra de duda sobre sus propósitos. Él lanzaría a la *Halbrane* hacia el meridiano designado por Arthur Pym. La conduciría hasta la isla de Tsalal, indicada en el cuaderno de Patterson. Su lugarteniente, Jem West, iría donde él le ordenara que fuera. La tripulación no dudaría en seguirle, y no la contendría el temor de los peligros que llevara una expedición que tal vez traspasaba los límites asignados a las fuerzas humanas.

El alma de dicho capitán estaría en ellos; el brazo de su lugarteniente dirigiría sus brazos.

¡He aquí la razón por la que el capitán Len Guy rehusaba aceptar pasajeros a bordo, porque me había dicho que sus itinerarios no eran fijos, en la esperanza siempre de que se le ofreciera ocasión para aventurarse hacia el mar de hielo!

Y hasta tengo motivos para creer que, de estar entonces la *Halbrane* dispuesta para emprender tal campaña, el capitán

Len Guy hubiera dado la orden de poner el cabo al Sur. Y después de lo que yo había dicho al embarcarme, ¿hubiera yo podido obligarla a continuar su camino para desembarcarme en Tristán de Acunha?

Por lo demás, era preciso proveerse de agua en la isla, a la que llegaríamos a los tres días. Allí tal vez podría ponerse a la goleta en condiciones de luchar con los témpanos y llegar a la mar libre, pues libre era más allá del paralelo 82: y de ir más lejos que Cook, Weddell, Biscoe, Kemp, para intentar lo que intentaba entonces el teniente Wilkes, de la marina americana.

Pues bien: una vez desembarcado en Tristán de Acunha, yo esperaría el paso de otro navío. Por lo demás, aunque la *Halbrane* hubiera estado dispuesta para tal expedición, la estación no la hubiera permitido franquear el círculo polar. La primera semana de Septiembre no había terminado aun, y debían transcurrir por lo menos dos meses antes que el verano austral hubiera disuelto los hielos.

Está época- los navegantes lo sabían- es desde mitad de Noviembre al comienzo de Marzo. En este espacio de tiempo, tan audaces tentativas pueden emprenderse con algún buen resultado. La temperatura es soportable, menos frecuentes las borrascas; la barrera de hielo se agujerea, y un sol perpetuo baña aquel lejano dominio.

No había que olvidar las reglas de prudencia en tal caso, y la *Halbrane*, después de renovar sus provisiones de agua y víveres en Tristán de Acunha, buscaría en las Falklands, ya en la costa americana, un puerto en mejores condiciones, desde

el punto de vista de las reparaciones, que los de aquel grupo abandonado en el desierto del Sur atlántico.

La gran isla, cuando el ambiente es puro, es visible a distancia de 85 a 90 millas. El contraamaestre, que la había visitado varias veces, me dio acerca de la isla algunas noticias que transcribo.

Tristán de Acunha está situada al Sur de la zona de los vientos regulares del Suroeste. Su clima es dulce y húmedo; su temperatura moderada, no bajando de 25° Fahrenheit (unos 4° c. bajo cero), ni elevándose más de 68° (20° c. sobre cero). Los vientos dominantes son el Oeste y el Noreste, y durante el invierno, Agosto y Septiembre, los del Sur.

La isla fue habitada desde 1811 por el americano Lambert y varios otros del mismo origen, equipados para la pesca de los mamíferos marinos. Después de ellos instaláronse allí soldados ingleses, encargados de vigilar los mares de Santa Elena, y no partieron hasta la muerte de Napoleón en 1821.

Treinta o cuarenta años después, Tristán de Acunha ha contado con un centenar de habitantes de bastante buen tipo, europeos, americanos y holandeses del Cabo, y la república se ha establecido con un patriarca por jefe, aquel de los padres de familia que tenía más hijos, y el grupo, en fin, ha acabado por reconocer la soberanía de la Gran Bretaña. Pero todo esto ha sucedido después del año 1839, durante el cual la *Halbrane* se disponía a dirigirse a ella.

Por lo demás, pronto debía yo advertir por mis observaciones personales que la posesión de Tristán de Acunha no valía la pena de ser disputada. Sin embargo,

«Tierra de vida» fue su nombre en el sigloXVI. Si goza de una flora especial, está representada únicamente por los helechos, los lícopos, una gramínea picante, la espartina, que tapiza la pendiente inferior de las montañas. Respecto a la fauna doméstica, los bueyes, ovejas y puercos componen su única riqueza, y son el objeto de un comercio poco importante con Santa Elena. Ciertamente no hay un reptil ni un insecto, y los bosques no abrigan más que una especie de felino poco peligroso, un gato salvaje.

El único árbol que posee la isla es un cambrón de 18 a 20 pies; pero las corrientes llevan bastante madera flotante para el consumo. En clase de legumbres no hay más que coles, remolacha, cebollas nabos y calabazas, y como frutas, peras y uvas de mediana calidad. Añadido, no podría cazar allí más que gaviotas, petrales, pinguinos y albatros. La ornitología de Tristán de Acunha no ofrece otras especies.

En la mañana del 5 de Septiembre fue señalado el alto volcán de la isla principal, un nevado macizo de 1200 toesas, cuyo cráter extinguido forma la cubeta de un lago de reducidas dimensiones.

Al aproximarnos al día siguiente, pude distinguir un vasto montón de escombros formado por lavas antiguas.

A aquella distancia, gigantescos fucos extendíanse por la superficie del mar, verdaderos cables vegetales de una extensión que varía de 600 a 1200 pies, y de anchura igual a la de una barrica.

Debo advertir que durante los tres días que siguieron al del encuentro del témpano, el capitán Len Guy no se había

mostrado sobre el puente más que para tomar altura. Terminada la operación, encerrábase en su camarote, y yo no tenía ocasión de verle, excepto en las horas de las comidas.

Taciturno hasta el mutismo, nada se hubiera podido sacar de él. El mismo Jem West no lo hubiera conseguido. De forma que yo me mantenía en la reserva más absoluta. En mi opinión, llegaría el momento en que Len Guy me hablase de su hermano William, y de las tentativas que pensaba efectuar para salvarle a él y a sus compañeros. Pero, lo repito, dada la estación, aquella hora no había llegado cuando la goleta, el 6 de Septiembre, arrojó el ancla a 18 brazas de profundidad cerca de la gran isla, en la costa Noroeste, en Ansielung, al fondo de la bahía Falmouth, precisamente en el mismo sitio en el que, según la narración de Arthur Pym, ancló la *Jane*.

He dicho la gran isla porque el grupo de Tristán de Acunha comprende otras dos de menor importancia. A unas ocho leguas al Snroeste está la isla Inaccesible, y al Sudeste, a cinco leguas de ésta, la isla Nightingale.

El total de este archipiélago se encuentra entre los 37° 8' de latitud meridional Y 12° 8' de longitud occidental.

Estas islas son circulares. Proyectada en plano, Tristán de Acunha semeja una sombrilla desplegada de una circunferencia de 15 millas, y cuya armadura, convergiendo al centro, está representada por las crestas regulares que van al volcán central.

Forma el grupo un dominio oceánico casi independiente. Fue descubierto por el portugués que le ha dado su nombre,

después de la exploración de los holandeses en 1643 y la de los franceses en 1767.

Instaláronse allí algunos americanos para la pesca de los becerros marinos, que abundan en tales parajes; y, en fin, los ingleses no tardaron en sucederles.

En la época en que la *Jane* había anclado allí, un ex cabo de la artillería inglesa, llamado Glass, gobernaba una colonia de 26 individuos que comerciaban con el Cabo, sin más barcos que una goleta de mediano tonelaje. Al arribar nosotros, el dicho Glass contaba con unos 20 vasallos, y como Arthur Pym había indicado, fuera de todo concurso del Gobierno británico.

Un mar de una profundidad de 1200 a 1500 brazas baña el grupo, alargado por la corriente ecuatorial que se dirige al Oeste.

Está sometido al influjo de los vientos regulares del Suroeste. Las tempestades rara vez se desencadenan allí. Durante el invierno, los hielos pasan a menudo su paralelo en 10°, pero jamás bajan al través de Santa Elena.

Las tres islas, dispuestas en triángulo, están separadas por diversos pasos de unas 10 millas, fácilmente navegables. Sus costas están francas, y en torno de Tristán de Acunha la mar mide 100 brazas de profundidad.

Con dicho *ex* cabo estableciéronse relaciones desde la llegada de la *Halbrane*. Él nos recibió con agrado. Jem West, a quien el capitán Len Guy dejó el cuidado de llenar las cajas de agua y de hacer provisiones de carne fresca y legumbres varias, no tuvo motivo más que para alabar la amabilidad de

Glass, quien, por lo demás, esperaba ser pagado a buen precio, como lo fue, en efecto.

Desde el primer día se comprendió que la *Halbrane* no encontraría en Tristán de Acunha los recursos precisos para quedar en estado de emprender la campaña proyectada en el Océano Antártico.

Pero desde el punto de vista de los recursos alimenticios, es cierto que Tristán de Acunha puede ser útil a los navegantes. Las especies de animales domésticos se han enriquecido; pues aunque a fines del último siglo el capitán americano Patten, comandante de la *Industry*, no había visto allí más que algunas cabras salvajes, hoy vense cerdos, vacas y aves. El capitán Colquhouin, del brick americano *Betsey*, hizo plantaciones de cebollas, patatas y otras legumbres en un suelo fértil que aseguraba la prosperidad. Esto es, al menos, lo que en su libro refiere Arthur Pym, y no hay motivo para negarle crédito.

Se habrá notado que yo hablo ahora del héroe de Edgard Poe como del hombre cuya existencia no puedo ya poner en duda. Así es que me extrañaba que el capitán Len Guy no me hubiera aun interpelado sobre este asunto. Evidente era que las noticias escritas en el cuaderno de Patterson eran cosa formal, y yo tenía que reconocer mi pasado error.

Además, si alguna duda me hubiera quedado, un nuevo o irrecusable testimonio vino a añadirse al del segundo de la *Jane*.

Al siguiente día de anclar desembarqué en Ansiedlung, en una hermosa playa de negruzca arena. Pensé que tal playa no

estaría fuera de su lugar en la isla Tsalal, donde se encontraba aquel color de duelo, con exclusión del blanco, que causa a los insulares violentas convulsiones seguidas de postración y estupor. ¿Pero al dar por ciertos tan extraordinarios efectos no habría sido Arthur Pym juguete de una ilusión? En fin, ya se pondría en claro la cosa si la *Halbrane* llegaba alguna vez a la vista de la isla Tsalal.

Encontré al ex cabo Glass, hombre vigoroso, bien conservado, de fisonomía ruda, y en el que los sesenta años no habían conseguido amenguar la inteligente vivacidad. Independientemente del comercio con el Cabo y las Falklands, hacía un importante tráfico de pieles de foca, de aceite de elefantes marinos, y sus negocios marchaban viento en popa.

Como aquel gobernador, que se nombró tal a sí mismo, y fue reconocido por la pequeña colonia, parecía muy aficionado a hablar, entabló sin gran trabajo, desde nuestra primera entrevista, una conversación muy interesante.

-¿Tienen ustedes a menudo navíos que hagan escala en Tristán de Acunha?- le pregunté.

-Tantos como nos hacen falta, caballero- respondió, frotándose las manos, que colocó en la espalda, costumbre suya sin duda.

-¿En la buena estación?- añadí.

-Sí, en la buena estación, si es que en estos parajes la hay mala.



-Le felicito a usted por ello, señor Glass; pero es de lamentar que en Tristán de Acuhna no haya un solo puerto. ¿Y cuando un navío se ve obligado a anclar al largo?

-¿Al largo, caballero? ¿Qué entiendo, usted por eso?- exclamó el ex cabo con una animación que indicaba un gran fondo de amor propio.

-Entiendo, señor Glass, que si usted poseyera muelles de desembarco...

-Y ¿para qué, si la Naturaleza nos ha dado una bahía como ésta, en la que se está al abrigo de los rafaes?... ¡No! Tristán no tiene puerto, y Tristán puede pasarse sin él.

¿A qué contrariarle? Estaba orgulloso de su isla, como el Príncipe de Mónaco tiene derecho a estar orgulloso de su minúsculo principado.

No insistí, y hablamos de varios asuntos. Ofrecíome organizar una excursión al interior de los espesos bosques que suben hasta la mitad de la falda del cono lateral.

Se lo agradecí, excusándome de aceptar su ofrecimiento. Emplearía las horas de la escala en estudios mineralógicos de la isla. Además, la *Halbrane* marcharía en cuanto hubiera hecho su provisión de víveres.

-Mucha prisa tiene el capitán-me dijo Glass.

-¿Usted cree?...

-Tanta, que su lugarteniente no habla ni aun de comprarme pieles o aceite.

-No tenemos necesidad más que de víveres frescos y de agua dulce, señor Glass.

-Bien, caballero- respondió el gobernador con algo de despecho,- lo que no se lleve la *Halbrane* se lo llevarán otros navíos. Y ¿dónde se dirige vuestra goleta?

- A las Falklands, sin duda, donde podrá repararse.

-Y usted, según supongo, ¿no es más que un pasajero a bordo?

-Nada más, señor Glass. Y tenía la intención de permanecer en Tristán de Acuhna durante algunas semanas; pero he tenido que modificar mi proyecto.

-Lo siento, caballero, lo siento- declaró el gobernador.- Hubiera sido una satisfacción para nosotros ofrecerle hospitalidad mientras esperaba la llegada de otro navío.

-Hospitalidad que me hubiera sido muy preciosa-respondí.- Desgraciadamente no la podré aprovechar.

Efectivamente: había tomado la resolución de no abandonar la goleta. Terminada la escala, ella pondría el cabo hacia las Falklands, donde se efectuarían los preparativos necesarios para una expedición por los mares antárticos. Iría, pues, hasta las Falklands, donde encontraría, sin sufrir gran retraso, navío en que embarcarme para América, y seguramente el capitán Len Guy no rehusaría conducirme allí.

El ex cabo me dijo entonces, manifestando alguna contrariedad:

-En fin, no he visto el color de los cabellos ni del rostro del capitán.

-No creo que tenga la intención de venir a tierra, señor Glass.

-¿Está enfermo?

-No, que yo sepa. Pero poco le importa a usted, pues su lugarteniente le reemplaza.

- ¡Oh, poco hablador es! Dos palabras que se le arrancan de tarde en tarde. Por fortuna, las piastras salen más fácilmente de su bolsillo que las palabras de su boca.

-Eso es lo importante, señor Glass.

-¿Cómo se llama usted, caballero?

-Jeorling, del Connecticut.

-Bien. Ya sé su nombre de usted, mientras ignoro aun el del capitán de la *Halbrane*.

-Se llama Guy. Len Guy.

-¿Inglés?

- Sí, inglés.

-Vamos; ya hubiera podido molestarse para visitar a un compatriota. Pero, espere usted, yo he tenido relaciones con un capitán de ese nombre. Guy... Guy...

-¿William Guy?-pregunté vivamente.

-Justo. William Guy.

-¿El que mandaba la *Jane*?

-En efecto; la *Jane*.

-¿Una goleta inglesa que vino a hacer escala en Tristán de Acuhna hace once años?

-Once años, señor Jeorling. Hacía ya siete que yo estaba en la isla, donde me había encontrado al capitán Feffrey del *Berwick*, de Londres, en el año 1824. Recuerdo a William Guy como si le tuviera delante. Un valiente, de carácter franco, y al

que entregué un cargamento de pieles de foca. Tenía aspecto de gentleman; un poco altivo, pero de buen natural.

-¿Y la *Jane*?- le pregunté.

-La veo ahora en el mismo sitio en que la *Halbrane* está anclada en el fondo de la bahía. Un lucido barco de 180 toneladas, con la proa afilada. Iba a Liverpool.

-Sí, esto es verdad. Todo esto es verdad- repetía yo.

-Y ¿continúa la *Jane* navegando, señor Jeorling?

-No, señor Glass.

-¿Es que ha perecido?

-Sí, señor; y la mayor parte de su tripulación ha desaparecido con ella.

-Y ¿cómo ha sucedido esa desgracia, señor Jeorling?

-Al salir de Tristán de Acuhna la *Jane* se dirigió a las islas Auroras, y otras que William Guy esperaba reconocer, según noticias.

-Que yo mismo le di, señor Jeorling- dijo el ex cabo.- Y ¿ha descubierto la *Jane* esas otras islas?

-No-, ni tampoco las Auroras, por más que William Guy permaneció durante varias semanas en aquellos parajes, corriendo de Este a Oeste y con un vigía a la punta del palo mayor.

-Preciso es, pues, que se haya equivocado; pues a creer a varios balleneros que no pueden ser considerados como sospechosos, esas islas existen, y hasta se trataba de darlas mi nombre.

-Lo que hubiera sido justo- respondí yo amablemente.

-Y será fastidioso si se llega a descubrirlas algún día- añadió el gobernador con tono que denotaba una buena dosis de vanidad.

-Entonces- continué- el capitán William Guy quiso realizar un proyecto madurado desde hacía largo tiempo, y al que le arrastraba cierto pasajero que iba a bordo de la goleta.

-Arthur Gordón Pym- exclamó Glass- Y su compañero, un tal Dirk Peters, que habían sido recogidos en el mar por goleta.

-¿Los ha conocido usted, señor Glass?- pregunté vivamente.

-¡Sí los he conocido, señor Jeorling!... ¡Oh! Arthur Pym era un singular personaje, siempre ávido de lanzarse a aventuras. Un audaz americano capaz de partir para la luna. ¿No habrá ido a ella por casualidad?

-No, señor Glass; pero, según parece, y durante su viaje, la goleta de William. Guy ha franqueado el círculo polar, y ha avanzado más allá que ningún otro navío.

-¡He aquí una prodigiosa campaña!- exclamó Glass.

-Sí, pero desgraciadamente la *Jane* no ha vuelto.

-De modo, señor Jeorling, que Arthur Pym y Dirk Peters, una especie de mestizo indiano de tan terrible fuerza que seis hombres no le hubieran podido derribar, ¿habrán perecido?

-No, señor Glass. Arthur Pym y Dirk Peters han podido escapar a la catástrofe de que la *Jane* y la mayor parte de sus hombres fueron víctimas, y han vuelto a América. Ignoro de qué manera. Después de su regreso, Arthur Pym ha muerto en no sé qué circunstancias. En cuanto a Dirk Peters,

después de retirarse al fondo de Illinois, ha partido un día sin prevenir a nadie y sin dejar rastro.

-¿Y William Guy?- preguntó Glass.

Referíle cómo el cadáver de Patterson, el segundo de la *Jane*, acababa de ser recogido por nosotros sobre un témpano, y añadí que todo hacía creer que el capitán de la *Jane* y cinco de sus compañeros existían aun en una isla de las regiones australes a menos de siete grados del polo.

-¡Ah, señor Jeorling!- exclamó Glass.- ¡Permita Dios que algún día se pueda salvar a William Guy y sus compañeros, que me han parecido excelentes personas!

-Es lo que la *Halbrane* va a intentar en cuanto esté en situación de acometer la empresa, pues su capitán, Len Guy, ¡es el propio hermano de William Guy!

-¡Imposible, señor Jeorling!- exclamó Glass.- Aunque yo no conozco al capitán Len Guy, me atrevo a afirmar que no se parecen los dos hermanos..., al menos en la manera de portarse con el gobernador de Tristán de Acunha.

Vi que al ex cabo le mortificaba mucho la indiferencia de Len Guy, que no lo había visitado. ¡Cálculése! ¡El soberano de aquella isla independiente, el dominio del cual se extendía hasta las dos islas vecinas, Inaccesible y Nightingale! Pero él se consolaba, sin duda, con la idea de vender su mercancía un 25 por 100 más cara de lo que valía.

Lo cierto es que el capitán Len Guy no manifestó en ningún instante deseo de desembarcar, cosa tanto más singular cuanto que no debía ignorar que la *Jane* había hecho escala en la parte Noroeste de Tristán de Acunha antes de

partir hacia los mares australes, y parecía indicado que se pusiera en relaciones con el último europeo que había estrechado la mano de su hermano.



No obstante, Jem West y sus hombres fueron los únicos que bajaron a tierra, y con el mayor apresuramiento se ocuparon de descargar el mineral de estaño y de cobre que

formaba el cargamento de la goleta, y en seguida de embarcar las provisiones, llenar las cajas de agua, etc., etc.

Durante, todo este tiempo el capitán Len Guy permaneció a bordo, sin subir al puente, y por el tragaluz vidriado de su camarote yo le veía inclinado constantemente sobre su mesa.

Sobre ésta había mapas desplegados y libros abiertos. No había que dudar que los primeros fuesen de las regiones australes, y los segundos narrasen los viajes de los precursores de la *Jane* en las misteriosas regiones de la Antártida.

Sobre la mesa había también un libro, cien veces leído, del que la mayor parte de las páginas estaban dobladas, y los márgenes llenas de múltiples notas, escritas con lápiz.

Y sobre la cubierta brillaba este título, como impreso con letras de fuego:

*Aventuras de Arthur Gordón Pym.*



## VIII

## EN DIRECCIÓN A LAS FALKLANDS.

El 8 de Septiembre, por la tarde, me despedí de su excelencia el gobernador general del archipiélago de Tristán de Acunha, tal era el título oficial que se le daba al ex cabo de la artillería británica. Al día siguiente, antes del alba, la *Halbrane* se puso a la vela.

No hay que decir que yo había obtenido permiso del capitán Len Guy para seguir a bordo hasta que llegásemos a las islas Falklands; tratábase de una travesía de 2.000 millas que no exigiría más que una quincena de días por poco que el viento nos favoreciese, como había favorecido nuestra navegación entre las Kerguelen y Tristán de Acunha. No me pareció que mi petición sorprendiera al capitán Len Guy; hubiérase dicho que la esperaba. Lo que yo por mi parte esperaba era que volviese a hablarme de la cuestión de Arthur Pym, sobre la que guardaba silencio desde que el desdichado Patterson le había dado razón contra mí en lo concerniente al libro de Edgard Poe.

Sin embargo, aunque hasta entonces no lo hubiera hecho, tal vez se reservaba hacerlo en tiempo oportuno. Por lo demás, esto no podía influir de ninguna manera en su decisión de llevar la *Halbrane* a los lejanos parajes donde había perecido la *Jane*.

Después de rodear Herald-Point, las pocas casucas de Ansiedlung desaparecieron tras la extremidad de Falmouth-Bay. El cabo fue puesto al Suroeste, y una hermosa brisa del Este permitió entonces caminar perfectamente.

Durante la mañana dejamos atrás la bahía Elephanten, Hardy-Rock, West-Point, Cotton-Bay y el promontorio de Daley. Sin embargo, necesitamos todo el día para perder de vista el volcán de Tristán de Acunha, de una altura de 8.000 pies, y cuya nevada cumbre borraron al fin las sombras de la noche.

En el transcurso de esta semana la navegación efectuóse en muy buenas condiciones, y de seguir lo mismo, antes de terminar el mes de Septiembre veríamos las primeras alturas del grupo de las Falklands. Esta travesía debía conducirnos al Sur, teniendo que bajar del 38 paralelo al 55° de latitud.

Puesto que el capitán Len Guy tenía la intención de aventurarse en las profundidades antárticas, creo conveniente, hasta indispensable, recordar sumariamente las tentativas hechas para llegar al polo Sur, o por lo menos al vasto continente donde se puede suponer que esté el punto central. No es bien fácil hacer tal resumen, puesto que el capitán Len Guy puso a mi disposición los libros que tratan

de tales explicaciones con gran abundancia de detalles, y también la obra entera de Edgard Poe, esas *Historias extraordinarias* que, bajo la influencia de los extraños sucesos que quedan referidos, yo releía con verdadera pasión.

Es de advertir que si Arthur Pym también ha creído deber citar los principales descubrimientos de los primeros navegantes, ha tenido que detenerse en los que eran posteriores al año 1825. Como yo escribo dos años después que él, me incumbe decir lo que habían hecho sus sucesores hasta el presente viaje de la *Halbrane*, 1839-1840.

La zona que geográficamente puede ser comprendida bajo la denominación general de la Antártida parece estar circunscrita por el 60 paralelo austral.

En 1772, la *Resolución*, al mando del capitán Cook, y la *Aventura*, al del capitán Furneaux, encontraron los hielos en el 58° extendidos del Noroeste al Sudeste. Y deslizándose, no sin grandes peligros, al través de un laberinto de enormes bloques, los dos navíos tocaron en mediados de Diciembre el paralelo 64, franquearon el círculo polar en Enero y fueron detenidos por masas de ocho a veinte pies de espesor en el 67° 15' de latitud, que es, con diferencia de minutos, el límite del círculo antártico.

El año siguiente, en el mes de Noviembre, la tentativa fue repetida por el capitán Cook. Esta vez, aprovechando una fuerte corriente, desafiando las borrascas, los rafaes y un frío muy riguroso aun, pasó medio grado cerca del 70 paralelo, y vio su camino definitivamente obstruido por infranqueables témpanos de 250 a 300 pies, que se tocaban por sus bordes y

que dominaban en el cruce del  $71^{\circ} 10'$  de latitud y  $106^{\circ} 44'$  de longitud Oeste.

El atrevido capitán no debía ir más allá.

Treinta años después, en 1803, la expedición rusa de los capitanes Krusenstern y Lisiansky, rechazada por los vientos del Sur, no pudo llegar más allá del  $59^{\circ} 52'$  de latitud por  $90^{\circ} 15'$  de longitud Oeste, por más que el viaje se hubiera efectuado en Marzo y ningún témpano cerrase el paso.

En 1818, William Smith y después Barnesfield descubrieron las South-Shetlands; Botwell, en 1830, reconoció las South Orkneys; Palmer y otros cazadores de focas vieron las tierras de la Trinidad, pero no se aventuraron más allá.

En 1819 el *Vostok* y el *Mirni*, de la marina rusa, a las órdenes del capitán Bellingshausen y del teniente Lazarew, después de haber visto la isla Georgia y rodeado la tierra Sandwich, avanzaron 600 millas al Sur hasta el paralelo 90. Una segunda tentativa al  $160^{\circ}$  de longitud Este no les permitió avanzar más cerca del polo. Sin embargo, llegaron a las islas de Pedro I y de Alejandro I, que reúnen, quizás, la tierra señalada por el americano Palmer.

En el año 1822 el capitán James Weddell, de la marina inglesa, tocó, si su relación no es exagerada, en el  $74^{\circ} 15'$  de latitud, una mar libre de hielos, lo que le ha hecho negar la existencia de un continente polar. Haré además notar que el camino seguido por este navegante es el que, seis años después, debía seguir la *Jane* de Arthur Pym.

En 1823, el americano Benjamín Morrel, a bordo de la goleta *Wash*, emprendió, en el mes de Marzo, una primera campaña que le llevó, por  $65^{\circ} 15'$  de latitud, y luego por  $70^{\circ} 14'$ , a la superficie de una mar libre con la temperatura del aire a  $47^{\circ}$  ( $8^{\circ} 33$  c. sobre 0) y la del agua a  $44^{\circ}$  ( $6^{\circ} 67$  c. sobre 0); observaciones que concuerdan manifiestamente con las hechas a bordo de la *Jane* en los parajes de la isla Tsalal. A no faltarle las provisiones, el capitán Morrel afirma que hubiera tocado, si no al polo austral, por lo menos al paralelo 85. En 1829 y 1830, una segunda expedición sobre el *Antártico* le condujo al  $116^{\circ}$  de longitud, sin encontrar obstáculos hasta el  $30^{\circ} 30'$ , y descubrió la tierra Sur-Groenland.

Precisamente en la época en que Arthur Pym y William Guy llegaban más allá que sus predecesores, los ingleses Foster y Kendal, encargados por el Almirantazgo de determinar la forma de la Tierra, por las oscilaciones del péndulo en diferentes lugares, no pasaron del  $64^{\circ} 45'$  de latitud meridional.

En 1830, John Biscoe, que mandaba el *Tuba* y el *Lively*, de la propiedad de los hermanos Enderby, fue encargado de explorar las regiones australes mientras cazaba la ballena y la foca. En Enero de 1831 cortó el paralelo 60, tocó en el  $68^{\circ} 51'$  por  $10^{\circ}$  de longitud Este, se detuvo ante infranqueables hielos, descubrió en el  $65^{\circ} 57'$  de latitud y  $45^{\circ}$  de longitud Este una extensa tierra, a la que dio el nombre de Enderby, y en la que no pudo acostar. En 1832 una segunda campaña no le permitió franquear el  $66^{\circ}$  más de  $27'$ ; pero encontró una isla, a la que puso el nombre de Adelaida, antes de otra

alta y continua que fue llamada Tierra de Graham. De aquella campaña la Sociedad Real Geográfica de Londres dedujo la consecuencia que entre los 47 y 69 grados de longitud Este se prolongaba un continente por los 66 y 67 grados de latitud. Sin embargo, Arthur Pym tuvo razón para afirmar que esta conclusión no era racional, puesto que Weddell había navegado al través de estas supuestas tierras, y la *Jane* había seguido esta dirección más allá del paralelo 74.

En 1835, el lugarteniente inglés Kemp abandonó las Kerguelen. Después de haber visto apariencias de tierra en el 70° de longitud Este, alcanzó el grado 76, reconoció una costa que probablemente se unía a la tierra de Enderby, y no fue más lejos hacia el Sur.

En fin, en los principios del año 1839, el capitán Balleny, a bordo del navío *Elizabeth-Scott*, el 7 de Febrero pasaba 67° 7' de latitud por 104° 25' de longitud Oeste, y descubría el rosario de islas que lleva su nombre; después; en Marzo, por 65° 10' de latitud y 116° 10' de longitud Este, descubría la tierra a la que se dio el nombre de Sabrina. Este marino - simple ballenero, como más tarde supe-añadió así indicaciones precisas que, por lo menos en aquella parte del Océano austral, dejaban presentir la existencia de un continente polar.

Y después, como al principio de esta narración he indicado, al mismo tiempo que la *Halbrane* se disponía a una tentativa que debía arrastrarla más lejos que los navegantes del período comprendido entre 1772 a 1835, el lugarteniente Carlos Wilkes, de la marina de los Estados Unidos,

mandando una división de cuatro barcos, el *Vincennes*, el *Peacock*, el *Porpoise*, el *Flying-Fish* y de otros varios a éstos unidos, buscaba paso hacia el polo por la longitud oriental del grado 102. En aquella época quedaban aun por descubrir cerca de cinco millones de millas cuadradas de la Antártida.

Tales son las campañas que han precedido en los mares de la Antártida a la de la goleta *Halbrane*, mandada por el capitán Len Guy. En resumen: los más audaces de estos descubridores, o los más favorecidos si se quiere, no habían pasado, Kemp del paralelo 66, Balleny del 67, Biscoe del 68, Bellingshausen y Morrel del 70, Cook del 71, Weddell del 74. ¡Y era más allá del 83, casi 300 leguas más lejos, adonde había que llegar para socorrer a los sobrevivientes de la *Jane!*

Debo confesar que, por más que yo fuese de carácter poco imaginativo y hombre práctico, desde el encuentro del témpano que llevaba el cuerpo de Patterson me sentía extraordinariamente sobreexcitado. Una singular curiosidad no me dejaba punto de reposo. Veía ante mí los rostros de Arthur Pym y de sus compañeros abandonados en los desiertos de la Antártida.

Esbozábame en mí el deseo de tomar parte en la expedición proyectada por el capitán Len Guy. Pensaba en ello de continuo. Realmente, nada me llamaba a América: poco importaba que mi ausencia se prolongase seis meses o un año. Verdad es que faltaba obtener el consentimiento del capitán de la *Halbrane*. Pero ¿por qué había de rehusar mi cooperación? ¿Acaso no sería para él una satisfacción bien humana probarme materialmente que él había tenido razón al

arrastrarme al teatro, de una catástrofe que yo había considerado como ficticia, mostrarme los restos de la *Jane* en dicho punto, desembarcarme en la isla Tsalal, de la que yo había negado la existencia, y colocarme en presencia de su hermano Williams?

Sin embargo, antes de tomar resolución definitiva yo esperaba a que se presentase ocasión de hablar al capitán Len Guy.

Además, no había por qué apresurarse. Después de los diez días que siguieron a nuestra partida de Tristán de Acunha, y durante los cuales el tiempo nos fue muy favorable, vinieron veinticuatro horas de calma. Luego la brisa sopló del Sur, y la *Halbrane* tuvo que reducir su velamen, pues el viento era fuerte. Imposible contar, además, sobra las cien millas que calculamos recorrer en un día... De aquí que la duración de la travesía iba a prolongarse otro tanto de lo calculado, por lo menos, y aun eso si no estallaba una de esas tempestades que obligan a los navíos a ponerse a la capa para hacer frente al viento o huir de él.

Afortunadamente, la goleta manteníase sólidamente en el mar hasta cuando desplegabá todo su velamen. Además, aunque su audacia fuera mucha, el lugarteniente hizo tomar rizos todas las veces que la violencia del huracán ponía en riesgo a su navío. No había que temer imprudencia ni descuido por parte de Jem West.

Del 22 de Septiembre al 3 de Octubre se anduvo poco. La derivación fue sensible hacia la costa americana, y sin una corriente que, enderezándola por lo bajo, mantuvo a la goleta



contra el viento, hubiéramos, probablemente, llegado a las tierras de la Patagonia.

Durante este período de mal tiempo, busqué inútilmente ocasión para hablar a solas con el capitán Len Guy. Fuera de las horas de comer, él permanecía en su camarote, dejando, como de costumbre, la dirección del navío a su lugarteniente, y no aparecía por el puente más que para hacer el punto cuando el sol se mostraba. Añado que Jem West era admirablemente secundado por la tripulación, con el contramaestre a la cabeza, y que hubiese sido difícil encontrar diez hombres más hábiles, más atrevidos y más resueltos.

En la mañana del 4 de Octubre, el estado del cielo y de la mar se modificó notablemente. Calmóse el viento, disminuyó poco a poco la violencia del oleaje, y al siguiente día la brisa marcaba tendencia a establecerse al Noroeste.

No podíamos esperar cambio mejor. Fueron largados los rizos e izadas las velas altas, aunque el viento comenzaba a refrescar. Siguiendo así, el vigía, antes de diez días, señalaría las primeras alturas de las Falklands.

Del 5 al 10 de Octubre la brisa sopló con la constancia y regularidad de los vientos alisios. No hubo necesidad de atesar ni de aflojar una sola escota. Aunque la fuerza del viento disminuyera gradualmente, su dirección no cesó de ser favorable.

En la tarde del 11 tuve la ocasión que yo esperaba para sondear al capitán Len Guy. Este mismo la presentó hablándome en las circunstancias siguientes.

Estaba yo sentado a la entrada del comedor cuando el capitán Len Guy salió de su camarote, miró a popa y avanzó para tomar asiento a mi lado.

Evidentemente deseaba hablarme; y ¿de qué, sino de lo que absorbía todo su pensamiento? Así, con voz menos temblorosa que de ordinario, empezó diciéndome:

-Aun no he tenido el placer de hablar con usted, señor Jeorling, desde que salimos de Tristán de Acunha.

-Mucho lo he lamentado, capitán- respondí, manteniéndome en la mayor reserva hasta ver dónde iba a parar.

-Le suplico que me dispense. ¡Me atormentan tantas preocupaciones! Tengo que organizar un plan de campaña en el que nada quede a la casualidad... Le pido que no me guarde rencor por mi conducta.

-Crea usted que no.

-Convenido, señor Jeorling; y hoy que lo conozco a usted y le he podido apreciar, me felicito de tenerle a usted a bordo hasta nuestra llegada a las Falklands.

-Le estoy a usted muy reconocido, capitán, por lo que usted ha hecho por mí, y esto me anima a...

Me parecía propicio el momento para emitir mi proposición, cuando el capitán Len Guy me interrumpió en la siguiente forma:

-Y bien, señor Jeorling. ¿Cree usted ahora en la realidad del viaje de la *Jane*, o considera usted aun el libro de Edgard Poe como una obra de imaginación?

-No, capitán.

-¿No duda usted de que Arthur Pym y Dirk Peters hayan existido, ni de que William Guy, mi hermano y cinco de sus compañeros hayan sobrevivido?

-Preciso sería que yo fuera el más incrédulo de los hombres, capitán, y no deseo más que una cosa: que el cielo le favorezca a usted y asegure la salvación de los náufragos de la *Jane*.

-Emplearé en la empresa todo mi celo, señor Jeorling, y con ayuda de Dios triunfaré.

-Lo espero, mi capitán..., casi tengo la certeza de ello; y si usted consiente...

-¿Es que ha tenido usted ocasión de hablar de todo esto con un tal Glass, ex cabo inglés, que pretende ser gobernador de Tristán de Acunha? preguntó el capitán Len Guy sin dejarme terminar.

-Efectivamente- respondí;- y lo que ese hombre me ha dicho ha contribuido, y no poco; a cambiar en certidumbre mis dudas.

-¡Ah!... ¿le ha asegurado a usted?

-Sí... Me ha dicho que ha visto la *Jane* cuando estaba de escala hace once años.

-La *Jane*... ¿Y a mi hermano?

-Ha conocido personalmente al capitán William Guy.

-¿Y ha traficado con la *Jane*?

-Sí... Como acaba de hacerlo con la *Halbrane*.

-¿Estaba anclada en esta bahía?

-En el mismo sitio que la goleta de usted, mi capitán.

-¿Y Arthur Pym... Dirk Peters?

-Ha tenido con ellos relaciones frecuentes.

-¿Ha preguntado qué ha sido de ellos?

-Sin duda... Y le he referido la muerte de Arthur Pym, al que él consideraba como a un hombre audaz, temerario, capaz de las más locas aventuras.

-Diga usted un loco, un loco peligroso, señor Jeorling. ¿No es él quien ha arrastrado a mi desgraciado hermano a la funesta campaña?

-Efectivamente; según su relación, hay motivo para creerlo.

-¡Y para no olvidarlo nunca!- añadió vivamente el capitán Len Guy.

-Ese Glass- añadí- conoció también al segundo de la *Jane*, Patterson...

-Era un excelente marino, señor Jeorling... ¡Un corazón de un valor a toda prueba! Patterson no tenía más que amigos... En cuerpo y alma pertenecía a mi hermano...

-¡Cómo Jem West a usted, capitán!

-¡Ah!... ¿Por qué hemos encontrado al desgraciado Patterson muerto sobre el témpano; muerto desde varias semanas antes?

-¡Ese encuentro le ha sido a usted de gran utilidad para sus futuras gestiones!- observé.

-Sí, señor Jeorling- dijo el capitán Len Guy... - Pero ¿sabe Glass dónde están actualmente los naufragos de la *Jane*?

-Yo se lo he dicho, capitán, así como todo lo que usted intenta para salvarlos.

Creí inútil añadir que a Glass había producido gran sorpresa no recibir la visita del capitán Len Guy, que su pretenciosa vanidad le hacía esperar, por suponer que de correspondía a él, gobernador de Tristán de Acunha, hacerla el primero.

Luego, cambiando el giro de la conversación, el capitán Len Guy me dijo:

-Quería preguntarle a usted, señor Jeorling, si piensa usted que en la relación de Arthur Pym, publicada por Edgard Poe, sea todo exacto.

-En mi opinión hay que hacer alguna excepción-dada la singularidad del héroe de estas aventuras-, por lo menos sobre lo extraño de ciertos fenómenos en los parajes que él señala más allá de la isla Tsalal. Y precisamente, en lo que concierne a William Guy y varios de sus compañeros, ya ve usted que Arthur Pym se engaña al afirmar que habían perecido en el derrumbamiento de la colina de Klock-Klock.

-¡Oh!... ¡Be no lo afirma, señor Jeorling!- replicó el capitán Len Guy.- Dice sencillamente que, cuando Dirk Peters y él llegaron a la abertura, al través de la cual podían ver el campo de los alrededores, comprendieron el secreto del artificial temblor de tierra. Y como toda la pared de la colina se había precipitado en el fondo de la quebrada, no podían dudar de la suerte de mi hermano y de veintinueve de sus hombres, por lo que pensó que Dirk Peters y él eran los únicos blancos que habían quedado vivos en la isla Tsalal... Esto es lo que dice únicamente... ¡Nada más! ¡No eran más

que suposiciones, como usted comprenderá, muy admisibles!... ¡Simples suposiciones!

-¡Lo reconozco, capitán!

-Pero ahora, gracias al cuaderno de Patterson, tenemos la seguridad de que mi hermano y cinco de sus compañeros escaparon a aquel derrumbamiento preparado por los naturales.

-Es evidente, capitán. En cuanto a la suerte de los sobrevivientes de la *Jane*, si fueron hechos prisioneros de nuevo por los indígenas de Tsalal, o si están libres, nada dicen las notas de Patterson, ni de las circunstancias por las que fue arrastrado lejos de ellos.

-Esto... lo sabremos..., señor Jeorling... Sí... Lo sabremos... Lo esencial es que tengamos la seguridad de que mi hermano y cinco de los marineros de la *Jane* estaban vivos, hace menos de cuatro meses, sobre una parte cualquiera de la isla Tsalal. Al presente no se trata de una novela formada por Edgard Poe, sino de una verídica relación firmada por Patterson.

-Capitán-dije yo entonces-, ¿quiere usted que lo sea de los suyos hasta el fin de la campaña de la *Halbrane* por los mares antárticos?

El capitán Len Guy clavó en mí una mirada penetrante, como la hoja de un puñal. No pareció sorprendido por la proposición que yo acababa de hacerle, que esperaba tal vez, y no pronunció más que estas palabras:

-Con mucho gusto.

IX

**ARREGLO DE LA «HALBRANE»**

Forman un rectángulo de 65 leguas de Este a Oeste de largo por 40 de Norte a Sur de ancho; encerrad en él dos grandes islas y un centenar de islotes entre los 60° 10' y 64° 36' de longitud occidental y 51° 41' de latitud meridional, y tendréis el grupo geográficamente llamado islas Falklands o Malouinas, a 300 millas del estrecho de Magallanes, y que forma como el puerto avanzado de los dos grandes Océanos Atlántico y Pacífico.

En 1592, John Davis descubrió este archipiélago, el pirata Hawkins le visitó en 1593, y Strong le bautizó en 1659: todos ingleses. Cerca de un siglo más tarde, los franceses, expulsados de sus establecimientos del Canadá, pretendieron fundar en dicho archipiélago una colonia de avituallamiento para los navíos del Pacífico; y como la mayor parte era de los corsarios de Saint-Malo, bautizaron estas islas con el nombre de Malouinas, que llevan con el de Falklands. Su compatriota Bougainville estableció la primera serie de la colonia en 1763,

llevando primero 27 individuos-cinco de ellos mujeres-, y diez meses después el número de los colonos era el de 150.

Tal prosperidad provocó las reclamaciones de la Gran Bretaña.

El Almirantazgo mandó el *Tamar* y el *Dauphin*, a las órdenes del comandante Byron. En 1766, al fin de una campaña en el estrecho de Magallanes, los ingleses se dirigieron a las Falklands, contentándose con reconocer al Oeste la isla de Port-Egmont, y continuaron su viaje hacia los mares del Sur.

La colonia francesa no debía prosperar, y, por otra parte, los españoles hicieron valer sus derechos en virtud de una concesión papal anterior. Así que el Gobierno de Luis XV se decidió a reconocer estos derechos mediante indemnización pecuniaria, y Bougainville, en 1767, puso las islas Falklands en poder de los representantes del Rey de España.

Todos estos cambios trajeron el resultado inevitable en materia de empresas coloniales: los españoles fueron arrojados por los ingleses. Así, pues, desde 1833 estos asombrosos acaparadores son los dueños de las Falklands.

Hacía, pues, seis años que el grupo se contaba entre las posesiones británicas del Atlántico meridional, cuando nuestra goleta ancló en Port-Egmont el día 16 de Octubre.

Las dos grandes islas, conforme a la posición que ocupan la una con relación a la otra, se llaman East-Falkland o Soledad, y West-Falkland. Al Norte de la segunda se abre Port-Egmont.



Así que la goleta ancló en el fondo del puerto, el capitán Len Guy dio licencia a toda la tripulación para doce horas. Desde el siguiente día se comenzaría el trabajo por una visita minuciosa e indispensable al casco y al aparejo, en vista de una navegación prolongada al través de los mares antárticos.

Aquel mismo día, el capitán Len Guy bajó a tierra con objeto de conferenciar con el Gobernador del grupo- el nombramiento del cual pertenece a la Reina-, a propósito del pronto abastecimiento de la goleta.

No pensaba reparar en gastos, pues de una economía mal entendida puede a veces depender el funesto resultado de campaña tan difícil como la que se intentaba. Yo estaba, además, dispuesto a ayudarle con mi dinero, lo que no dejé de decirle. Sí... Yo estaba impresionado ahora..., impresionado por lo extraño del caso, por el encadenamiento de los hechos.

Como al héroe del *Domaine D Arnheim*, me parecía que un viaje a los mares del Sur conviene a toda persona, para la que el aislamiento absoluto, la reclusión completa, la dificultad de entrar y salir serían el encanto de los encantos: ¡He aquí al estado a que yo había llegado a fuerza de leer las fantásticas obras de Edgard Poe!

Y además, se trataba de socorrer a infelices abandonados, y yo deseaba contribuir personalmente a su salvación.

Si aquel día el capitán Len Guy bajó a tierra, Jem West, siguiendo su costumbre, no abandonó la goleta. Mientras la tripulación descansaba, el segundo no se concedía reposo alguno, y hasta la noche se ocupó en visitar la cala.

Yo no quise desembarcar hasta el día siguiente. Durante la escala dispondría de todo el tiempo para explorar los alrededores de Port-Egmont y entregarme a investigaciones relativas a la mineralogía y geología de la isla.

Hurliguerly tenía, pues, excelente ocasión para renovar su conversación conmigo, y la aprovechó.

-Mi más cordial enhorabuena, señor Jeorling- me dijo acercándose.

-Y ¿por qué, contraamaestre?

-Por lo que he sabido; es decir, que va usted a seguirnos hasta el fondo de los mares antárticos.

-¡Oh! No tan lejos según creo. Se trata únicamente de pasar el paralelo 84.

-¡Quién sabe!- respondió el contraamaestre.- En todo caso la *Halbrane* va a ganar más grados en latitud que rizos tiene en su mesana o flechastes en sus obenques.

-¡Bien!

-Y esto ¿no le atemoriza a usted?

-Absolutamente nada.

-Ni a nosotros tampoco, señor Jeorling. Usted ha visto que, aunque poco amigo de conversación nuestro capitán, es excelente persona. Todo es cuestión de saberle coger. Después de haberle concedido a usted hasta Tristán de Acuhna el pasaje que le negó primero, se le concede a usted hasta el polo.

-No se trata del polo, contraamaestre.

-¡Bien! Ya se llegará a él algún día.

-¿Al polo Sur? No lo creo. Esto no es de gran interés, y yo no ambiciono conquistarlo. Además, se trata únicamente de la isla Tsalal.

-¡La isla Tsalal! Comprendido- respondió Hurliguerly.- Pero no por eso se ha mostrado nuestro capitán menos amable con usted.

-Lo que le agradezco mucho, contraмаestre; y también a usted- me apresuré a añadir-, puesto que a su influencia debo haber hecho esta travesía.

-Y la que hará usted.

-No lo dudo, contraмаestre.

Posible es que este bravo Hurliguerly, algo jactancioso, haya notado un punto de ironía en mi respuesta; pero no lo dio a entender, dispuesto a continuar en su papel de protector mío. En fin, su conversación no podía menos de serme provechosa por conocer a fondo las Falklands como todas las islas del Sur Atlántico, que hacía tantos años recorría.

Resultó de aquí que yo estaba suficientemente instruido cuando al siguiente día la canoa que me transportaba a tierra fue a acostar en la ribera, cuyo colchón espeso de hierbas parece colocado allí para amortiguar el choque de las embarcaciones.

En aquella época las Falklands no eran utilizadas como lo han sido después. Más tarde, en la Soledad, se ha descubierto el puerto Stanley; ese puerto que el geógrafo francés Elisée Reclus ha tratado de ideal, pues está abrigado contra todos los vientos, y podría contener las flotas de la Gran Bretaña.

Mas la *Halbrane* había ido a buscar Port-Egmont en la costa Norte de West-Falkland, o Falkland propiamente dicha.

Y bien: si durante dos meses hubiese yo navegado con una venda en los ojos, sin conocer la dirección seguida por la goleta, y se me hubiera preguntado en las primeras horas de la escala:- ¿Está usted en las Falklands o en Noruega?, mi respuesta hubiera indicado incertidumbre.

Y, realmente, ante aquellas crestas cortadas en profundas ensenadas, ante aquellas montañas escarpadas de flancos o picos, la duda es lógica. Nada hay allí, a excepción de los cambios bruscos de temperatura, que no sea común a los dos países. Además, las lluvias frecuentes en el cielo escandinavo lo son también en el Magallánico, como las violentas tempestades en primavera y otoño, huracanes de tal violencia que arrancan las legumbres de las huertas.



Verdad es que algunos paseos me hubieran bastado para reconocer que el Ecuador me separaba siempre de los parajes de la Europa septentrional.

Efectivamente. ¿Qué pude observar en los alrededores de Port-Egmont que exploré durante los primeros días? Nada más que indicios de una vegetación enfermiza; carencia de

arbolado. Aquí y allá no se veían más que raros arbustos en vez de los admirables montes de abetos de las montañas noruegas- tales como el bolace, especie de gladiolo, estrecho como un junco, de seis a siete pies de altura, que destila una goma aromática; valerianas, bomareas, orchillas, fetucas, ecnomiceas, azorelias, citisos trepadores, estipas, calceolarias, hepáticas, violetas, cebolletas, y plantas de ese apio rojo y blanco tan eficaz contra el escorbuto. Después, en la superficie de un suelo turboso, que cede y se levanta bajo el pie, extendíase una alfombra de musgo, ágamos y líquenes. No; no era ésta la comarca atractiva y mitológica donde resuenan los ecos de los sagas; no era el poético dominio de Odín, de los Erses y Valquirias.

Sobre las profundas aguas del estrecho de las Falklands, que separa las dos islas principales, escalonábanse extraordinarias muestras de vegetación acuática, esos *baudoux* que sostienen un rosario de ampollitas llenas de aire, y que únicamente pertenecen a la flora de las Falklands.

Advertí también que las bahías de este archipiélago, donde las ballenas son raras ya, eran frecuentadas por otros mamíferos marinos de colosal tamaño, focas de crin de cabra, de 25 pies de largo por 20 de circunferencia, y por bandadas de elefantes, lobos o leones del mar de no menos gigantescas proporciones.

Difícil es figurarse la violencia de los gritos que lanzan estos anfibios, particularmente las crías y jóvenes. Parece que ganados de bueyes mugen por estas playas. Pero capturar, o derribar por lo menos, a estos animales no ofrece dificultades

ni peligros. Los pescadores los matan a garrotazos cuando se agazapan bajo la arena de las playas.

He aquí, pues, las particularidades que diferencian a la Escandinavia de las Falklands, sin hablar del infinito número de pájaros que levantaban el vuelo al acercarme yo, abutardas, cuervos marinos, colimbos, cisnes de cabeza negra, y, sobre todo, bandadas de mancos o de pingüinos, de los que anualmente se matan centenares de miles.

Un día en que el espacio se llenaba de sordos rebuznos, pregunté a un viejo marinero de Port-Egmont:

-¿Es que hay asnos en los alrededores?

-Señor-respondióme,- no son asnos; son pingüinos.

Sea... Pero oyendo a los estúpidos volátiles, hasta los asnos se engañarían.

Durante los días 17, 18 y 19 de Octubre, Jem West procedió a un detenido examen del casco de la goleta. Notóse que nada había sufrido. La roda pareció, lo suficiente sólida para romper los hielos. Hiciéronse en el codaste algunas reparaciones para asegurar el funcionamiento del timón sin que se corriera el riesgo de que fuera desmontado por los choques. Por estar la goleta inclinada sobre babor y estribor, rellenáronse varias costuras con estopas, siendo después cuidadosamente embreadas. Como la mayor parte de los navíos destinados a navegar por los mares fríos, la *Halbrane* no estaba recubierta de cobre, lo que es preferible cuando se trata de romper los hielos, cuyas agudas aristas

deterioran fácilmente una carena. Algunos cabillones fueron reemplazados bajo la dirección de Hardie, nuestro maestro calafate, y los mazos *cantaron* con sonoridad de buen agüero.

En la tarde del 20, en compañía del viejo marino de que he hablado-un buen hombre, muy sensible al cebo de una piastra acompañada de una copa de Ginebra-, prolongué mi paseo al Oeste de la bahía. La isla de West-Falkland es más extensa que su vecina Soledad, y posee otro puerto al extremo de la punta meridional de Byron's-Sound, pero demasiado alejado para que yo pudiera llegar allí.

No podría, ni aun aproximadamente, calcular la población de este archipiélago. Tal vez entonces no contaba más que de 200 a 300 almas, ingleses la mayor parte, algunos indios, portugueses, españoles, gauchos de las pampas argentinas, fueginos de la Tierra del Fuego... Los representantes de la raza lanar se contaban por millares. Más de 500.000 carneros daban cada año lana por valor de 400.000 dollars. En estas islas vense también bueyes de mayor tamaño que el ordinario, al revés de lo que sucede con los otros cuadrúpedos, cabras, cerdos, conejos..., todos en estado salvaje. El único ejemplar que existe de los carnívoros es el perro-zorro, especie particular a la fauna de las Falklands.

No sin razón se ha dado a este grupo el nombre de *Granja para bestias*. ¡Qué pastos! ¡Qué abundancia de esa hierba llamada el tussock!

La Australia, tan rica en este punto, no ofrece mesa mejor servida a sus comensales de la raza lanar y bovina.



Las Falklands deben ser buscadas cuando se trata del abastecimiento de los navíos. Este grupo es, sin duda, de gran importancia para los navegantes, tanto los que se dirigen al estrecho de Magallanes, como los que quieren pescar en la vecindad de las tierras polares.

Terminados los trabajos en el casco, el lugarteniente se ocupó de la arboladura y del aparejo con la ayuda del maestro velero Martín Holt, muy inteligente en esta labor.

-Señor Jeorling-me dijo aquel día, 21 de Octubre, el capitán Len Guy.-Nada se descuidará para asegurar el buen éxito de nuestra campaña. Todo lo que había que prever está previsto. ¡Y si la *Halbrane* perece en alguna catástrofe, será porque los seres humanos no pueden oponerse a los designios de Dios!

-Le repito a usted que tengo esperanzas, capitán- le he respondido.- La goleta y la tripulación merecen toda confianza.

-Tiene usted razón, señor Jeorling, y estaremos en buenas condiciones para penetrar al través de los hielos... Ignoro lo que el vapor alcanzará algún día, pero dudo que barcos con ruedas frágiles valgan lo que un velero para la navegación austral. Además, siempre será preciso rehacer la provisión de carbón. No; es preferible ir a bordo de un navío que gobierne bien y servirse del viento, que, después de todo, es utilizable en las tres quintas partes de la brújula, y confiarse al velamen de una goleta.

-Pienso lo mismo, capitán, y desde el punto de vista marino, difícil sería encontrar mejor navío. Pero si la campaña se prolongara, tal vez faltarían víveres.

-Llevaremos para dos años, señor Jeorling, y serán de buena calidad. Port Egmont puede suministrarnos todo lo necesario.

-Otra pregunta si usted me permite.

-¿Cuál?

-¿No será preciso aumentar la tripulación de la *Halbrane*? Son sus hombres en número suficiente para la maniobra; pero tal vez será preciso atacar o defenderse en los parajes de la mar antártica. No olvidemos que, según la relación de Arthur Pym, los indígenas de la isla Tsalal se cuentan por millares... Y si su hermano de usted William Guy... si sus compañeros están presos...

-Espero, señor Jeorling, que nuestra artillería protegerá a la *Halbrane* mejor que a la *Jane* la suya. Pero, a decir verdad, la tripulación actual no es suficiente para nuestra expedición. Así es que me ocupó en reclutar un suplemento de marineros.

-¿Será difícil?

-Sí y no, pues el Gobernador me ha hecho promesas de ayudarme.

-Supongo capitán, que los que acudan se harán pagar.

-Paga doble, señor Jeorling... El mismo aumento tendrá la actual tripulación.

-Ya sabe usted, capitán, que yo estoy dispuesto..., que deseo contribuir a los gastos de esta expedición... ¿Quiere usted considerarme como socio?

-Ya arreglaremos eso, señor Jeorling, y le quedo muy agradecido. Lo esencial es que nuestro armamento quede completo en un breve plazo. Es preciso que dentro de ocho días estemos en disposición de aparejar.

La noticia de que la goleta iba a aventurarse al través de los mares de la Antártida había producido cierta sensación en las Falklands, en Port-Egmont, como en los diversos puertos de la Soledad. En aquella época había gran número de marineros sin ocupación, de los que esperan a paso de los balleneros para ofrecer sus servicios, bien retribuidos generalmente.

A no tratarse más que de una campaña de pesca en los límites del círculo polar, entre las Sandwich y la Nueva Georgia, el capitán Len Guy no hubiera encontrado más dificultades que las de la elección. Pero ir a parajes tan lejanos, avanzar más que ningún navegante lo había hecho, aunque esto fuera con el objeto de ir en socorro de náufragos, era cosa para hacer pensar mucho y dudar a la mayor parte.

Preciso era ser antiguo marinero de la *Halbrane* para no preocuparse de los peligros de semejante navegación y consentir en seguir a su jefe hasta donde él quisiera.

En realidad, se trataba nada menos que de triplicar la tripulación de la goleta.

Contando al capitán, al lugarteniente, al contraмаestre, un cocinero y a mí, éramos 13 a bordo, y se necesitarían de 32 a 34, pues no hay que olvidar que a bordo de la *Jane* eran 38.

El reclutamiento no dejó de presentar algunas dificultades, ¿Ofrecían los marineros de las Falklands a disposición de los balleneros en escala todas las garantías que fueran de desear? Si introducir cuatro o cinco hombres a bordo de un navío, el personal del cual ya es numeroso, no trae graves inconvenientes, no sucedía lo mismo tratándose de la goleta.

No obstante, el capitán Len Guy esperaba que no tendría por qué arrepentirse de la elección desde el momento en que las autoridades del archipiélago le prestaban su ayuda.

El Gobernador desplegó verdadero celo en este asunto, en el que de todo corazón se interesaba. Aparte de esto, gracias al elevado salario ofrecido, las demandas afluyeron.

Así es que la víspera de la partida, fijada para el 27 de Octubre, la tripulación estaba completa.

Inútil es decir el nombre de cada uno de los reclutados, ni sus cualidades. Ya se les juzgará después. Los había buenos y malos; pero, como después se verá, hubiera sido difícil encontrarlos mejores o menos malos.

Me limitaré, pues, a hacer notar que entre los alistados había seis hombres de origen inglés, entre ellos el contraмаestre segundo Hearne, de Glasgow; cinco eran americanos (de los Estados Unidos), y ocho de nacionalidad más dudosa- los unos pertenecientes a la población holandesa, los otros medio españoles y medio fueginos, de la

Tierra del Fuego.-El más joven tenía diez y nueve años, el más viejo cuarenta. La mayor parte no eran extraños al oficio de marineros, habiendo navegado ya en el comercio, ya en la pesca de ballenas, focas y otros anfibios de los parajes antárticos. El alistamiento de los que no eran gente del mar no había tenido otro objeto que acrecer el personal defensivo de la goleta.

Esto hacía un total de diez y nueve reclutados para la duración de la campaña, que no podía ser fijada de antemano, pero que no debía arrastrarles más allá de la isla Tsalal. Respecto al sueldo, era tal como ninguno lo había tenido, ni en la mitad, en el curso de su navegación anterior. Hecha la cuenta, sin hablar de mí, la tripulación, comprendiendo al capitán y al lugarteniente de la *Halbrane*, ascendía a 31 hombres..., más otro sobre el que conviene fijar especialmente la atención.

La víspera de la partida, y en un extremo del puente, acercóse al capitán un individuo seguramente marino, lo que se reconocía por su traje, su paso y su lenguaje. Este individuo, con voz ruda y poco comprensible, dijo:

-Capitán... Tengo que hacerle a usted una proposición.

-¿Cuál?

-Comprenda usted... ¿Hay aun una plaza a bordo?

-¿Para un marinero?

-Para un marinero.

-Sí y no... - respondió el capitán Len Guy.

-¿Y el sí?... - preguntó el hombre.

-El sí es para el caso que convenga el que se me proponga.

-¿Me quiere usted a mí?

-¿Eres marinero?

-He navegado durante veinticinco años.

-¿Dónde?

-En los mares del Sur.

-¿Lejos?

-¡Sí... comprenda usted... lejos!

-¿Tu edad?

-Cuarenta y cuatro años.

-¿Y estás en Port-Egmont?...

-Hará tras años en las próximas Navidades.

-¿Esperabas embarcarte a bordo de un ballenero?

-No.

-¿Qué hacías aquí entonces?

-Nada... No pensaba navegar más

-Entonces, ¿por qué te presentas?

-Una idea... La noticia de la expedición de la goleta se ha extendido. Yo deseo..., sí..., deseo tomar parte en ella con licencia de usted, se entiende...

-¿Eres conocido en Port-Egmont?

-Conocido... y nadie me ha dirigido un reproche desde que estoy aquí.

-Bien- respondió el capitán.-Yo pediré noticias.

-Pregunte usted, capitán; y si dice usted que sí, esta noche llevaré a bordo mi saco.

-¿Cómo te llamas?

-Hunt.

-¿Y eres?...

-Americano.

Este Hunt era hombre de baja estatura, rostro curtido, de color de ladrillo, amarillenta piel como la de un indiano, torso enorme, voluminoso, cabeza y piernas muy arqueadas. Sus miembros atestiguaban un vigor excepcional. Sobre todo los brazos, terminados en enormes manos. Su cabello, que emblanquecía, semejava piel y estaba enmarañado. Lo que daba a la fisonomía de este individuo un carácter particular, que nada prevenía en su favor, era lo avieso de su mirada, su boca, casi sin labios, de oreja a oreja, en la que brillaban fuertes dientes de esmalte intacto, jamás atacados del escorbuto, con ser esta enfermedad frecuente entre los marineros de las altas latitudes.

Tres años hacía que Hunt habitaba en las Falklands, primero en uno de los puertos de la Soledad, en la bahía de los Franceses, después en Port-Egmont. Poco comunicativo, vivía sólo de una pensión de retiro, la razón de la cual se ignoraba. Ocupábase de la pesca, oficio que le hubiera bastado para asegurarle la existencia, ya alimentándose del producto de la misma, ya comerciando con ella.

Las noticias que adquirió el capitán Len Guy respecto a Hunt no podían menos de ser incompletas, salvo en lo que se refería a su conducta desde que él residía en Port-Egmont. El tal hombre no armaba pendencia, no bebía, y varias veces había dado pruebas de una fuerza hercúlea. Nada se sabía de su pasado, pero seguramente era el de un marino. Había

dicho al capitán Len Guy más que nunca dijo a otro. De lo demás, silencio obstinado, tanto sobre su familia como sobre el lugar preciso de su nacimiento, cosa que por lo demás importaba poco si se podían obtener buenos servicios de él...

En resumen: de los informes recogidos no resultó nada en que basar una repulsa. A decir verdad, era de desear que los demás reclutados no mereciesen más reproches.

Hunt obtuvo, pues, favorable respuesta, y por la tarde se instaló a bordo.

Todo estaba dispuesto para la marcha. La *Halbrane* había embarcado víveres para dos años; carne salada, legumbres varias, y suficiente cantidad de apio y celeris para combatir el escorbuto. La cala encerraba aguardiente, whisky, cerveza, ginebra y vino para el consumo diario, y gran cantidad de harina y galleta, comprada en las tiendas del puerto.

Añadamos que en lo que a municiones se refiere, pólvora, balas de fusil y cañón y piedra, habían sido suministradas por el Gobernador.

El capitán Len Guy se había procurado las redes de abordaje de un navío que recientemente había naufragado sobre las rocas fuera de la bahía.

El 27 por la mañana, en presencia de las autoridades del archipiélago, termináronse los preparativos de aparejar con notoria celeridad. Cambiáronse las últimas despedidas, subió del fondo el ancla y la goleta se dio al mar.

Soplaba el viento del Noroeste, y bajo sus altas y bajas velas la *Halbrane* se dirigió a los pasos... Una vez en alta mar, pasó el cabo al Este a fin de doblar la punta de Tamar-Hart,



en la extremidad del estrecho que separa las dos islas. Por la tarde Soledad fue rodeada y dejada a babor. Al llegar la noche, los cabos Dolphin y Pembroke desaparecieron tras las brumas del horizonte.

La campaña había comenzado. ¡Sólo Dios podía saber si el triunfo esperaba a aquellos animosos hombres, a los que un sentimiento de humanidad arrastraba a las más terribles regiones del Antártico!

X

**AL PRINCIPIO DE LA CAMPAÑA**

Del grupo de las Falklands partieron el *Tuba* y el *Lively*, a las órdenes del capitán Biscoe, el 27 de Septiembre de 1830, haciendo escala en las Sandwich, cuya punta septentrional doblaron el 1º de Enero del siguiente año. Verdad que seis semanas después el *Lively* se perdía en las Falklands..., lo que no era de esperar sucediera a nuestra goleta.

El capitán Len Guy partía, pues, del mismo punto que Biscoe, el que empleó un mes en llegar a las Sandwich. Pero desde los primeros días, muy contrariado por los hielos, más allá del círculo polar, el navegante inglés tuvo que desviarse al Suroeste hasta el grado 45 de longitud oriental. A esta circunstancia se debió el descubrimiento de la Tierra Enderby.

Len Guy nos mostró sobre el mapa, a Jem West y a mí, el itinerario de Biscoe, añadiendo:

-No debemos seguir las huellas de Biscoe sino las de Weddell, que efectuó su viaje a la zona austral en 1832 con el

Beaufoy y la *Jane* ¡La *Jane*! ¡Nombre predestinado, señor Jeorling! Pero esta *Jane* fue más afortunada que la de mi hermano, y no se perdió.

-Adelante, capitán-respondí.-Si no seguimos a Biscoe, sigamos a Weddell. Simple pescador de focas, este hábil marino llegó en dirección al polo más allá de donde sus predecesores llegaron, y él nos indica la dirección que debemos tomar.

-Y nosotros la tomaremos, señor Jeorling. Pero si nos retrasáramos, si la *Halbrane* llegase al banco de hielo a mediados de Diciembre, ya sería tarde. Weddell tocó el paralelo 72 en los primeros días de Febrero, y entonces, como hace constar en su relación, ni una parcela de hielo era visible. Ningún navío ha ido más allá salvo la *Jane*, que no ha vuelto.- Existe, pues, en esta parte de las tierras antárticas, una profunda incisura entre los meridianos 30 y 40, puesto que, después de Weddell, William Guy ha podido acercarse a menos de seis grados del polo austral.

Según su costumbre, Jem West escuchaba en silencio. Medía con la mirada los espacios que el capitán Len Guy encerraba entre las puntas de su compás. Siendo siempre el hombre que recibe una orden y la ejecuta sin discutirla jamás, iría donde el capitán quisiera ir.

-Capitán- pregunté-, ¿sin duda la intención de usted es seguir el itinerario de la *Jane*?

-Lo más exactamente que sea, posible.

-Pues bien: su hermano de usted se ha dirigido al Sur de Tristán de Acunha para buscar el yacimiento de las islas

Auroras, que no ha encontrado, como tampoco el de las islas a las que el ex cabo gobernador Glass hubiera estado muy orgulloso de dar su nombre. Esto significa que él ha querido poner en ejecución el proyecto de que Arthur Pym le había frecuentemente hablado, y ha cortado el círculo polar, el 1° de Enero, entre el 41 ° y 42° de longitud.

-Ya lo sé-respondió el capitán Len Guy-, y esto es lo que hará la *Halbrane* a fin de tocar el islote Bennet, y después la isla Tsalal. ¡Y permita el cielo que, como la *Jane*, como leí; navíos de Weddell, encuentren delante de ella la mar libre!

-Si los hielos la cubren aun, no haremos más que esperar al largo.

-Eso haremos..., y es preferible adelantarse. El banco de hielo es una muralla en la que repentinamente se abre una puerta para cerrarse al momento. Es preciso estar allí para pasarla pronto, sin inquietarse por el regreso.

En el regreso nadie pensaba a bordo de la *Halbrane*.-¡Adelante! hubiera sido el único grito que se escapase de todas las bocas.

Jem West emitió entonces la siguiente reflexión:

-Gracias a las indicaciones que Arthur Pym hace en su relación, no tendremos que lamentar la ausencia de su compañero Dirk Peters.

-Lo que es una suerte- respondió Len Guy-, puesto que no he podido ver al mestizo que había desaparecido de Illinois. Las indicaciones del diario de Arthur Pym sobre el yacimiento de la isla Tsalal deben bastarnos.

-A menos que no sea preciso llevar la exploración mas allá del grado 84- observé yo.

-¿Y cómo había de ser preciso, señor Jeorling, desde el momento en que los náufragos no han abandonado la isla Tsalal? ¿Es que no lo dicen así bien claramente las notas de Patterson?

En fin; aunque Dirk Peters no estuviera a bordo, la *Halbrane* sabría conseguir su objeto. Pero que no se olvide de poner en práctica las tres virtudes teologales del marino: vigilancia, audacia, perseverancia. Heme aquí, pues, metido en una aventura que, según todas las probabilidades, pasará en lo imprevisto a mis anteriores viajes.

¿Quién pensara esto en mí? Pero yo estaba preso en un engranaje que me arrastraba a lo desconocido, a ese desconocido de las comarcas polares, cuyos secretos habían querido descubrir tantos audaces aventureros. ¡Quién sabe si está vez la esfinge de las regiones antárticas no hablaría por vez primera a los humanos!

Sin embargo, yo no olvidaba que únicamente se trataba de una obra de humanidad. El objeto que la *Halbrane* se proponía era recoger al capitán William Guy y a sus cinco compañeros. Para encontrarlos, nuestra goleta iba a seguir el itinerario de la *Jane*; hecho esto, bastaría con que volviera a ganar los mares del antiguo continente, puesto que no tenía que buscar ni a Arthur Pym ni a Dirk Peters, que habían vuelto, no se sabe cómo, de su extraordinario viaje.

Durante los primeros días, los tripulantes nuevos tuvieron que acostumbrarse al servicio, y los antiguos, brava

gente en verdad, les ayudaron en la tarea. Aunque el capitán Len Guy no hubiera hecho una gran elección, parecía haber tenido buena mano. Aquellos marineros, de diferentes países, mostraron mucho celo y buena voluntad. Sabían, además, que el lugarteniente no toleraba bromas. Hurliguerly les había hecho entender que Jem West rompería la cabeza al que no anduviese derecho. En este punto el capitán la dejaba en completa libertad.

-¡Una *latitud* decía el contraмаestre- que se obtiene tomando la altura del ojo con el puño cerrado!

En esta manera de advertir a los interesados yo reconocía a mi contraмаestre.

Los nuevos se tuvieron por advertidos, y no hubo ocasión de castigar a ninguno. Respecto a Hunt, cumplía su oficio con docilidad de verdadero marino y manteníase alejado de los demás, sin hablar con nadie, durmiendo en el puente, en cualquier rincón, sin querer ocupar su sitio en el puesto de la tripulación.

La temperatura era aun fría. Los marineros habían conservado las blusas y camisas de lana, los pantalones de gruesa tela, el capote impermeable con capucha, muy a propósito para defenderse de la nieve, la lluvia y los golpes de mar.

La intención del capitán Len Guy era tomar las islas Sandwich como punto de partida hacia el Sur, después de haber pasado por la Nueva Georgia, situada a 800 millas de las Falklands. La goleta se encontraría entonces en longitud

sobre el camino de la *Jane*, no teniendo más que seguirle para llegar al paralelo 84.

Está navegación nos llevó el 2 de Noviembre al yacimiento que ciertos navegantes han señalado a las islas Auroras por 53° 15' de latitud y 47° 33' de longitud occidental.

A pesar de las afirmaciones- en mi opinión sospechosas- de los capitanes de la *Aurora*, en 1762; del *San Miguel*, en 1769, del *Pearl*, en 1779; del *Prinicus* y del *Dolores*, en 1750; de la *Atrevida*, en 1794; que dieron por descubiertas tres islas del grupo, no hemos visto señales de tierra en todo el espacio recorrido.

Así había sucedido a Weddell en 1820, y a William Guy en 1827. Lo mismo sucedió con las supuestas islas del vanidoso Glass. No encontramos un solo islote en la posición indicada, por más que el servicio de los vigías fuera hecho con el mayor cuidado. Es, pues, de temer que su excelencia el gobernador de Tristán de Acunha no vea jamás figurar su apellido en la nomenclatura geográfica.

Estábamos entonces a 6 de Noviembre. El tiempo continuaba favorable. Parecía que la travesía había de ser hecha con más brevedad que la de la *Jane*. Además, no teníamos por qué apresurarnos. Como he hecho observar, nuestra goleta llegaría antes que las puertas del banco estuvieran abiertas.

Durante dos días la *Halbrane* sufrió un cambio atmosférico que obligó a Jem West a halar bajo, gavia, ballestilla y masteleros de juanete.

Desembarazada de las altas velas, la goleta se portó admirablemente. Con motivo de estas maniobras los nuevos tripulantes dieron pruebas de destreza, lo que les valió las felicitaciones del contraмаestre, quien pudo notar que Hunt valía por tres hombres.

-¡Famosa adquisición!- me dijo.

-Efectivamente- respondí-, y que precisamente ha llegado a última hora.

-¡Sí, señor Jeorling! Pero ¡qué cabeza la de ese Hunt!

-He encontrado con frecuencia americanos de ese género en la región de Far-West- respondí-, y no me extrañaría que este de que hablamos tuviera sangre india en las venas.

-¡Bah!-dijo el contraмаestre.-Hay compatriotas nuestros en Lancashire o en el condado de Kent que valen tanto.

-Lo creo, contraмаestre. Usted entre otros.

-¡Eh! ¡Se vale lo que se vale, señor Jeorling!

-¿Habla usted alguna vez con Hunt?- pregunté.

-Poco, señor Jeorling. ¡Qué se puede sacar de un marsuino que no quiere trato con nadie, ni a nadie dirige la palabra!... Sin embargo, no es por falta de boca. ¡Jamás vi una semejante! Ya de, estribor a babor... Pues con tanta como tiene Hunt; no dice nada... Pues, ¡y sus manos! ¿Ha reparado usted en ellas? Desconfíe usted si quiere estrechar las de usted, señor- Jeorling... ¡Seguro estoy que dejaría usted cinco dedos entre diez!

-¡Por fortuna no parece amigo de cuestiones! Todo en él indica un hombre tranquilo que no abusa de su fuerza.



-No..., excepto cuando pasa sobre una driza... Siempre temo que la polea se venga abajo, y con ella la verga.

El referido Hunt era hombre que merecía que se fijase en él la atención. Cuando recostaba contra los montantes del cabrestante, o en pie en la popa posaba la mano en la rueda del timón, le contemplaba yo no sin verdadera curiosidad. Por otra parte, antojábaseme que él me miraba también con insistencia. No debía de ignorar mi condición de pasajero a bordo de la goleta y las circunstancias en que me había asociado a los riesgos de aquella campaña. En cuanto a suponer que él pensara conseguir otro objeto que nosotros, más allá de la isla Tsalal, después que hubiéramos salvado a los náufragos de la *Jane...*, era inadmisible... Además, el capitán Len Guy no cesaba de repetirle:

-¡Nuestra misión es salvar a nuestros compatriotas! La isla Tsalal. es el único punto que nos atrae, y si Dios nos ayuda, no iremos más allá en las regiones australes.

El 10 de Noviembre, a las dos de la tarde, el vigía gritó:

-¡Tierra a estribor!

Una buena observación hubiera dado 55° 7' de latitud y 41° 13' de longitud Oeste.

Esta tierra no podía ser otra que la isla San Pedro, llamada por los ingleses Georgia Austral, Nueva Georgia, isla del Rey Jorge, que por su situación corresponde a las regiones circumpolares.

En 1675, antes de Cook, fue descubierta por el francés Barbe. Pero sin tener en cuenta que él era el segundo que la pisaba, el célebre navegante inglés la dio la serie de nombres

que hoy lleva. La goleta se dirigió a esta isla, cuyas nevadas cúspides, formidables de rocas antiguas, gnesia y esquisto arcilloso, suben 1200 toesas al través de las amarillentas nieblas del espacio.

El capitán Len Guy tenía intención de hacer escala durante veinticuatro horas en la bahía Real a fin de renovar su provisión de agua, pues las cajas se calientan fácilmente en el fondo de la cala.

Más tarde, cuando la *Halbrane* navegase entre los hielos, el agua dulce, fresca y limpia estaría a discreción.

Durante la tarde, la goleta dobló el cabo Buller, al Norte de la isla, dejó a estribor las bahías Posesión y Cumberland, y entró en la bahía Real maniobrando entre los restos desprendidos de la nevera Ross. A las seis de la tarde, el ancla fue lanzada en un fondo de seis brazas, y como la noche se aproximaba, se dejó el desembarco para el siguiente día.

La Nueva Georgia tiene cuarenta leguas de longitud por veinte de anchura. Está situada a quinientas leguas del estrecho de Magallanes y pertenece al dominio administrativo de las Falklands; pero la Administración británica no está allí representada por nadie, puesto que la isla no está habitada, por más que sea habitable en la estación de verano al menos.

Al día siguiente, mientras los marineros iban en busca de una aguada, fui yo a pasearme por los alrededores de la bahía Real. Estos lugares estaban desiertos, pues no estábamos en la época en que los pescadores se dedican a cazar la foca. Expuesta a la acción directa de la corriente polar antártica, la Nueva Georgia es frecuentada por los mamíferos marinos. Vi

varios de ellos arrojar a la arena, a lo largo de las rocas y en el fondo de las grutas del litoral. Bandadas de pingüinos, inmóviles, en hilera interminable, protestaban con sus roncros gritos contra la invasión de un intruso, de mí quiero decir.

Por la superficie de las aguas volaban nubes de alondras, cuyo canto evocaba en mi espíritu el recuerdo del país más favorecido por la Naturaleza. Es una fortuna que estos pájaros no tengan necesidad de ramas para anidar, pues en vano se buscaría un árbol en la Nueva Georgia. Allí la vegetación la constituyen algunos fanerógamos, céspedes descoloridos, y, sobre todo, tussok, hierba abundante que tapiza las pendientes hasta una altura de 150 toesas, y la recolección de la cual bastaría para alimentar numerosos rebaños.

El 12 de Noviembre la *Halbrane* aparejó bajo sus velas bajas.

Después de doblar la punta Carlota, al extremo de la bahía Real, puso el cabo al Sudeste, en dirección a las islas Sandwich, situadas a 400 millas de allí.

Hasta entonces no habíamos encontrado ningún témpano flotante, lo que obedecía a que el sol no les había aun separado ni del banco ni de los parajes australes. Más tarde la corriente les arrastró a la altura de este paralelo cincuenta, que en el hemisferio septentrional es el de París o Quebec.



El cielo, cuya pureza comenzaba a alterarse, amenazaba cargarse hacia la parte de Levante. Un viento frío, mezclado de lluvia y granizo, soplaba con regular ímpetu; pero como favorecía a nuestra navegación, no había por que quejarse de él. Lo más fastidioso era la bruma, que con frecuencia obscurecía el horizonte; pero como estos parajes no

presentan peligro alguno y no había que temer el encuentro de témpanos en derivación, la *Halbrane*, sin grandes preocupaciones, pudo continuar su camino al Sudeste, hacia el yacimiento de las Sandwich.

En medio de aquellas nieblas pasaban bandadas de pájaros lanzando estridentes gritos, con vuelo plano contra el viento, y casi sin mover las alas, albatros, martines pescadores, petrales, somormujos que huían a la parte de tierra como para indicarnos el camino.

Sin duda estas espesas nieblas impidieron al capitán Len Guy señalar al Suroeste, entre la Nueva Georgia y las Sandwich, la isla Traversey, descubierta por Bellingshausen, y las cuatro islitas Welley, Polker, Prince's Island y Christmas, de las que el americano James Brown, del schooter *Pacificé* había, según aseguraba Fanning, reconocido la posición. Por lo demás, lo esencial era no arrojarse en sus acantilados, pues la vista no se extendía más que a dos o tres encabladuras, razón por la que la vigilancia fue rigurosamente establecida a bordo, y los vigías observaban el mar desde que una súbita claridad permitía ensanchar el campo de la visual.

En la noche del 14 al 15, vagas luces vacilantes iluminaron el espacio hacia el Oeste. El capitán Len Guy pensó que provenían de un volcán, tal vez el de la isla Traversey, cuyo cráter está frecuentemente coronado de llamas.

Como el oído no pudo percibir ninguna de esas detonaciones que acompañan a las erupciones volcánicas, deducimos que la goleta se encontraba a distancia

tranquilizadora de los escollos de la isla. No fue preciso, pues, modificar el camino, y el cabo siguió mantenido hacia las Sandwich.

La lluvia cesó en la mañana del 16, y el viento cambió un cuarto al Nordeste. Sólo motivos de regocijo había, pues las nieblas no tardarían en disiparse.

En aquel momento, el marinero Stern, que estaba en observación en las barras, creyó ver un navío con tres mástiles, cuyo faro se dibujaba hacia el Nordeste. Con gran disgusto nuestro, el barco desapareció antes que fuese posible reconocer su nacionalidad. Tal vez era uno de los navíos de la expedición Wilkes, o algún ballenero que iba a los sitios de pesca.

El 17 de Noviembre, desde las diez de la mañana la goleta estaba en el archipiélago, al que Cook había dado primero el nombre de Southern-Thule, la tierra más meridional que se había descubierto en aquella época, y a la que se bautizó después con el nombre de Tierra de las Sandwich, nombre que este grupo de islas ha conservado en los mapas y que llevaba ya en 1830, cuando Biscoe se alejó de allí a fin de buscar en el Este el paso al Polo.

Desde entonces, otros navegantes han visitado las Sandwich, y en sus parajes se pescan ballenas, cachalotes y focas.

En 1820, el capitán Morrel fue a tierra con la esperanza de encontrar leña, que le faltaba. Felizmente, el capitán Len Guy no se detuvo con este objeto; vano trabajo, pues el clima de estas islas no permite que los árboles se desarrollen.

Si la goleta iba a hacer escala en las Sandwich durante cuarenta y ocho horas, era por ser prudente visitar todas las tierras de las regiones australes que se encontraban en nuestro itinerario. Allí podría hallarse un indicio, una huella, un documento. Partterson había sido arrastrado en un témpano. ¿No hubiera podido suceder esto a cualquiera de sus compañeros y ser arrojado sobre las islas de este grupo? Convenía, pues, no descuidar nada, toda vez que el tiempo no apremiaba. Después de visitar la Nueva Georgia, la *Halbrane* iría a las Sandwich, después a las New-South-Orkneys, después al banco de hielo...

El mismo día se pudo desembarcar al abrigo de las rocas de la isla Bristol, en el fondo de una especie de puertecillo natural de la costa oriental.

Este archipiélago, situado en los 59° de latitud por 30° de longitud occidental, se compone de varias islas, siendo las principales Bristol y Thule. Gran número de otras no merecen más que la modesta calificación de islotes.

A Jem West se le dio la misión de ir a Thule a bordo del bote mayor, a fin de explorar los puntos abordables de esta isla, mientras el capitán Len Guy y yo descendíamos a tierra.

¡Desolado país, sin más habitantes que los tristes pájaros de las especies antárticas! Vegetación como la de Nueva Georgia. Céspedes y líquenes cubren la desnudez de un suelo improductivo. Tras la playa se elevan algunos delgados pinos de considerable altura, sobre el flanco de descarnadas colinas, cuyas masas pizarrosas se hunden a veces con resonante estrépito. Por todas partes espantosa soledad. Nada

atestiguaba el paso de un ser humano, ni la presencia de naufragos en la isla Bristol. Las exploraciones que practicamos aquel día y al siguiente no dieron resultado alguno.

Lo mismo pasó con la exploración del lugarteniente West en Thule. Algunos cañonazos disparados por nuestra goleta no produjeron más efecto que arrojar lejos a las bandadas de petrales, y espantar a los estúpidos pájaros bobos, colocados en fila en la playa.

Paseándome con el capitán Len Guy, le dije:

-Sin duda no ignora usted cual fue la opinión de Cook con motivo del grupo de las Sandwich cuando las descubrió. Primeramente creyó que ponía el pie sobre un continente. En su opinión, desde allí se destacaban las montañas de hielo que el desviamiento arrastra fuera del mar antártico. Más tarde reconoció que las Sandwich no formaban más que un archipiélago. Sin embargo, su opinión relativa a la existencia de un continente polar más al Sur no es por eso menos formal.

-Lo sé, señor Jeorling-respondió el capitán Len Guy;-pero si ese continente existe, es preciso deducir que presenta una ancha abertura, por la que Weddell y mi hermano han podido penetrar con seis años de diferencia. Nuestro gran navegante no ha tenido la suerte de descubrir ese paso, puesto que se detuvo en el paralelo 74; pero otros lo han hecho después de él, y otros van a hacerlo.

-Y seremos nosotros, capitán.



-Sí, con la ayuda de Dios. Si Cook ha osado afirmar que nadie se atrevería a ir más lejos que él, y que las tierras, si existían, jamás serían reconocidas, el porvenir probará que se ha engañado. Ellos han llegado al 84° de latitud.

-Y ¡quién sabe si fue más allá ese extraordinario Arthur Pym!

-Tal vez, señor Jeorling; pero nosotros no tenemos que preocuparnos de Arthur Pym, puesto que él, por lo menos Dirk Peters, han vuelto a América.

-¿Y si no hubiera vuelto?

-Creo que no tenemos por que pensar en esa eventualidad -respondió simplemente el capitán Len Guy.

XI

DE LAS SANDWICH AL CÍRCULO POLAR.

Seis días después de aparejar la goleta con el cabo al Suroeste, siempre favorecida por el viento, llegaba ante el grupo de las New-South-Orkneys.

Dos islas principales le componían: al Oeste la de más extensión, la isla Coronación, cuya gigante cima se eleva a una altura de 2.500 pies; al Este la isla Laurie, terminada por el cabo Dundas, proyectado hacia el Poniente. En torno existen islas menores, Saddle, Powell y numerosos islotes en forma de pilones de azúcar. En fin, al Oeste están la isla Inaccesible y la de la Desesperación, llamadas así sin duda porque un navegante no consiguió acostar en la una y se desesperó de haberlo hecho en la otra.

Este archipiélago fue descubierto por el americano Palmer y el inglés Botwell (1821-1822). Está atravesado por el paralelo 61 y comprendido entre el 44 y 47 meridiano.

Al aproximarse la *Halbrane* pudimos observar masas agitadas, límites abruptos, cuyas pendientes, sobre todo en la

isla Coronación, se suavizan al descender hacia el litoral. Al pie se amontonan monstruosos témpanos formando formidables pilas, que, antes de dos meses, irían en derivación hacia las aguas templadas.

Sería entonces la época en que aparecerían los balleneros para dedicarse a la pesca, mientras que algunos de sus hombres permanecerían en las islas a fin de perseguir a las focas y elefantes de mar.

Deseoso de no internarse en el estrecho, lleno de islotes y témpanos, que separa el grupo en dos partes, el capitán ancló en la extremidad Sudeste de la isla Laurie, donde pasó el día 24; después de haber dado un rodeo por el cabo Dundas siguió la costa meridional de la isla Coronación, cerca de la cual la goleta se detuvo el 25. El resultado de nuestras pesquisas fue nulo en lo que concernía a los marinos de la *Jane*.

Si en 1822, en el mes de Septiembre, Weddell, con la intención de procurarse pieles de foca en este grupo, perdió tiempo y trabajo, fue porque el invierno era aun demasiado riguroso. Esta vez la *Halbrane* hubiera podido hacer cargamento de estos anfibios.

Los volátiles ocupaban por millares las islas e islotes. Sobre las rocas, cubiertas de estiércol, había, además de los pingüinos, gran número de esas palomas blancas, de las que ya había visto algunas muestras. Son zancudas, no palmípedas, de pico cónico poco largo, párpados circundados de rojo, y se las caza sin gran fatiga.

El reino vegetal de las New-South-Orkneys, donde domina el cuarzo de origen volcánico, está únicamente

representado por líquenes grisáceos y algunos raros fucos de especie laminar. En cantidad abundante lepadas sobre la playa, y en las rocas almejas, de las que se hizo gran provisión.

Debo decir que el contraмаestre y sus hombres no dejaron escapar esta ocasión de exterminar a bastonazos varias docenas de pingüinos. No obedecía esto a censurable instinto de destrucción, sino al legítimo deseo de procurarse alimento fresco.

-Esto vale tanto como un pollo, señor Jeorling- afirmó Hurliguerly.- ¿No los ha comido usted en las Kerguelen?

-Sí, contraмаestre; pero los preparaba Atkins.

-Y bien: aquí los preparará Endicott, y no advertirá usted diferencia.

En efecto: el cocinero guisó los pingüinos admirablemente.

La *Halbrane* se puso a la vela el 26 de Noviembre a las seis de la mañana, dirigiéndose al Sur. Remontó el meridiano 43, que una buena observación hubiera permitido establecer exactamente. Era el que Weddell, y después William Guy, habían seguido, y si la goleta no se apartaba ni al Este ni al Oeste, caería inevitablemente sobre la isla Tsalal. Sin embargo, era preciso tener en cuenta las dificultades de la navegación.

Los vientos del Este, muy fijos, nos favorecían. La goleta llevaba todo su velamen, hasta las barrederas de gavia, el foque volante y las velas de estays, y en esta forma andaba con una velocidad de 11 a 12 millas. De continuar así, la

travesía de las New-South-Orkneys al círculo polar sería corta.

Más allá- yo no lo ignoraba- se trataría de forzar la puerta del espeso banco, o, lo que es más práctico de descubrir una brecha en aquella muralla de hielo.

Hablando de esto el capitán Len Guy y yo, le dije:

-Hasta aquí la *Halbrane* ha sido favorecida por el viento, y por poco que esto dure tocaremos el banco antes del deshielo.

-Tal vez sí, tal vez no, señor Jeorling; pues la estación se ha adelantado mucho este año. He advertido en la isla Coronación que los bloques se separaban ya del litoral seis semanas más pronto que de costumbre.

-Circunstancia feliz, capitán: y es posible que nuestra goleta pueda franquear el banco en las primeras semanas de Diciembre, cuando la mayor parte de los navíos no pueden hacerlo antes del principio de Enero.

-En efecto; la suavidad del tiempo nos ayuda- respondió el capitán Len Guy.

-Añado- respondí- que en su segunda expedición, hasta mitad de Enero, no acertó Biscoe con la tierra que dominan el monte William y el monte Stowerby, sobre el 64° de longitud. Los libros de viajes que usted me ha prestado lo prueban.

-De un modo exacto, señor Jeorling.

-Entonces, antes de un mes, capitán...

-Antes de un mes espero, haber encontrado, más allá del banco, la mar libre, indicada con tanta insistencia por Wed-

dell y Arthur Pym, y no tendremos más que navegar en condiciones ordinarias; primero hasta el islote Bennet, hasta la isla Tsalal después. En esta mar, ¿qué obstáculo podría detenernos, ni aun retrasarnos?

-No preveo ninguno, capitán, en cuanto estemos al otro lado del banco; este paso es el difícil; esto es lo que debe ser objeto de nuestra preocupación constante; y a poco que los vientos del Este se mantengan...

-Se mantendrán, señor Jeorling. Todos los navegantes de los mares australes han podido observar, como yo mismo lo he hecho, la permanencia de estos vientos. Conozco que entre el paralelo 30 y el 60, los huracanes vienen generalmente de la parte Oeste. Pero más allá, por un cambio muy marcado, reinan los vientos opuestos.

-Es verdad; y lo celebro, capitán. Confieso además, y el hacerlo no me causa molestia, que comienzo a ser supersticioso.

-Y ¿por qué no serlo, señor Jeorling? ¿Qué falta de razón hay en admitir la intervención de un poder sobrenatural en las más ordinarias circunstancias de la vida? ¿Podemos dudar de él, nosotros los marineros de la *Halbrane*? Recuerde usted el encuentro del infortunado Patterson en el camino de nuestra goleta; aquel témpano arrastrado hasta los parajes que atravesamos y que se disuelve en seguida. Reflexione usted, señor Jeorling. ¿Es que esto no es providencial? Yo voy más lejos, y, afirmo que, después de tanto hecho para guiarnos adonde nuestros compatriotas de la *Jane* se encuentran, Dios no ha de abandonarnos.

- Pienso lo mismo, capitán. No se puede negar su intervención, y a mi juicio, no es cierto que el azar represente en la comedia humana el papel que espíritus superficiales le atribuyen. Todos los hechos están unidos por un lazo misterioso. Forman una cadena.

-Una cadena, señor Jeorling, y en la nuestra el primer eslabón es el témpano de Patterson, y el último será la isla Tsalal. ¿Ah, mi hermano, mi pobre hermano; abandonado allá lejos, con sus compañeros de miseria, sin conservar la esperanza de ser socorridos! Y Patterson arrastrado lejos de ellos... no sabemos por qué circunstancias, como ellos ignoran lo que ha sucedido... Cuando pienso en estás catástrofes, mi corazón se oprime; pero no desfallecerá señor Jeorling, si no es en el momento en que mi hermano se arroje en mis brazos.

El capitán Len Guy era víctima de tan intensa emoción, que mis ojos se humedecieron. No; no hubiera tenido animo suficiente para responderle que tal salvamento presentaba grandes dificultades. No era posible dudar que hacia seis meses que William Guy y cinco de los marineros de la *Jane* se encontraban aun en la isla Tsalal, puesto que así lo afirmaba el cuaderno de Patterson. Mas ¿cuál era su situación? ¿Estaban en poder de los insulares, cuyo número, según Arthur Pym, ascendía a varios miles, sin hablar de los habitantes de las islas situadas al Oeste? ¿No debíamos esperar del jefe de la isla Tsalal, de aquel salvaje Too-Witt, algún ataque, al que la *Halbrane* no resistiría, como no había resistido la *Jane*

Sí. Lo mejor era confiar en la Providencia. Su intervención se había manifestado de clara manera, y haríamos todos los esfuerzos posibles para llevar a cabo la misión que Dios nos había confiado.

Debo confesar que los tripulantes de la goleta, animados de los mismos impulsos, participaban de las mismas esperanzas; me refiero a los antiguos, tan adictos al capitán. Respecto a los nuevos, era de presumir que el resultado de la campaña les fuera indiferente, puesto que, resultare lo que resultare, los beneficios asegurados serían los mismos.

Por lo menos ésta era la opinión del contra maestre, exceptuando a Hunt. No parecía que al alistarse este hombre hubiera obedecido al cebo de la ganancia... Lo cierto es que a nadie hablaba de esto... Verdad que de otra cosa tampoco hablaba.

-Yo creo que no piensa en ello- me dijo Hurliguerly.- No sé aun cómo suenan sus palabras. En lo que se refiere a hablar, no va más allá que un navío anclado.

-Si no habla con usted, a mí tampoco me habla

-¿Sabe usted lo que pienso, señor Jeorling?... Que este hombre ha ido muy lejos, en los mares australes... Sí, muy lejos... Se calla porque le conviene... Mas si ese marsuino no ha franqueado el círculo antártico, y hasta el banco en más de diez grados..., que me lleve una ola.

-Y ¿qué motivo tiene usted para afirmar eso?

-¡Lo he leído en sus ojos, señor Jeorling, en sus ojos! En todo momento, diríjase la goleta a uno u otro lado, los ojos



de ese hombre están siempre clavados en el Sur... como dos fuegos de posición.

Hurliguerly no exageraba, y yo lo había notado ya. Para emplear una expresión de Edgard Poe, Hunt tenía ojos de halcón.

-Cuando no está de bordada- añadió el contraestre,- ese salvaje permanece de codos sobre la baranda, tan inmóvil como mudo. Realmente, su puesto sería a la punta de la roda, donde serviría de mascarón de proa de la *Halbrane...* ¡Linda figura! Además, obsérvelo usted cuando está en el timón. ¡Sus enormes manos parecen clavadas en la rueda! Sus ojos miran la bitácora como si la brújula le atrajera... Me jacto de ser buen timonel...; pero no llego a Hunt. Por la noche, si la lámpara de la bitácora se extingue, seguro estoy de que Hunt no tendrá necesidad de volverla a encender. Con el fuego de sus pupilas alumbrará el cuadrante y se mantendrá en buena dirección.

Decididamente, el contraestre se consolaba conmigo de la poca atención que el capitán Len Guy y Jem West prestaban a sus habladurías.

Realmente, si Hurliguerly había formado de Hunt una opinión exagerada, preciso es confesar que la actitud de este le autorizaba a ello. Era permitido colocarle en la categoría de los seres semifantásticos. Y, para decirlo todo, de haberle conocido Edgard Poe, le hubiera podido tomar como tipo de uno de sus héroes más extraordinarios.

Durante varios días, sin un solo incidente, sin nada que rompiera la monotonía de nuestra navegación, ésta continuó

en excelentes condiciones. Con el viento Este la goleta obtenía el máximum de su velocidad, lo que indicaba, la ancha estela, plana y regular.

Por otra parte, la primavera adelantaba. Las ballenas comenzaban a mostrarse en grupos. En aquellos parajes, hubiera bastado con una semana para que barcos de fuerte tonelaje llenaran sus cubas del preciado aceite. Así es que los nuevos tripulantes- los americanos sobre todo-no ocultaban su disgusto al ver la indiferencia del capitán en presencia de tantos animales que valían su peso en oro, y que eran más abundantes que los que jamás habían visto en aquella época del año.

De toda la tripulación, el que indicaba más descorazonamiento era Hearne, un pescador de oficio, al que sus compañeros escuchaban, con gran gusto. Con sus brutales maneras y su audacia feroz, que en todo él se revelaba, había sabido imponerse a los demás marineros. Su edad era de cuarenta años; su nacionalidad americana.

Erguido y vigoroso, yo me lo representaba en pie sobre su ballenero de doble punto, blandiendo el harpón y lanzándole al flanco de una ballena... ¡Debía de estar soberbio! Dada su violenta pasión por su oficio, no me extrañaría que su descontento se manifestase en cuanto hubiera ocasión.

Nuestra goleta no estaba armada para la pesca, y los instrumentos que este oficio requiere no se encontraban a bordo. Desde que navegaba en la *Halbrane*, el capitán Len

Guy se había limitado a traficar entre las islas meridionales del Atlántico y del Pacífico.

Fuera lo que fuera, la cantidad de ballenas que veíamos en un radio de algunas encabladuras era extraordinaria.

Un día, a las tres de la tarde, estaba yo en la baranda de proa siguiendo con la vista las evoluciones de varias parejas de dichos animales. Hearne los mostraba con la mano a sus compañeros, mientras de su boca se escapaban frases entrecortadas.

-Allí... allí... Es un *fin-back*; y ha aquí dos... tres...; con su atleta dorsal de cinco a seis pies... Miradles nadar entre dos aguas... tranquilamente... sin dar un salto... ¡ Ah!... ¡ Apuesto a que, si tuviera un arpón, se le hundía en una de las cuatro manchas amarillas de su cuerpo!... ¡ Mas en esta caja de tráfico nada se puede hacer!... ¡ Mil millones de demonios!... Cuando se navega por estos mares es para pescar y no para...

Interrumpiéndose, y lanzando colérico juramento, exclamó después:

-¡ Y esa otra ballena!

-¿ Esa que tiene una giba como un dromedario- preguntó uno de los marineros.

-Sí... Es un *hump-backs*- respondió Hearne.- ¿ Distingues su vientre con pliegues, y su ancha atleta dorsal? No es fácil pescarlas. Se hunden a grandes profundidades. ¡ Verdaderamente, mereceríamos que nos enviase un coletazo en el flanco, puesto que no le enviamos un arponazo al suyo!

- ¡ Atención! ¡ Atención! gritó el contra maestre.

No era que hubiera temor de recibir el golpe de que Hearne hablaba.

No. Una enorme ballena acababa de acercarse a la goleta, y casi en seguida una tromba de agua infecta se escapó de ella con un ruido comparable a una lejana detonación de la artillería. Toda la proa quedó inundada.

-¡Está bien! gruñó Hearne, encogiéndose de hombros, mientras sus compañeros le sacudían maldiciendo al *Hump-backs*.

Además de estas dos especies de cetáceos, se veían también ballenas, conocidas con el nombre de *right-whales*, que son las que más frecuentemente se encuentran en los mares australes. Desprovistas de aletas, llevan una espesa costra de grasa. Su persecución no ofrece grandes peligros.

También las ballenas francas son muy buscadas en las aguas antárticas, donde pululan por millares los pequeños crustáceos, a los que se llama la *comida de las ballenas* porque forman el único alimento de éstas.

Precisamente, a menos de tres encabladuras de la goleta, flotaba uno de esos *right-whales* de unos 60 pies de largo, o, lo que es lo mismo, capaz para llenar 100 barriles de aceite. Es tal el rendimiento de estos monstruosos animales, que tres de ellos bastan para completar el cargamento de un navío de regular tonelaje.

-¡Sí, es una ballena franca! exclamó Hearne. ¡Se la reconocería nada más que en su chorro corto y grueso!... Calla...; Qué veis allá abajo, por babor? ¡Cómo una columna de humo!... ¡Eso viene de un *right-whale*!... Y todo esto se

pierde ante nuestras narices... ¡Dioses, no llenar las cubas cuando se puede para vaciarlas por sacos de piastras!... ¡Maldito capitán, que deja perder está mercadería causando perjuicios a su tripulación!

-Hearne-dijo una voz imperiosa...-¡Sube a las barras!... Allí estarás a tu gusto para poder contar las ballenas.

Era la voz de Jem West.

-Lugarteniente...

-Nada de replicar, o te tendré allí hasta mañana. Andando.

Y como hubiera hecho mal en resistir, Hearne obedeció sin añadir palabra.

En suma: repito que la *Halbrane* no ha ido a aquellas altas latitudes para dedicarse a la pesca de mamíferos marinos, y que la gente no ha sido reclutada en las Falklands como pescadores. Se conoce el único objeto de nuestra campaña, y nada debía separarnos de él.

La goleta deslizábase entonces por la superficie de un agua rojiza coloreada por los bancos de crustáceos, esas especies de langostinos que pertenecen al género de los tisanópodos. Veíanse ballenas negligentemente acostadas sobre los flancos, recogiénolos con sus barbas córneas, tendidas como una red entre sus mandíbulas, y trasladarlos por millares a su enorme estómago.

En total, puesto que en el mes de Noviembre, y en aquella parte del Atlántico meridional, había tal número de cetáceos de diversas especies, la estación era de una precocidad verdaderamente anormal.

Sin embargo, ni un solo ballenero aparecía en estos sitios de pesca.

Hagamos de paso la observación de que, desde la primera mitad de siglo, los pescadores de ballenas habían casi abandonado los mares del hemisferio boreal, donde no se encontraban más que raros ballenópteros a consecuencia de una destrucción inmoderada.

En la actualidad los parajes más buscados para esta pesca, que sólo con grandes fatigas puede hacerse por los franceses, los ingleses y los americanos, son los de la parte Sur del Atlántico y del Pacífico y es probable que esta industria, tan próspera otras veces, concluirá pronto.

He aquí lo que se podía deducir de aquel extraordinario conjunto de cetáceos.

Desde que el capitán Len Guy había tenido conmigo la conversación que se sabe con motivo de la novela de Edgard Poe, noté que era menos reservado. A menudo hablábamos de diferentes cosas, y aquel día me dijo:

-La presencia de estas ballenas indica generalmente que la costa se encuentra a poca distancia, por dos razones: la primera, porque los crustáceos que las sirven de alimento no se apartan mucho de tierra. La segunda, porque las hembras necesitan aguas poco profundas para depositar sus crías.

-Siendo así, capitán- respondí,- ¿cómo no encontramos ningún grupo de islas entre las New-South-Orkneys y el círculo polar?

-Justa es la observación- replicó el capitán Len Guy,- y para encontrar alguna costa sería preciso que nos

apartáramos unos 15° al Oeste, donde están las New-South-Shetlands de Bellingshausen, las islas Alejandro y Pedro y, en fin, la Tierra de Graham, que fue descubierta por Biscoe.

-¿De modo- dije- que la presencia de las ballenas no indica necesariamente la proximidad de la tierra?

-No sé qué responderle a usted, señor Jeorling, y es posible que la observación de que lo he hablado a usted no sea fundada. Así es que lo más razonable es atribuir el número de esos animales a las condiciones climatológicas de este año.

-No veo otra explicación- respondí, y concuerda con nuestras observaciones.

-Pues bien; nosotros nos apresuraremos a aprovechar estas circunstancias-respondió el capitán Len Guy.

-Y sin preocuparnos de las reclamaciones de una parte de la tripulación-añadí.

-¿Y de qué se quejarán esas gentes?- exclamó el capitán Len Guy.-No creo que los hayamos reclutado para la pesca. No ignoran el servicio para el que han sido embarcados, y Jem West ha obrado cuerdamente al cortar en corto esas malas disposiciones. ¡No son mis viejos compañeros los que se las habrán permitido! Es de lamentar que yo no haya podido contentarme con mis hombres. ¡Por desgracia, y teniendo en cuenta la población indígena de la isla Tsalal, la cosa no era posible!

Me apresuro a decir que, a excepción de la ballena, ninguna otra pesca estaba prohibida a bordo de la *Halbrane*.

Dada la velocidad de ésta, hubiera sido difícil emplear el buitrón o el trasmallo. Pero el contra maestre había hecho poner sedales a popa, y con ello ganaba la cotidiana comida, con gran satisfacción de los estómagos, algo fatigados por la carne medio salada. Nuestros sedales traían gobias, salmones, congrios, bacalaos, escombros, mугos, escaros... Los arpones se hundían, ya en los delfines, ya en los marsuinos de negruzca carne, la que no disgustaba a la tripulación, y de la que el filete y el hígado son excelentes manjares.

Respecto a los pájaros, siempre los mismos, que venían de todos los puntos del horizonte, petreles de distintas especies, blancos los unos, azules los otros, de notable elegancia de formas, martines pescadores, bañadores, por millares de millares.

Igualmente un petral gigante, cuyas dimensiones eran para producir algún asombro. Era uno de esos pájaros que los españoles llaman quebrantahuesos. Muy notable por el arqueo y esbeltez de sus anchas alas y sus dimensiones de trece a catorce pies, equivalente a la de los grandes albatros. Tampoco faltaban estos últimos, y entre ellos el albatros de fuliginoso plumaje, huésped de las frías latitudes que regresaba a la zona glacial.

Advirtamos que si Hearne y los compatriotas de éste que teníamos entre los reclutados mostraban tanto interés y disgusto en presencia de aquellos rebaños de cetáceos, débese a que los americanos son los que más campañas hacen en los mares australes. Recuerdo que hacia 1827 una información ordenada por los Estados Unidos demostraba que el número



de los navíos armados para la pesca de la ballena en estos mares se elevaba a 200, de un total de 50.000 toneladas, conduciendo cada uno 1700 barricas de aceite, que provenían del despedazamiento- de 9.000 ballenas, sin contar otras 2.000 perdidas. Hace cuatro años, una segunda información eleva aquel número a 460, y el tonelaje a 72.500, o sea la décima parte de toda la marina mercante de la Unión, valiendo cerca de 1.800.000 dollars, siendo 40.000.000 lo invertido en este negocio.

Se comprenderá que Hearne y algunos otros se mostrasen apasionados por tan rudo y fructífero oficio... ¡Pero guárdense los americanos de entregarse a una destrucción exagerada! Poco a poco las ballenas se harán raras en estos mares del Sur... y será preciso perseguirlas más allá del banco de hielo.

A esta observación que hice al capitán Len Guy, respondiome éste que los ingleses se han mostrado siempre más parcos. Lo que merecería confirmación.

El 30 de Noviembre, al mediodía, se obtuvo la altura, según un ángulo horario tomado a las diez. Resultó que estábamos en los 66° 23'3" de latitud.

La *Halbrane* acababa, pues, de franquear el círculo polar que circunscribe la zona antártica.

## FIN DEL CUADERNO PRIMERO.

CUADERNO SEGUNDO

XII

ENTRE EL CÍRCULO POLAR Y EL BANCO DE  
HIELO

Desde que la Halbrane pasó la imaginaria curva trazada a 23 grados y medio del polo, pareció que entraba en una región nueva: “la región de la Desolación y del Silencio, como dice Edgard Poe; aquella mágica prisión de esplendor y de gloria en la que el cantor de *Eleonora* buscaba estar encerrado como en la eternidad, aquel inmenso Océano de luz infable”

En mi opinión, y dejando fantásticas hipótesis, la región de la Antártida, de una extensión superficial que pasa de cinco millones de millas cuadradas, ha permanecido como era nuestro esferoide durante el período glacial.

En el verano, la Antártida goza, como es sabido, de un día perpetuo, debido a los rayos que el astro radiante, en su espiral ascendente, proyecta sobre su horizonte. Después,

cuando desaparece, comienza larga noche, a menudo iluminada por las irradiaciones de las auroras polares.

Nuestra goleta iba a reconocer aquellas temibles regiones en la época de la luz.

La claridad permanente no la faltaría hasta el yacimiento de la isla Tsalal, donde no dudábamos que encontraríamos a los tripulantes de la Jane.

Una imaginación más ardiente que la mía hubiera, sin duda, experimentado singulares sobreexcitaciones en las primeras horas pasadas en aquella zona nueva. Visiones, pesadillas, alucinaciones de somnámbulo.

Se hubiera sentido transpodado a las regiones de lo sobrenatural.



Al acercarse a las comarcas antárticas, se hubiera preguntado lo que ocultaba el nebuloso velo que las envolvía. Descubriría allí elementos nuevos en el campo de los tres reinos, mineral, vegetal y animal; seres de una humanidad especial, tales como Arthur Pym afirma haberlos visto. ¿Qué le ofrecería este teatro de los meteoros, sobre el que se

extiende aun el telón de brumas? Bajo la opresión de sus sueños, cuando pensara en el regreso, ¿no perdería toda esperanza? ¿No vería, al través de las estancias del más extraño de los poemas, al cuervo del poeta gritarle con su aguda voz:

-*Never more!*... ¡Jamás!... ¡Jamás!

Verdad que este estado mental no era el mío; y aunque yo estuviera bastante excitado desde hacía algún tiempo, conseguía mantenerme dentro de los límites de la realidad. Sólo una cosa deseaba: que la mar y el viento permaneciesen tan propicios más allá del círculo antártico como hasta él se habían mostrado.

En lo que concierne al capitán Len Guy, al lugarteniente y a los antiguos marineros de la *Halbrane*, evidente satisfacción se retrató en sus rudos y curtidos rostros cuando vieron que la goleta acababa de pasar el paralelo 66.

Al siguiente día, Hurliguerly se me acercó con el semblante alegre.

-¡Eh, señor Jeorling! exclamó.- ¡Ya dejamos atrás el famoso círculo!

-¡No bastante atrás, contra maestre, no bastante atrás!

-Todo llegará... Pero una cosa hay que me disgusta...

-¿Cuál?

-Que no hacemos lo que se hace a bordo de los navíos al pasar la línea.

-¿Eso lo disgusta a usted?

-Sin duda; y se hubiera debido efectuar la ceremonia de un bautizo austral.

-¿De un bautizo? Y ¿a quién hubiera usted bautizado, contraмаestre, puesto que todos nuestros hombres han navegado más allá de este paralelo?

-¡Todos nosotros sí... pero usted no, señor Jeorling!... Y esta ceremonia ha podido efectuarse en honor de usted...

-Es verdad, contraмаestre. En el curso de mis viajes, esta es la primera vez que he llegado a latitud tan alta.

-¡Lo que merecía un bautismo, señor Jeorling! ¡Oh! Sin gran estrépito, sin tambores ni trompetas, y sin hacer intervenir al padre Antártico con su habitual mascarada... Si usted me permite que le bendiga...

-Sea..., Hurliguerly- respondí, llevándome la mano al bolsillo...- Bendígame usted y bautíceme a su gusto... Ahí va una piastra para beber a mi salud en la próxima taberna.

-Entonces no será hasta que llegemos al islote Bennet o a la isla Tsalal, si allí hay posadas, y si se han encontrado Atkins para establecerse en estas islas salvajes.

-Dígame usted, contraмаestre... Volviendo a Hunt. ¿Parece tan satisfecho como los antiguos marineros de la Halbrane de haber pasado el círculo polar?

-¡Quién lo sabe!- respondió Hurliguerly- Nada se puede sacar de él... Pero le repito a usted que creo que ya ha tocado los hielos y el banco.

-¿Qué se lo hace a usted pensar?

-Todo y nada, señor Jeorling. Estas cosas se comprenden por instinto. ¡Hunt es un viejo lobo del mar que ha arrastrado su saco por todos los rincones del mundo!

La opinión del contramaestre era la mía, y por no sé qué presentimiento, yo no dejaba de observar a Hunt, que ocupaba muy particularmente mi atención.

Durante los primeros días de Diciembre, del 1º al 4 después de alguna calma, el viento mostró tendencia a soplar al Noroeste. Nada bueno hay que esperar del Norte de estas altas regiones, como del Sur del hemisferio boreal. Lo más frecuente son tempestades y rafaes.

No había, sin embargo, motivo para quejarse si el viento no caía hasta el Suroeste, caso en el que la goleta hubiese sido arrojada fuera de su camino, o por lo menos veríase precisada a gran lucha para mantenerse en él, y más valía no separarse del meridiano seguido desde nuestra partida de las New-South-Orkneys.

Esta modificación presumible del estado atmosférico no dejaba de producir inquietud al capitán Len Guy. Además, la velocidad de la *Halbrane* sufrió sensible disminución, pues la brisa comenzó a debilitarse durante el día 4, y en la noche del 4 al 5 se hizo nula.

Por la mañana las velas caían inermes y deshinchadas a lo largo de los mástiles, donde se movían de un bordo a otro.

Aunque no soplabla el viento y la superficie del Océano estuviese sin oleaje, las oscilaciones que venían del Oeste imprimían balanceo rudo a la goleta.

-La mar siente algo- me dijo el capitán Len Guy;- debe haber mal tiempo por allí- y extendió la mano al Poniente.

-En efecto: el horizonte está brumoso- respondí-Tal vez con el sol al mediodía...

-En esta latitud ni aun en el verano tiene gran fuerza, señor Jeorling.

-¡Jem! El lugarteniente se acercó.

-¿Qué piensas del aspecto del cielo?

-No me inspira gran confianza. Así es que es preciso estar dispuesto a todo, capitán. Voy a arriar las velas altas, a recoger el gran foque y a aparejar el contrafoque. Es posible que el horizonte se despeje por la tarde. Si el rabotazo cae a bordo, estaremos en disposición de recibirle.

-Lo esencial, Jem, es conservar nuestra dirección en longitud.

-Tanto como sea posible, capitán, pues vamos por buen camino.

-¿No ha señalado el vigía los primeros hielos en derivación?- preguntó.

-Sí- respondió el capitán Len Guy, en caso de un abordaje, ellos sólo lo sentirían. Si la prudencia exige que nos separemos al Este o al Oeste, nos resignaremos; pero solamente en caso de fuerza mayor.

El vigía no se había engañado. Por la tarde vimos grandes masas moviéndose lentamente al Sur. ¡Eran islas de hielo aun no considerables, ni por su extensión, ni por su altura! Sobrenadaban los restos de *ice-fields*. Eran éstos lo que los ingleses llaman *packs*, anchas piezas de 300 o 400 pies, cuyos bordes se tocan; *patches*, cuando tienen forma circular; *streams*, cuando son alargados. Estos restos, fáciles de ser evitados, no podían significar obstáculo para la navegación de la *Halbrane*. Verdad que si el viento la había permitido conservar su



dirección hasta entonces, no iba avante ya y, falta de velocidad, no gobernaba sin trabajo. Y lo más desagradable era que una mar dura nos mortificaba con contragolpes insoportables.

Hacia las dos grandes corrientes atmosféricas se precipitaron en torbellinos, tanto de un lado como de otro. La goleta fue horriblemente sacudida, y el contra maestre hizo sujetar al punto los objetos susceptibles de desligarse por efecto del balanceo.

A las tres, huracanes de fuerza extraordinaria se desencadenaron decididamente al Oestenoroeste. El lugarteniente puso a rizos bajos la cangreja, la mesana-goleta y el trinquete, esperando así mantenerse contra la borrasca y no ser arrojado al Este fuera del itinerario de Weddell, verdad que los témpanos flotantes se amontonaban a esta parte, y nada más peligroso para un navío que aventurarse en ese laberíntico moviente.

Bajo los golpes del huracán y la mar la goleta escorbaba a veces de un modo excesivo. Por fortuna su cargamento no podía cambiar de sitio, pues el arrumaje había efectuado con perfecta prevención de las eventualidades náuticas.

No teníamos por qué temer la suerte del *Grampus*, aquel naufragio debido a la negligencia. No se habrá olvidado que el brick había zozobrado, y que Arthur Pym y Peters fueron los únicos sobrevivientes.

Por lo demás, las bombas no daban una gota de agua, pues gracias a las reparaciones cuidadosamente hechas

durante nuestra escala en las Falklands, ninguna de las juntas de a bordo ni del puente se había abierto.

El mejor *weather-wise*, el más hábil pronosticador, no hubiera podido decir lo que la tormenta duraría. Veinticuatro horas, dos días, tres días de mal tiempo... nunca se sabe lo que os reservan estos mares australes.

Una hora después que la tempestad cayó a bordo, los huracanes se sucedieron casi sin interrupción con lluvia de nieve, o más bien avalancha nevosa. La temperatura descendió notablemente. El termómetro no marcaba más que 36° Fahrenheit (2° 32 c. sobre cero), y la columna barométrica 26 pulgadas, ocho líneas (721 milímetros).

Eran las diez de la noche-forzoso me es emplear esta palabra aunque el sol se mantenía siempre sobre el horizonte. Faltaba una quincena de días para que tocara el punto culminante de su órbita, y a 23° del polo, no cesaba de lanzar a la superficie antártica sus pálidos y oblicuos rayos.

A las seis y treinta y cinco arreció la tormenta.

No me decidí a encerrarme en mi camarote y permanecí sobre el puente, resguardándome de la mejor manera posible.

El capitán Len Guy y el lugarteniente discutían a algunos pasos de mí. En medio del estrépito de la borrasca apenas si debían entenderse; pero los marinos se entienden con sólo el gesto. Era entonces visible que la goleta derivaba del lado de los hielos, hacia el Sudeste, y que no tardaría en encontrarlos, puesto que marchaban a menos velocidad que ella. Doble desgracia que nos arrojaría fuera de nuestro camino y nos amenazaba con algún terrible choque. El balanceo era ahora

tan rudo, que había motivo para temer por los mástiles, cuyas puntas describían arcos de espantosa amplitud. A veces parecía que la *Halbrane* estaba dividida en dos partes. De la proa a la popa era imposible verse.

En el largo, algunas vagas claridades dejaban aparecer una mar agitada que se estrellaba furiosamente contra los témpanos, como sobre las rocas de un litoral, y los cubría de espumas pulverizadas por el viento.

El número de bloques errantes había aumentado, lo que hacía esperar que la tempestad apresurase el deshielo y haría, más accesible el banco.

Lo importante era hacer frente al viento; de aquí la necesidad de ponerse a la capa. La goleta trabajaba horriblemente, cogida al través por las olas, hundiéndose, y no levantándose sin experimentar violentas sacudidas. En huir no había que pensar, pues en tales circunstancias un barco se expone al gravísimo peligro de embarcar las olas del mar por su coronamiento.



Lo principal era aproximarse lo más cerca posible. Después, tomada la capa bajo la gavia, con rizos bajos, el pequeño foque a proa, el contrafoque apopa, la *Halbrane* se encontraría en condiciones favorables para resistir a la borrasca y a la derivación, dispuesta a disminuir aun en velamen si el mal tiempo empeoraba.

El marinero Drap fue al timón. El capitán, cerca de él, vigilaba la maniobra.

En la proa, la tripulación se dispuso a ejecutar las órdenes de Jem West, mientras que seis hombres dirigidos por el contraestre se ocupaban en instalar un contrafoque en el lugar de la cangreja.

Este contrafoque consiste en un pedazo triangular de fuerte tela, cortado como un foque.

Para coger los rizos de la gavia es preciso subir a las barras del palo de mesana, y con cuatro hombres bastaría para la maniobra.

El primero que se lanzó a los flechastes fue Hunt. El segundo Martín Holt, nuestro maestro velero. Siguiéronles el marinero Burry y uno de los reclutados últimamente.

Jamás hubiera yo creído que un hombre pudiese desplegar tanta agilidad y destreza como Hunt demostró. Apenas si sus manos y pies se apoyaban en los flechastes. Llegado a la altura de las barras se extendió sobre los escalones hasta uno de los cabos de la verga, a fin de arriar los envergues de la gavia.

Martín Holt se dirigió al otro cabo, mientras los otros dos hombres permanecían en medio.

Arriada la vela, no habría más que reducirla a bajos rizos. Después que Hunt, Martín Holt y los marineros hubieran descendido se la izaría desde abajo.

El capitán Len Guy y el lugarteniente sabían que bajo este velamen la *Halbrane* se mantendría convenientemente a la capa.

Mientras que Hunt y los otros trabajaban, el lugarteniente había aparejado el contrafoque y esperaba que el capitán le diera la orden de izarle.

La borrasca se desencadenaba entonces con incomparable furia. Obenques y brandales, fuertemente extendidos, vibraban como cuerdas metálicas... Podía dudarse que las velas, aun disminuidas, fueran desgarradas en mil pedazos.

De repente, un espantoso golpe hizo caer todo sobre el puente.

Algunos barriles rodaron. La goleta se inclinó tan bruscamente sobre babor que el agua entró por los imbornales.

Arrojado contra el *rouf*, permanecí algunos momentos sin poder levantarme.

La inclinación de la goleta había sido tal, que la punta de la verga de la gavia se sumergió de tres a cuatro pies en la cresta de una ola.

Cuando la verga salió del agua, Martín Holt, que se había montado en el extremo de ella para terminar su trabajo, había desaparecido. Se oyó un grito. El grito del maestro velero, arrastrado por las olas. Los brazos del infeliz se agitaban desesperadamente entre la blanca espuma.

Los marineros se precipitaron a estribor y lanzaron, quien una cuerda, quién un barril..., cualquier objeto susceptible de flotar y al que Martín Holt pudiera agarrarse.

En el momento en que yo me agarraba a un palo con el objeto de sostenerme, vi que una, masa hendía el aire y desaparecía entre las olas.

¿Era un segundo accidente? No; era un acto voluntario... de abnegación sublime.

Habiendo terminado de amarrar el último rizo, Hunt acababa de arrojar al mar para socorrer al maestro velero.

-¡Dos hombres al mar! gritaron a bordo.

Sí, dos... El uno para salvar al otro.... ¿No iban a perecer juntos?

Jem West corrió al timón, y dando una vuelta hizo virar un cuarto a la goleta, todo cuanto ella podía sin pasar la dirección del viento.

Después, con el foque atravesado y el contrafoque entablado, quedó casi inmóvil.

En seguida, en la espumosa superficie de las aguas, vióse a Martín Holt y a Hunt, cuyas cabezas sobrenadaban.

Hunt nadaba rápidamente y se acercaba al maestro velero. Éste, separado ya una encabladura, aparecía y desaparecía. Un punto negro, difícil de distinguir entre los remolinos de la borrasca.

Después de haber arrojado cuerdas y barriles, la tripulación esperaba.

Había hecho cuanto estaba de su parte. ¿Quién podía pensar en echar al agua un bote con aquella tempestad? O se hubiera ido a pique, o se hubiera estrellado contra los flancos de la goleta..

-¡Están perdidos! ¡Los dos están perdidos!-murmuró el capitán Len Guy. Y añadió, dirigiéndose al lugarteniente:

-Jem..., la canoa..., la canoa.

-Si usted me da la orden de echarla al mar- respondió el lugarteniente,- yo seré el primero que embarque en ella... aunque sea arriesgar la vida. ¡Pero me es preciso la orden!

Hubo algunos momentos de inexplicable angustia para los testigos de aquella escena... No se pensaba ya en la situación de la *Halbrane*, por comprometida que fuera.

Bien pronto estalló inmenso clamoreo al ver a Hunt por última vez entre dos olas. Hundióse de nuevo, y después, como, si su pie hubiera encontrado un punto de sólido apoyo, se le vio lanzarse con sobrehumano vigor hacia Martín Holt, o más bien hacia el sitio en que el desdichado acababa de desaparecer.

Entretanto, ganando terreno, desde que Jem West hubo hecho suavizar las escotas del pequeño foque y del contrafoque, la goleta se había acercado una media encabladura.

Entonces nuevos gritos dominaron el ruido de los elementos desencadenados.

-¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra! gritó toda la tripulación.

Con su brazo izquierdo Hunt sostenía a Martín Holt, imposibilitado de hacer movimiento alguno, sacudido como un náufrago...; con el otro nadaba vigorosamente en dirección a la goleta.

- ¡Orza!- ¡Orza!- ordenó Jem West al timonel.

Pronto bajo el timón las velas relingaron con detonaciones de armas de fuego...

La *Halbrane* botó sobre las olas, semejante a un caballo que se encabrita cuando el freno le contiene hasta desgarrarle



la boca. Entregada a las terribles sacudidas del oleaje, parecía, siguiendo la comparación, que pifaba.

Transcurrió un momento... Apenas si en medio del torbellino de las furiosas olas podía distinguirse a aquellos dos hombres, uno de los cuales arrastraba al otro.

Al fin Hunt se reunió a la goleta y cogió una de las amarras que pendían de a bordo...

-¡Arriba! ¡Arriba! gritó el lugarteniente, dirigiendo un gesto al timonel.

La goleta evolucionó lo preciso para que la gavia, el pequeño foque y el contrafoque pudiesen ayudar, y tomó la marcha de la capa corriente.

En un momento Hunt y Martín Holt habían sido izados sobre el puente, y depositado el uno al pie del palo de mesana, mientras el otro se mostraba dispuesto a seguir en la maniobra.

El maestro velero recibió los cuidados que su estado requería. Tras un principio de asfixia volvióle el respiro. Algunas frotaciones enérgicas acabaron de lograr que se recobrara del síncope, y, sus ojos se abrieron.

-Martín Holt-le dijo el capitán Len Guy, inclinándose sobre él-Hete aquí... que has venido de muy lejos...

-Sí... Sí...capitán- respondió Martín Holt, buscando algo con los ojos...

-Pero, ¿quién fue a mi socorro?

-¡Hunt!- exclamó el contraamaestre.- Hunt, que ha arriesgado su vida por ti...

Martín Holt se levantó a medias, y apoyándose en el codo volvióse al sitio donde estaba Hunt. Como éste se encontrara atrás, Hurliguerly le llevó hacia Martín Holt, cuyos ojos expresaban el más vivo reconocimiento.

-¡Hunt!- le dijo- Me has salvado... Sin ti estaba perdido... Te lo agradezco...

Hunt no respondió.

-Y bien, Hunt,- dijo el capitán Len Guy...- ¿no le oyes?

Hunt no parecía entender...

-Hunt- añadió Martín Holt- acércate... Te estoy muy agradecido... Desearía estrechar tu mano.

Y le tendió la suya.

Hunt retrocedió algunos pasos, moviendo la cabeza, y con la actitud de un hombre que no necesita tantos cumplimientos por cosa tan sencilla. Después, dirigiéndose a proa, ocupóse en reemplazar una de las escotas del pequeño foque, que acababa de romperse por efecto de tan terrible golpe del mar, que la goleta había sido sacudida desde la quilla a la punta de los mástiles.

Decididamente: ¡Hunt es un héroe de abnegación y valor! Y decididamente también es un ser cerrado a todas las impresiones, y ni aun aquel día conoció el contramaestre «el color de sus palabras».

No hubo ninguna pausa en la violencia de aquella tempestad, y con frecuencia nos proporcionó serias inquietudes. Entregada a los furores de la borrasca, se pudo cien veces temer que, a pesar de su reducido velamen, la arboladura de la goleta se viniera abajo. ¡Sí! Cien veces,

aunque Hunt gobernó el timón con mano hábil y vigorosa, la goleta, combatida por inevitables golpes, estuvo a punto de zozobrar. Precisó, pues, quitar la cangreja y contentarse con el foque y pequeño foque para mantenerse a la capa.

-Jem- dijo el capitán Len Guy a las cinco de la mañana.- Es preciso huir...

-Huiremos, capitán... pero corriendo el riesgo de ser tragados por el mar.

En efecto: nada más peligroso que aquella marcha cuando no puede adelantarse a las olas, y únicamente se apela a ella cuando es imposible guardar la capa. Además, corriendo al Este la Halbrane, se alejaría de su camino, en medio del laberinto de témpanos acumulados en esta dirección.

Durante tres días, 6, 7 y 8 de Diciembre, la tempestad se desencadenó sobre aquellos parajes, con acompañamiento de remolinos de nieve, que provocaron sensible baja en la temperatura. Sin embargo, la capa pudo ser mantenida después que el pequeño foque, desgarrado por el viento, fue reemplazado con otra tela más resistente.

Inútil es decir que el capitán Len Guy se mostró verdadero marino, que Jem West estuvo en todo, que la tripulación les secundó resueltamente, y que Hunt fue siempre el primero en la faena cuando hubo maniobra que efectuar o peligro que correr.

¡En verdad que era un hombre del que no se puede dar idea! ¡Qué diferencia entre él y la mayor parte de los marineros reclutados en las Falklands, y sobre todo Hearne! De éstos era difícil obtener lo que se tenía el derecho de

esperar y exigir. Sin duda obedecían, porque de bueno o mal grado era preciso obedecer a un oficial como Jem West... Pero, cuando este no les oía, ¡qué de quejas y recriminaciones!

Cosa que, yo lo temía, nada bueno presagiaba para el porvenir.

Hay que advertir que Martín Holt había vuelto a sus ocupaciones. Muy entendido en su oficio, era el único que, por su habilidad y celo, podía rivalizar con Hunt.

-Y bien, Holt- le preguntó un día en que se encontraba en conversación con el contramaestre,- ¿en qué relaciones está usted ahora con ese diablo de Hunt? Después del salvamento, ¿se ha mostrado algo más comunicativo?...

-No, señor Jeorling- respondió el maestro velero...- Al contrario... Parece evitar mi presencia.

-¿Evitarla?... - dije yo.

-Como lo hacía antes... Ni más ni menos.

-¡Es singular!

-Y que es una verdad...- añadió Hurliguerly- En más de una ocasión lo he notado.

-Entonces... ¿le huye a usted como a los demás?...

-No... Más que a los otros...

-Más... ¿por qué?

-Lo ignoro, señor Jeorling.

-¡Lo que no impide que le debas una buena candela!- declaró el contramaestre...- Pero no intentes encenderla en honor suyo... Le conozco..., y soplaría.

Gran sorpresa me produjo lo que acababa de oír. Sin embargo, observando con atención, pude asegurarme de que, en efecto, Hunt evitaba toda ocasión de estar en contacto con nuestro maestro velero. ¿No creía tener derecho a la gratitud de Martín Holt, aunque éste le debiese la vida? Seguramente, tal conducta era bien extraña.

En la tarde del 8, el viento indicó tendencia a remontar hacia el Este, lo que, debía traer un favorable cambio de tiempo. De ser así, la *Halbrane* podía ganar lo perdido y volver a tomar su itinerario sobre el meridiano 43.

Entretanto, aunque la mar continuó dura, el velamen pudo ser aumentado sin riesgo a las dos de la mañana. De este modo, bajo la mesana-goleta, y la cangreja a dos rizos, la trinqueta y el pequeño foque, la *Halbrane*, amuras a babor, se aproximó al camino, del que la tormenta la había alejado.

En esta parte de la mar antártica, los témpanos derivan en mayor número, y había motivo para pensar que la tempestad, apresurando el deshielo, había tal vez roto hacia el Este las barreras del banco de hielo.

XIII

A LO LARGO DEL BANCO DE HIELO.

Aunque aquellos parajes, situados mas allá del círculo polar, hubieran sido profundamente conmovidos por la borrasca, justo era reconocer que hasta entonces nuestra navegación se había efectuado en condiciones excepcionales. ¡Y feliz circunstancia si la *Halbrane*, en aquella primera quincena de Diciembre, iba a encontrar abierto el camino de Weddell!

Y, en verdad, que digo el camino de Weddell como si se tratase de un camino terrestre, bien conservado, con sus piedras milliarias y con está inscripción sobra un poste indicador: «Camino del polo Sur.»

Durante el día 10, la goleta pudo sin dificultad maniobrar entre los témpanos abandonados, llamados *floes* y *brashs*. La dirección del viento la permitió seguir la línea recta entre los pasos. Aunque faltaba todavía un mes para la época de la disgregación total, el capitán Len Guy, habituado a estos

fenómenos, afirmaba que lo que de ordinario se produce en Enero se iba a producir esta vez en Diciembre.

Evitar las numerosas masas errantes no dio gran trabajo a la tripulación. Las verdaderas dificultades no aparecerían hasta el día, ya próximo, en que la goleta procurase abrirse paso al través del banco.

Por lo demás, no había que temer sorpresa alguna. La presencia de los témpanos era señalada por un tinte amarillento de la atmósfera, al que los balleneros designaban con el nombre de *blink*. Es un fenómeno de reverberación propio de las zonas glaciales que jamás engaña al observador.

Cinco días más la *Halbrane* navegó sin avería alguna, sin haber temido ni por un instante que se efectuara un choque. Verdad que, a medida que descendía hacia el Sur, el número de témpanos crecía y los pasos se hacían más estrechos. Una observación practicada el día 14 dio por resultado 72° 37' de latitud, siendo la longitud la misma de antes, entre el 42 y 43 meridiano. Era éste ya un punto que pocos navegantes habían podido tocar más allá del círculo antártico, ni los Balleny, ni los Bellingshausen. Sólo dos grados nos faltaban para tocar la altura a que llegó James Weddell.

La navegación se hizo, pues, más delicada en medio de aquellos témpanos fríos y pálidos llenos de excrementos de pájaros. Algunos tenían apariencia leprosa. Su volumen era ya tan considerable que nuestro navío parecía muy pequeño, pues algunos de estos *ice-bergs* dominaban su arboladura.

Las formas que afectaban estos témpanos variaban hasta lo infinito. El efecto era maravilloso cuando, disipadas las

brumas, reverberaban como enormes diamantes a los rayos solares. Algunas veces se dibujaban en colores rojizos, cuyo origen no está exactamente fijado, coloreándose luego con matices violeta y azul probablemente debidos a los efectos de la refracción.

No dejaba yo de admirar aquel espectáculo tan notablemente descrito en la relación de Arthur Pym: aquí pirámides de agudas puntas; allí moles redondeadas como las torres de una iglesia bizantina, o abultadas como las de una iglesia rusa; mamelas que se erguían; dólmenes en tablas horizontales; kromlechs, menhirs, en pie como en el campo de Karnac; vasos rotos, copas boca abajo; en fin, cuanto la imaginación ve algunas veces en la caprichosa disposición de las nubes... ¿Acaso las nubes no son los témpanos errantes del mar celeste?

Debo reconocer que el capitán Len Guy unía, a mucho atrevimiento, mucha prudencia. Jamás pasaba junto a un témpano si la distancia no le aseguraba el buen resultado de la maniobra. Familiarizado con la navegación, no temía aventurarse por entre aquellas flotillas de *drifts* y de *packs*.

Un día me dijo:

-Señor Jeorling. No es ésta la primera vez que he intentado penetrar en la mar polar sin conseguirlo. Y si yo lo intentaba cuando no tenía más que simples presunciones sobre la suerte de la *Jane*, ¿qué no haré hoy que esas presunciones se han convertido en certeza?



-Lo comprendo, capitán, y en mi opinión la experiencia que tiene usted de la navegación por estos parajes debe aumentar las probabilidades del buen éxito.

-¡Sin duda, señor Jeorling! No obstante... lo que hay más allá del banco aun es desconocido para mí, como para tantos otros navegantes.

-¿Desconocido? No en absoluto, capitán, puesto que poseemos los informes muy serios de Weddell..., y los de Arthur Pym.

-Sí... Lo sé... Hablan de la mar libre...

-¿Es que no cree usted en ella?

-¡Sí! ¡Creo! ¡Sí! Existe por razones que tienen su valor. Es evidente que esas masas designadas con los nombres de *ice-fields* o *ice-bergs* no podrían formarse en plena mar. Un violento o irresistible esfuerzo provocado por las olas las separa de los continentes o de las islas de las altas latitudes. Después, las corrientes las arrastran hacia las aguas más templadas, donde los choques desgastan sus aristas, mientras la temperatura disgrega sus bases y sus flancos sometidos a las influencias termométricas.

-Eso es evidente- respondí.

-Así, pues- añadió el capitán,- esas masas no vienen del banco. Lo tocan derivando, le rompen a veces y franquean sus pasos. Por lo demás, no es preciso juzgar zona austral según la boreal. Las condiciones de una y otra no son idénticas. Así, Cook, ha podido afirmar que jamás había encontrado en los mares de Groenlandia el equivalente de las

montañas de hielo de la mar antártica, ni a latitud más elevada.

-Y ¿á qué se debe eso?

-Indudablemente a que en las comarcas boreales predomina la influencia de los vientos del Sur. No llegan allí sino cargados de los abrasadores calores de América, Asia y Europa, y contribuyen a elevar la temperatura de la atmósfera. Aquí las tierras más próximas, terminadas por las puntas del cabo de Buena Esperanza, de la Patagonia, de la Tasmania, no modifican las corrientes atmosféricas, y por esto la temperatura permanece más uniforme en el dominio antártico.

-He ahí una observación importante, capitán, y que justifica la opinión de usted respecto a una mar libre.

-Sí... Libre al menos en diez grados tras el banco. Así, pues, comencemos por franquear éste, y la mayor dificultad estará vencida. Ha tenido usted razón al decir que la existencia de esta mar libre ha sido formalmente reconocida por Weddell.

-Y por Arthur Pym, capitán. Y por Arthur Pym.

A partir del 15 de Diciembre las dificultades de la navegación aumentaron con el número de los témpanos. No obstante, el viento continuó siendo favorable, variando del Nordeste al Noroeste, sin acusar nunca tendencia a caer al Sur. Ni una vez hubo necesidad de bordear entre los *ice-bergs* y los *ice-fields*, operación siempre difícil y peligrosa. La brisa refrescaba a veces, y era preciso disminuir el velamen... Véase entonces la mar lanzando espuma a lo largo de los bloques y

cubriéndolos de rocío, como a las rocas de una isla flotante, sin llegar a suspender su marcha. Varias veces los ángulos fueron medidos por Jem West, resultando de tales cálculos que la altura de estos bloques estaba comprendida, generalmente, entre 10 y 100 toesas.

En lo que a mí se refiere, participaba de la opinión del capitán Len Guy, y, creía que tales masas sólo a lo largo de un litoral, tal vez de un continente polar, habían podido formarse. Pero con toda evidencia este continente debía estar escotado por bahías, dividido por brazos de mar, cortado por estrechos que habían permitido a la *Jane* llegar al yacimiento de la isla Tsalal.

Y la existencia de estas tierras polares, ¿no es, en suma, lo que impide las tentativas de los descubridores para elevarse a los polos ártico o antártico? ¿No dan a las montañas de hielo sólido punto de apoyo, del que aquellas se separan en la época del deshielo? Si los parajes boreales y australes sólo por las aguas estuvieran cubiertos, ¿hubieran tal vez sabido encontrar paso los navíos?

Puédese, pues, afirmar que cuando penetró hasta el paralelo 83 el capitán William Guy de la *Jane*, guiárale su instinto de navegante o la casualidad, había debido remontar al través de algún ancho brazo de mar.

No dejó nuestra tripulación de impresionarse al ver que la goleta se aventuraba por entre aquellas movibles masas, los tripulantes nuevos sobre todo. Verdad que la costumbre no tardó en acabar con la sorpresa.

Lo que convenía organizar con el mayor cuidado era una incesante vigilancia, para lo cual Jem West hizo izar un tonel- lo que se llama un *nido de pie*- a la punta del palo de mesana, y allí hubo un vigía en constante guardia.

Empujada por la brisa la *Halbrane*, caminaba rápidamente. La temperatura era soportable, unos 42° (de 4° a 5° centí- grados sobre cero). El peligro venía de las brumas que flotaban sobre estos mares, y hacían difícil evitar los choques.

Durante el día 16, los hombres experimentaron grandes fatigas. Los témpanos no ofrecían más que estrechos pasos, con ángulos bruscos que obligaban a cambiar frecuentemente las amuras.

Cuatro o cinco veces por hora se oían estas órdenes.

-¡Orza!

-¡Arriba!

El timonel no holgaba en el timón, y los marineros no cesaban de tomar por avante la gavia, los juanetes, o de izar las velas bajas.

En estas circunstancias, y aunque nadie dejaba la tarea, Hunt se distinguía entre todos.

En lo que este hombre- de alma de marino- se mostraba más útil, era cuando se trataba de llevar un calabrote a algún témpano y fijarlo allí, por medio de un ancla, para unirle al cabestrante, a fin de que la goleta, empujada lentamente, consiguiese doblar el obstáculo.

Hunt se arrojaba en la canoa, la dirigía al través de los témpanos y desembarcaba en la superficie resbaladiza. Así es que el capitán Len Guy y su tripulación consideraban a Hunt

como a un marinero excepcional. Pero lo que había de misterioso en su persona no dejaba de excitar en alto grado la curiosidad.

Más de una vez sucedió que Hunt y Martín Holt embarcaron en el mismo bote para efectuar alguna peligrosa maniobra que desempeñaban juntos. Si el maestro velero le daba una orden, Hunt la ejecutaba con tanto celo como pericia. Solamente que jamás le respondía.

En aquella época la *Halbrane* no podía estar muy lejos del banco. Si continuaba su camino en tal dirección no tardaría en llegar a aquel, y no tendría más que buscar paso. Sin embargo, hasta entonces, por cima de los témpanos el vigía no había podido aun notar una cresta ininterrumpida de hielo.

La jornada del 16 exigió minuciosas e indispensables precauciones, pues el timón, quebrantado por incontables choques, corría el riesgo de ser desmontado.

Al mismo tiempo habíanse producido varios choques por los restos pequeños, más peligrosos que los grandes bloques. No obstante, la solidez de la *Halbrane* alejaba el peligro de que fuera desfondada.

Respecto al safre del timón, Jem West le hizo meter entre dos gimelgas, consolidándole con berlingas aplicadas a la espiga, lo que debía preservarle.

Los mamíferos marinos no habían abandonado aquellos parajes, cubiertos de masas flotantes de todas formas y dimensiones. Las ballenas mostrábanse en gran número: y

¡qué mágico espectáculo cuando las columnas de agua se escapaban por los agujeros de sus fauces!

Con los *fin-backs* y los *hum-backs* aparecían marsuinos de talla colosal, de varios centenares de libras de peso, a los que Hearne hería diestramente con su arpón cuando se ponían a tiro. Estos marsuinos eran siempre bien recibidos y apreciados después de haber pasado por las manos de Endicott, hábil confeccionador de salsas.

Los habituales pájaros de los parajes antárticos pasaban en bandadas, y legiones de penguinos, colocados en hilera sobre los témpanos, miraban evolucionar la goleta. Tales pájaros son los verdaderos habitantes de estas tristes soledades, y la Naturaleza no hubiera podido criar un tipo más en relación con el desolador aspecto de la zona glacial.

En la mañana del 17 el vigía señaló, al fin, el banco polar.  
-¡Por estribor delante! gritó.

A cinco o seis millas al Sur se alzaba una interminable cresta cortada en dientes de sierra, dibujándose sobre el fondo bastante claro del cielo, y a lo largo de la cual derivaban millares de témpanos. Aquella inmóvil barrera se orientaba del Noroeste al Sudeste; sólo prolongándola, la goleta ganaría aun algunos grados hacia el Sur.

He aquí lo que conviene saber si se quiere tener idea exacta de las diferencias que existen entre el banco y la muralla, de hielo.

Está última, como he advertido, no se forma en plena mar. Es indudable que descansa sobre base sólida, ya por alzar sus planos verticales a lo largo de un litoral, ya por

desarrollar sus montañosas cimas en plano posterior. Pero si dicha barrera no puede abandonar el punto céntrico que la soporta, es, en opinión de los navegantes más competentes, la que produce ese contingente de *ice-bergs* y de *ice-fields*, de *drifts* y de *packs*, de *floes* y de *brashs* que vimos en el curso de nuestro interminable camino. Las costas que la sostienen están sometidas a la influencia de las corrientes que bajan de los mares más templados. En la época de las mareas de sizigias, cuya altura es a veces considerable, la base de la barrera de nieve se agrieta, y enormes bloques- centenares de ellos en algunas horas- se separan con sordo estrépito, caen en la mar y suben a la superficie, convertidos en montañas de hielo, de las que sólo una tercera parte emerge, y flotan hasta el momento en que la influencia climatológica de las bajas latitudes acaba de disolverlas.

Un día en que yo hablaba sobre este asunto con el capitán Len Guy,- me dijo éste:

-Esa explicación es lógica, y por eso la muralla de hielo opone su infranqueable obstáculo al navegante, puesto que tiene como base un litoral. Pero no pasa así en el banco. Este se forma sobre el mismo Océano por la amalgama continua de restos en derivación. Sometido igualmente a los asaltos de las olas, que a la influencia de aguas más templadas durante el verano, se disloca, se abren pasos, y numerosos barcos han podido pasar por él...

-Es verdad- añadí.- No ofrece una masa infinita, que sería imposible de rodear.

-También Weddell ha podido doblar la extremidad, señor Jeorling, gracias a circunstancias excepcionales de temperatura y de precocidad que son raras...Pero, puesto que esas circunstancias se presentan este año, no es temerario afirmar que sabremos aprovecharlas.

-Seguramente, capitán... Y ahora que el banco ha sido señalado...

-Voy a hacer que la *Halbrane* se aproxime cuanto sea posible, señor Jeorling, para después lanzarla al través del primer paso que encontremos. Si éste no se presenta, procuraremos llegar hasta el extremo oriental del banco con la ayuda de la corriente que lleve tal dirección, y lo más cerca, amurar a estribor, por poco que la brisa se mantenga al Nordeste.

Navegando al Oeste, la goleta encontró *ice-fields* de dimensiones considerables... Varios ángulos, con la base medida por la guindola, permitieron calcular que tenían unas 500 a 600 toesas superficiales. Preciso fue maniobrar con tanta precisión como prudencia a fin de evitar el ser arrastrado al fondo de los pasos, de los que no siempre se veía la salida.

Cuando la *Halbrane* se encontró a tres millas del banco, se puso al paio en el centro de una ensenada que la permitía toda la libertad de sus movimientos. Echóse al agua un bote. El capitán Len Guy bajó a él con el contramaestre, cuatro remeros y un hombre al timón. Dirigióse a la enorme muralla, y buscó en vano un paso por el que la goleta pudiera



deslizarse, y después de tres horas de trabajoso reconocimiento volvió a bordo.

Empezó a caer una lluvia de nieve que hizo descender la temperatura a 36° (2° c.sobre cero) y nos robó la vista del banco.

Era, pues, indispensable, poner el cabo al Sudeste y navegar por entre aquellos témpanos, cuidando de ser arrastrado hacia la muralla de hielo, pues elevarse en seguida hubiera presentado serias dificultades.

Jem West ordenó halar las vergas, de forma de tomar el viento lo más cerca posible. La tripulación, maniobró rápidamente, y la goleta con una velocidad de siete a ocho millas, inclinada sobre estribor, lanzóse entre los bloques esparcidos por su camino. Sabía evitar el contacto de ellos cuando el encuentro hubiera sido lastimoso, y cuando no se trataba más que de delgadas sábanas de hielo les desgarraba con su tajamar, haciendo el oficio de ariete. Después de una serie de rozamientos, que hacían a veces estremecer todo su casco, la *Halbrane* encontraba las aguas libres.

Lo esencial era evitar los choques contra los *ice-bergs*. Ninguna, dificultad había para evolucionar, bajo un cielo claro que permitía maniobrar a tiempo, ya para aumentar la velocidad de la goleta, ya para disminuirla. Sin embargo, con las frecuentes brumas que limitaban a una o dos encabladuras el campo de vista, la navegación no dejaba de ser peligrosa.

Pero, aparte de aquellos *ice-bergs*, ¿no corría la *Halbrane* el riesgo de ser abordada por los *ice-fields*? Indudablemente, y el

que no lo ha observado, no puede imaginarse que grado de poder alcanzan éstas masas en movimiento.

Aquel día habíamos visto uno de estos *ice-fields*, animado de mediana velocidad, chocar contra otro que estaba inmóvil. Pues bien: fue herido por sus aristas, agitado terriblemente, casi hundido. No se vio más que enormes restos subiendo unos sobre otros, *hummocks* que se elevaban a 100 pies de altura; *calfs* emergiendo bajo las aguas. ¿A quién podría sorprender el caso, si el peso del *ice-fields* que abordó al otro ascendía a varios millones de toneladas?

Veinticuatro horas transcurrieron en estas condiciones. La goleta se mantenía a tres o cuatro millas del banco. Acercarse mas hubiera sido aventurarse al través de sinuosidades de las que no se hubiera podido salir. No porque le faltase deseo al capitán Len Guy.

-Si tuviera la ayuda de otro barco - me dijo,- yo me acercaría más al banco... ¡Gran ventaja es disponer de dos navíos cuando se emprenden tales campañas!... Pero la *Halbrane* está sola, y, si nos faltase...

Sin embargo, aun maniobrando con prudencia, nuestra goleta se exponía a verdaderos peligros. Después de algún recorrido de 100 toesas era preciso pararla bruscamente, modificar su dirección, y a veces en el momento preciso en que la punta del bauprés iba a chocar contra un bloque. Durante largas horas, pues, Jem West veíase obligado a cambiar su marcha, a fin de evitar el choque de algún *ice-fields*.

Por fortuna el viento soplaba de Este a Nordeste, sin otra variación, y no refrescaba. Pero de volver la tormenta yo no

sé lo que hubiera sido de la goleta..., o lo sé demasiado: se hubieran perdido cuerpos y bienes. En tal caso, en efecto, no nos hubiera sido posible huir, y la *Halbrane* hubiera naufragado al pie del banco.

Después de detenido reconocimiento, el capitán Len Guy tuvo que renunciar a encontrar un paso al través de aquella muralla.

No había más que intentar sino llegar a la extremidad Sudeste. Siguiendo está orientación, nada perdíamos en latitud.

Y, en efecto: el día 18 la observación indicó para la situación de la *Halbrane* el paralelo 73.

Lo repito, sin embargo. Jamás navegación alguna en los mares antárticos halló circunstancias más prósperas-precocidad. de la estación estival, permanencia de los vientos del Norte,- temperatura media de 49 grados (9° 44 c. sobre cero). Además gozábamos de claridad perpetua, y durante veinticuatro horas los rayos del sol llegaban a nosotros de todos los puntos del horizonte.

Los *ice-bergs* se liquidaban, formando múltiples arroyos que se reunían en resonantes cascadas. Había que guardarse de ellos cuando el cambio de su centro de gravedad, a consecuencia del desgaste de la base sumergida, les derribaba.

Dos o tres veces más nos acercamos a menos de dos millas del banco. Era imposible que no hubiera sufrido las influencias atmosféricas y que no se hubieran producido roturas en algunos puntos. Los reconocimientos no dieron

resultado, y fue preciso volver a arrojarse a la corriente de Oeste a Este.

Esta corriente nos ayudaba, y no había más temor que el de que nos arrastrase más allá del meridiano 43, caso en que hubiera sido preciso cambiar la dirección, a fin de poner el cabo sobre la isla Tsalal. Verdad que, aun entonces, el viento del Este la empujaría hacia su ruta.

Por lo demás, debo hacer notar que durante el dicho reconocimiento no habíamos visto apariencia de tierra, conforme a los mapas de los precedentes navegantes, mapas incompletos, sin duda, pero bastante exactos. No ignoro que algunos navíos han pasado a menudo más allá donde los yacimientos de tierras habían sido indicados. Sin embargo, esto no era admisible en lo que concernía a la isla Tsalal... Si la Jane había podido tocarla, era que aquella parte de la mar antártica estaba libre, y en un año no teníamos ningún obstáculo que temer en aquella dirección.

Al fin el 19, entre las dos y las tres de la tarde, un grito del vigía se dejó oír.

-¿Qué hay?- preguntó Jem West.

-El banco está cortado al Sudeste.

-¿Y más allá?

-Nada a la vista.

El lugarteniente subió por los obenques, y en algunos instantes llegó a la punta de la gavia.

Abajo, todos esperaban... ¡Y con que impaciencia! ¡Si se hubiera engañado el vigía!... ¡Si alguna ilusión de óptica!...

En todo caso, Jem West no se engañaría.

Después de diez minutos de observación- diez interminables minutos-su voz clara llegó hasta el puente.

-¡Mar libre! gritó.

Unánimes hurras le respondieron.

La goleta puso el cabo al Sudeste. Dos horas después la extremidad del banco era doblada, y ante nuestros ojos- aparecía una mar resplandeciente, libre de témpanos.

LA ESFINGE DE LOS HIELOS



XIV

UNA VO EN UN SUEÑO.

¿Enteramente libre de hielos? No. Esto sería afirmar demasiado. A lo lejos aparecían algunos *ice-bergs*; *drifts* y *packs* derivaban todavía hacia el Este. Sin embargo, el deshielo se había efectuado por completo en esta parte, y la mar estaba lo bastante libre para que un barco pudiera navegar por ella.

No había duda que en estos parajes, remontando el ancho brazo de mar, especie de canal abierto al través del continente antártico, fue donde hicieron escala los barcos de Weddell a los 74° de latitud, que la *Jane* debía pasar en unas 600 millas.

-Dios nos proteja- me dijo el capitán Len Guy- y se dignó conducirnos a nuestro objeto.

-Dentro de ocho horas-respondí,-nuestra goleta tal vez estará a la vista de la isla Tsalal.

-Sí..., a condición de que persistan los vientos del Este, señor Jeorling. Pues no olvide usted que, costeano el banco

de hielo hasta la extremidad oriental, la *Halbrane* se ha separado de su itinerario, y es preciso llevarla hacia el Oeste.

-La brisa nos favorece, capitán.

Y nosotros la aprovecharemos, pues mi intención es dirigirme al islote Bennet. Allí es donde mi hermano William ha desembarcado primeramente. Desde que veamos ese islote estaremos seguros de ir por buen camino.

-¡Quién sabe si en él recogeremos nuevos indicios, capitán!

-Es posible, señor Jeorling. Hoy, pues, cuando yo tome la altura y reconozca exactamente nuestra posición, pondremos el cabo hacia el islote Bennet.

Claro es que había ocasión para consultar al guía más seguro que se encontraba a nuestra disposición. Me refiero al libro de Edgard Poe, en realidad a la verídica relación de Arthur Gordón Pym.

Hube de leerle de nuevo con todo el cuidado que merecía; he aquí lo que yo deduje.

No había duda de que la *Jane* hubiera descubierto y acostado la isla Tsalal, ni tampoco sobre la existencia de los seis sobrevivientes al naufragio, en la época en que Patterson había sido arrastrado a la superficie del témpano en derivación. Esta era la parte real, cierta, indudable.

Pero la otra parte, ¿no debía de considerarse como pura imaginación del novelista, imaginación excesiva, poco ordenada, como lo prueba el retrato que hace de sí mismo? Y ante todo, ¿conviene dar por ciertos los extraños hechos que él pretende haber observado en el seno de la lejana Antártida?



¿Debía admitirse la existencia de aquellos hombres y de aquellos animales extraordinarios? ¿Era cierto que el suelo de la isla fuera de naturaleza especial y sus aguas corrientes de composición particular? ¿Existían aquellos abismos jeroglíficos cuyo dibujo hacía Arthur Pym? ¿Era creíble que la vista del color blanco producía espanto a los insulares? Después de todo, ¿por qué no, puesto que lo blanco, el traje del invierno, el color de las nieves, les anunciaba la proximidad de la mala estación, que debía encerrarles en una prisión de hielo? ¿Qué pensar de aquellos fenómenos insólitos señalados más allá, de los vapores grises del horizonte, de las tinieblas del espacio, de la luminosa transparencia de las profundidades pelágicas, en fin, de la aérea catarata y de aquel gigante blanco que se erguía en los umbrales del polo?

Sobre esto me reservaba mi opinión, y esperaba. Respecto al capitán Len Guy, se mostraba indiferente a todo lo de la relación de Arthur Pym que no se refería directamente a los abandonados en la isla Tsalal, pues la salvación de éstos era su única y constante preocupación.

Puesto que tenía ante mis ojos la relación de Arthur Pym me prometía hacer su crítica poco a poco, separar lo verdadero de lo falso, lo real de lo ficticio; y tenía la convicción de que no encontraría señal de aquellas cosas extrañas que, en mi opinión, habían debido ser inspiradas por la imaginación sugestiva del poeta americano.

El 19 de Diciembre, nuestra goleta se encontraba, pues, a grado y medio más al Sur que la *Jane* diez y ocho días más

tarde. De aquí la conclusión que las circunstancias- estado de la mar, dirección del viento, precocidad de la buena estación- nos habían sido en extremo favorables.

Una mar libre- o por lo menos navegable- se extendió ante el capitán Len Guy, como se había extendido ante el capitán William Guy, y tras ellos el banco de hielo desarrollaba de Noroeste a Nordeste sus enormes masas solidificadas.

En primer lugar, Jem West quiso reconocer si la corriente tenía la dirección Sur en aquel brazo de mar, como indicaba Arthur Pym. Obedeciendo sus órdenes, el contramaestre envió al fondo una cuerda de 200 brazas con suficiente peso, y se pudo advertir que la dirección era la misma, y por tanto, favorecía la marcha de nuestra goleta.

A las diez, y al mediodía, se practicaron las observaciones con gran exactitud, mostrándose el cielo de una pureza extraordinaria. Los cálculos dieron: 74° 45' por latitud y- lo que no podía sorprendernos-39° 15' de longitud.

La vuelta que nos había impuesto el costear el banco de hielo, la necesidad de doblarle por su extremidad oriental, habían obligado a la *Halbrane* a apartarse de su camino unos cuatro grados al Este. Establecida su situación, el capitán Len Guy hizo poner el cabo al Suroeste a fin de volver al meridiano 43, mientras adelantaba hacia el Sur.

No he de recordar que las palabras mañana y noche, de las que me serviré a falta de otras, no indican ni el nacimiento ni la postura del sol. El disco radiante, describiendo espiral no interrumpida por encima del horizonte, no cesaba de

alumbrar el espacio. Algunos meses después desaparecía. Sin embargo, durante el frío y sombrío período del invierno antártico, el cielo estaría casi diariamente iluminado por las auroras polares. Tal vez seríamos más tarde testigos de aquellos fenómenos de inexplicable esplendor, donde la influencia eléctrica se manifiesta con tanto poder.

Según la relación de Arthur Pym del 1° al 4 de Enero del año 1828, la travesía de la *Jane* no se efectuó sin graves complicaciones debidas al mal tiempo. Una fuerte tempestad del Nordeste lanzó contra ella témpanos que la rompieron el timón.

Encontró el camino cerrado por un espeso banco de hielo que felizmente se abrió para dejarla paso. En la mañana del 5 de Enero, por 73° 15' de latitud franqueó los últimos obstáculos. La temperatura del aire era para ella de 33° (0° 56 c. sobre cero), y para nosotros se elevaba a 49° (9° 44' c. sobre cero). En cuanto a la desviación de la brújula, era idéntica: 14° 28' al Este.

Un último dato para indicar matemáticamente la diferencia en la situación respectiva de las dos goletas en aquella fecha. Del 5 al 19 de Enero tardó la *Jane* en recorrer los 10°, o sea las 600 millas que la separaban de la isla Tsalal, mientras que la *Halbrane* el 19 de Diciembre no se encontraba más que a unos siete grados, o sea a 400 millas. Si el viento se mantenía de aquel lado, no pasaría la semana sin que hubiera llegado a dicha isla por lo menos al islote Bennet, 30 millas más cerca, en el que el capitán Len Guy pensaba hacer escala durante veinticuatro horas.

La navegación seguía en excelentes condiciones. Apenas si había que evitar algunos témpanos que las corrientes arrastraban al Suroeste con velocidad de un cuarto de milla por hora. Nuestra goleta les pasaba sin gran trabajo. Aunque la brisa fuera viva, Jem West había colocado las velas altas, y la *Halbrane* se deslizaba suavemente por una mar poco agitada. No veíamos ninguno de esos *ice-bergs* que Arthur Pym veía en aquella latitud, y alguno de los cuales medían una altura de 100 brazas, al principio de fundirse, es cierto.

La tripulación no se veía obligada a maniobrar en medio de las nieblas que molestaban la marcha de la *Jane*. No sufrimos los rafaes de nieve que algunas veces asaltaron a aquella, ni las bajas de la temperatura que aquellos marineros sufrieron. Únicamente raros témpanos derivaban a nuestro paso, algunos cargados de pingüinos, como turistas que navegaban a bordo de un yate de recreo, y también de negras focas.

Sobre esta flotilla volaban sucesivamente petrales, cormoranes, somormujos, colimbos y albatros de fuliginoso tinte. Sobre la mar flotaban, aquí y allá, anchos pólipos, de suaves colores, semejantes a sombrillas desplegadas. Respecto a los peces, de los que los pescadores de la goleta pudieron hacer amplia provisión, ya con sedales, ya con harpón, citaré a los corifenos, especie de dorados gigantes, de tres pies de largo, y de carne firme y sabrosa.

Al día siguiente por la mañana, después de una noche tranquila, durante la cual la brisa se había dulcificado, el contra maestre se acercó a mí con el rostro alegre, la voz

fresca, como hombre que no se inquieta de las contingencias de la vida.

-Buenos días, señor Jeorling, buenos días-me dijo.

En las regiones australes y en la época del año a que me refiero, no sería propio dar las buenas noches, porque no existen ni buenas ni malas.

-Buenos días, Hurliguerly- respondí dispuesto a entablar conversación con aquel alegre hablador.

-¿Cómo encuentra usted los mares que se extienden pasado el banco de hielo?

-Los compararía- respondí- a los grandes lagos de Suecia o de América.

-Sí..., indudablemente... Lagos rodeados de *ice-bergs*, a modo de montañas.

-Y añadido que nada mejor podremos desear, contra maestre; y si el viaje continúa así hasta la isla Tsalal...

-¿Y por qué no hasta el polo, señor Jeorling?

-El polo... Está muy lejos... Y no se sabe lo que allí habrá.

-Se sabrá, cuando se llegue a él- respondió el contra maestre.- Es el único modo de saberlo.

- Conformes, Hurliguerly. Pero la *Halbrane* no ha partido para descubrir el polo Sur. Mi opinión es que, si el capitán Len Guy consigue repatriar a vuestros compatriotas, habrá cumplido su misión, y no creo que pretenda más.

-Conformes, señor Jeorling, conformes. Sin embargo, cuando se encuentre a 390 o 400 millas del polo, ¿no le acometerá la tentación de ver el extremo del eje sobre el que

la Tierra gira como un pollo en el asador?- respondió riendo el contramaestre.

-¿Vale eso la pena de correr a nuevos peligros, e interesa tanto llevar hasta ese punto la pasión de las conquistas geográficas?

-Sí y no, señor Jeorling. Por mi parte, confieso que haber ido más lejos que los navegantes que nos han precedido, más lejos tal vez que los que nos sigan, sería cosa que halagaría mi amor propio de marino.

-Sí. Usted piensa que mientras quede algo que hacer no se ha hecho nada.

-Exactamente, señor Jeorling; y si se nos propusiera ir a algunos grados más allá de la isla Tsalal, no sería yo el que me negase.

-No creo que el capitán piense nunca...

-Ni yo- respondió el contramaestre-, e imagino que, en cuanto recoja a su hermano y a los marineros de la *Jane*, se apresurará a conducirlos a Inglaterra.

-Es lo más probable y lo más lógico, Hurliguerly. Además, que si los tripulantes antiguos son gente dispuesta a ir donde se les lleve, creo que los nuevos rehusarían. No han sido reclutados para una campaña tan larga y tan peligrosa como la que les arrastraría hasta el polo.

-Tiene usted razón, señor Jeorling, y para decidirlos sería preciso el cebo de una buena prima por cada paralelo franqueado más allá de la isla Tsalal.

-Y aun así no es seguro que fueran- respondí.

-No, pues Hearne y los reclutados en las Falklands, que forman la mayoría a bordo, esperaban que no se llegaría a franquear el banco de hielo y que la navegación no pasaría del círculo antártico. ¡Ya se quejan al verse tan lejos! En fin, no sé el giro que tomarán las cosas, pero ese Hearne es hombre sospechoso y yo le vigilo.

Tal vez habría en esto, efectivamente, si no un peligro, por lo menos una complicación para el porvenir.

Durante la noche- lo que debió ser la noche del 19 al 20-, mi sueño fue turbado un instante por extraña pesadilla.

Creo deber apuntarla en esta relación, porque prueba una vez más los recelos de que mi cerebro empezaba a estar turbado.

El tiempo era aun frío, y yo, después de acostarme, me envolvía en mis mantas. Generalmente, el sueño, que se apoderaba de mí hacia las nueve de la noche, duraba sin interrupción hasta las cinco de la mañana.

Dormía, pues-serían las dos de la madrugada-, cuando fui despertado por una especie de queja continuada. Abrí, o creí abrir los ojos. Las maderas de las ventanas estaban cerradas, y mi camarote sumido en honda obscuridad.

Presté oído, y me pareció que una voz desconocida murmuraba estas palabras:

-¡Pym!... ¡Pym!... ¡El pobre Pym!

Evidentemente aquello no podía ser más que una alucinación, a menos que alguien se hubiera introducido en mi camarote, cuya puerta no estaba cerrada con llave.

-¡Pym!- continuó la voz.- Es preciso... ¡es preciso no olvidar jamás al pobre Pym!

Aquella vez yo percibí distintamente estas palabras murmuradas a mi oído. ¿Qué significaba tal recomendación, y por qué se me dirigía? ¡No olvidar a Arthur Pym! Pero después de regresar a América, ¿no había fallecido de muerte repentina y deplorable, de la que nadie conocía las circunstancias ni los detalles?

Comprendí entonces que mi razón no estaba serena, y me desperté con la idea de que acababa de ser víctima de intensa pesadilla, debida a alguna alteración cerebral.

Salté del lecho y abrí las maderas de una de las ventanas de mi camarote.

Miré afuera.

Nadie estaba en la popa, excepción de Hunt, de pie junto al timón, con los ojos fijos en la bitácora.

No tenía más que hacer sino volver a acostarme, y esto hice; y aunque me pareció oír resonar el nombre de Arthur Pym varias veces a mi oído, dormí hasta la mañana.

Cuando me levanté, no me quedaba de aquel incidente de la noche más que una vaga y fugitiva impresión, que no tardó en borrarse.

Leyendo de nuevo- frecuentemente el capitán lo hacía conmigo- la relación de Arthur Pym, como si esta relación fuera el diario de la *Halbrane*, noté el hecho siguiente, mencionado con fecha 10 de Enero:

Por la tarde se efectuó un incidente muy lamentable, y precisamente en la parte de mar que entonces atravesábamos.



Un americano, natural de Nueva York, llamado Peter Vredenburgh, uno de los mejores marineros de la *Jane*, se deslizó entre dos témpanos desapareció y no pudo ser salvado.

Era la primera víctima de aquella funesta campaña... y ¡cuántos más debían ser inscritos en la necrología de la desdichada goleta!

A este propósito el capitán Len Guy y yo notamos que, según Arthur Pym, el frío había sido excesivo durante el día del 10 de Enero, y el estado de la atmósfera muy turbulento, pues los rafaes del Noroeste se sucedían bajo forma de ventisqueros.

Verdad que en tal época el banco de hielo se erguía a lo lejos hacia el Sur, lo que explicaba que la *Jane* no le hubiera doblado por el Oeste. Según la referida narración, esto no sucedió hasta el 14 de Enero. Una mar “donde no había un solo pedazo de hielo” se desarrollaba hasta el horizonte con una corriente de media milla por hora. La temperatura era de 34° (1° 11 c. sobre cero), y no tardó en elevarse a 51° (10° 56 c. sobre cero).

Esta era la misma de que disfrutaba la *Halbrane* y como Arthur Pym se hubiera podido decir: que nadie hubiera dudado de la posibilidad de tocar al polo.

Aquel día la observación del capitán de la *Jane* había dado 81° 21' de latitud, y 42° 5' de longitud. Esta situación era también la nuestra en la mañana del 20 de Diciembre. Marchábamos, pues, directamente al islote Bennet, y no transcurrirían veinticuatro horas sin que fuera visible.

No tengo ningún incidente que anotar durante nuestra navegación por estos parajes. Nada de particular ocurrió a bordo de la *Halbrane* en una época en que el diario de la *Jane* registraba varios hechos curiosos. He aquí el principal, que dio a Arthur Pym y a su compañero Dirk Peters ocasión para mostrar su abnegación y su valor.

A las tres de la tarde, el vigía había reconocido la presencia de un banco de hielo en derivación, lo que prueba que en la superficie del mar habían aparecido algunos témpanos. Sobre este banco reposaba un animal de gigantesca talla. El capitán William Guy hizo armar la mayor de sus canoas, en la que se colocaron Arthur Pym, Dirk Peters y el segundo de la *Jane*- precisamente el infortunado Patterson, cuyo cuerpo habíamos recogido entre las islas del Príncipe Eduardo y de Tristán de Acunha.

El animal era un oso de la especie ártica: medía quince pies de largo, la piel era dura y de perfecta blancura, y el hocico redondo como el de un *bondelogue*. Varios balazos que le tiraron no lograron derribarle. Después de arrojarse a la mar, la monstruosa bestia salió hacia la embarcación y, apoyándose en ella, la hubiera hecho naufragar si Dirk Peters, lanzándose contra él, no le hubiera hundido el cuchillo en la médula espinal. El oso arrastró al mestizo, y fue necesario arrojar a éste una cuerda para subirle a bordo.

Conducido al puente de la *Jane*, el oso, excepción de su talla, no presentaba nada anormal que pudiera permitir que se lo colocara entre los extraños cuadrúpedos señalados por Arthur Pym en las regiones australes.

Dicho esto, volvamos a la *Halbrane*.

La brisa del Norte, que nos había abandonado, no volvió a soplar, y únicamente la corriente arrastraba la goleta hacia el Sur. De aquí un retraso que nuestra impaciencia encontraba insoportable.

En fin, el 21 la observación dio 82° 50' de latitud, y 42° 20' de longitud Oeste.

El islote Bennet-si existía-no podía estar ya muy lejos.

Sí. Este islote existía, y en el sitio indicado por Arthur Pym.

Efectivamente: a las seis de la tarde el grito de uno de los vigías anunció tierra a babor.

XV

EL ISLOTE BENNET

La *Halbrane*, después de haber franqueado unas 800 millas pasado el círculo polar, estaba, pues, a la vista del islote Bennet. La tripulación tenía gran necesidad de descanso, pues durante las últimas horas se había extenuado remolcando la goleta con los botes por una mar en calma. Así es que se dejó el desembarco para el siguiente día, y yo me retiré a mi camarote.

Esta vez ningún murmullo turbó mi sueño, y a las cinco estaba en el puente.

No hay que decir que Jem West había tomado todas las precauciones que exigía una navegación por estos parajes sospechosos. La más severa vigilancia reinaba a bordo. Los pedreros estaban cargados; las balas y cartuchos, dispuestos; los fusiles y pistolas, preparados; las redes de abordaje, en disposición de ser izadas. Se recordaba que la *Jane* había sido atacada por los insulares de la isla Tsalal. Nuestra goleta se encontraba entonces a menos de 60 millas del teatro de

aquella catástrofe. La noche se había pasado sin alarma. Al alba no se veía una embarcación en las aguas de la *Halbrane*, ni un indígena en la playa. El sitio parecía desierto, y, por lo demás, el capitán William Guy no había visto allí huella de seres humanos. En el litoral no se distinguían ni viviendas ni humareda que indicase que el islote Bennet estuviera habitado.

Lo que vi de este islote fue - tal como lo indicaba Arthur Pym- una base rocosa, de una legua de circunferencia, y de tal aridez que no se percibía el menor indicio de vegetación.

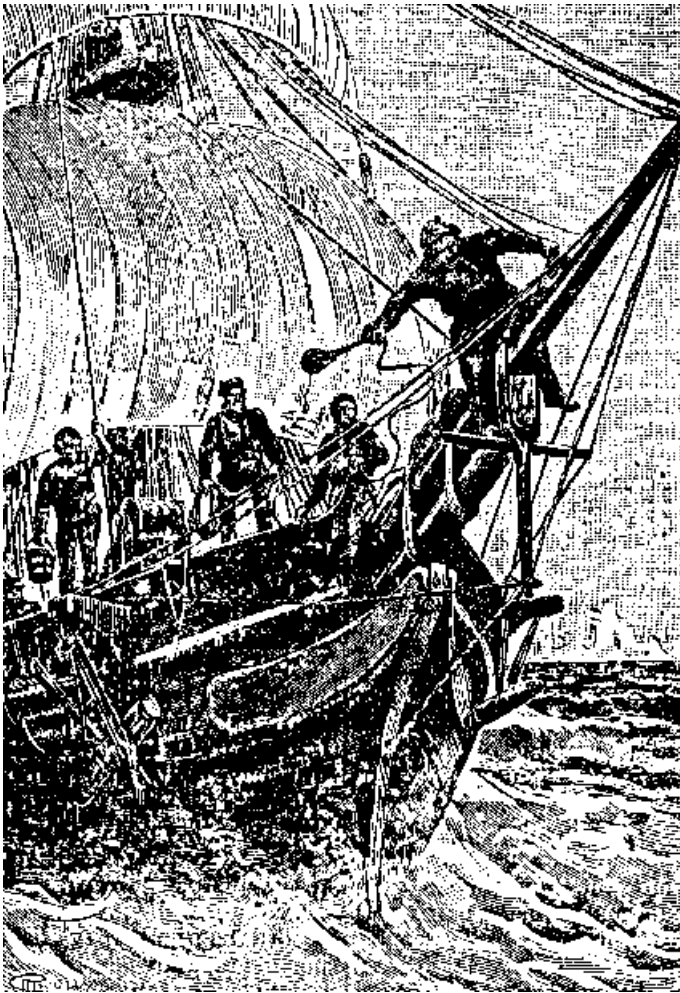
Nuestra goleta estaba anclada, con una sola ancla, a una milla al Norte.

El capitán Len Guy me hizo observar que no había error posible sobre este sitio.

-Señor Jeorling- me dijo-, ¿ve usted aquel promontorio en dirección Nordeste?

-Sí, capitán.

-¿No está formado por un amontonamiento de rocas que semejan, balas de algodón?...



-En efecto...; y tal como se dice en la narración de Arthur Pym.

-No nos resta, pues, más que desembarcar en ese promontorio, señor Jeorling. ¡Quién sabe si en él encontraremos algún vestigio de los tripulantes de la *Jane*, en el caso en que hayan conseguido huir de la isla Tsalal!

Una palabra solamente sobre la disposición de espíritu en que todos estábamos a bordo de la *Halbrane*.

A algunas encabladuras estaba el islote sobre el que Arthur Pym y William Guy habían puesto la planta once años antes. Cuando la *Jane* llegó a él, no se encontraba ella en condiciones muy favorables, porque el combustible empezaba a faltarla y los síntomas del escorbuto se manifestaban en la tripulación.

Por el contrario, a bordo de nuestra goleta, la salud de los marineros era excelente; y si los reclutados últimamente se quejaban entre ellos, los antiguos se mostraban llenos de celo y de esperanza, en plena satisfacción de estar tan cerca del fin que se proponían.

Se adivina cuáles debían ser los pensamientos, deseos e impaciencia del capitán Len Guy. Devoraba con los ojos el islote Bennet.

Pero había un hombre cuyas miradas se fijaban allí con más obstinación: éste era Hunt.

Desde el anclaje, Hunt no se había echado sobre el puente como acostumbraba, ni para dormir un par de horas. De codos sobre la baranda de estribor, cerrada su boca, arrugada la frente, no había abandonado aquel sitio, y sus ojos no se habían apartado ni un instante de la ribera.

Recuerdo que el nombre de Bennet es el del socio del capitán de la *Jane*, y que en honor suyo fue dado a la primera tierra descubierta en esta parte de la Antártida.

Antes de abandonar la *Halbrane*, Len Guy recomendó al lugarteniente que ejerciese una minuciosa vigilancia-

recomendación de la que Jem West no tenía necesidad.- Nuestra exploración no debía exigir más que medio día. Si por la tarde la canoa no había vuelto se enviaría otra embarcación en su busca.

-Ten también cuidado con nuestros reclutados- añadió el capitán Len Guy.

-No tenga usted inquietud ninguna, capitán- respondió el lugarteniente.- Y puesto que necesita usted cuatro remeros, escójalos entre los nuevos. Serán cuatro malas cabezas menos a bordo.

El aviso era sabio, pues bajo la deplorable influencia de Hearne, el descontento de sus compañeros de las Falklands tendía a ir en aumento.

Dispuesta la embarcación, cuatro de los nuevos se colocaron en ella en la proa, y Hunt en el timón. El capitán Len Guy, el contramaestre y yo nos sentamos en la popa, todos bien armados, y nos dirigimos al islote.

Media hora después habíamos dado vuelta al promontorio, que, visto de cerca, no presentaba más que un amontonamiento de rocas redondas. Allí se abría la pequeña bahía, en cuyo fondo habían acostado los botes de la *Jane*.

Hacia está bahía nos dirigió Hunt. Se podía fiar en su instinto, Maniobraba con notable precisión entre las puntas rocosas que emergían aquí y allá. Parecía conocer el terreno.

La exploración del islote no podía ser de larga duración. El capitán William Guy le había consagrado solamente algunas horas, y si existía algún indicio de su presencia, no escaparía a nuestras pesquisas.



Desembarcamos en el fondo de la bahía, sobre piedras tapizadas de un fino líquen. La marea decrecía ya, dejando al descubierto el fondo de la playa, de una arena sembrada de puntos negruzcos, semejantes a gruesas cabezas de clavos.

El capitán Len Guy me hizo notar sobre el arenoso tapiz gran cantidad de moluscos de forma oblonga, de una largura que variaba entre 3 y 18 pulgadas, y el grueso de los cuales era de 3. Los unos descansaban sobre su costado, los otros se arrastraban para buscar el sol y alimentarse con esos animalejos que producen el coral. En efecto: en dos o tres sitios observé varias puntas de un banco en formación.

-Ese molusco- me dijo el capitán Len Guy- el conocido con el nombre de escombro de mar, muy apreciado por los chinos. Si llamo la atención de usted sobre él, es porque la *Jane* visitó estos parajes con la intención de hacer provisiones de estos animales. No habrá usted olvidado que mi hermano convino con Too-Witt, el jefe de la isla Tsalal mediante la entrega de algunos centenares de piculs de estos moluscos, que fueran construidos cobertizos cerca de la costa, donde tres hombres debían ocuparse en la preparación de este producto, mientras la goleta continuaba su campaña... En fin, recordará usted en qué condiciones fue atacada y destruida...

¡Sí! Recordaba estos detalles, como cuantos Arthur Pym da respecto a este molusco, el *Gasteropeda pulmonifera* de Cuvier. Semeja una especie de gusano, de oruga, sin caparazón ni patas, únicamente provisto de anillos elásticos. Una vez recogidos de la arena, se les abre, se les despoja de sus entrañas, se les lava, se les cuece, se los entierra durante

algunas horas, y en seguida se les expone al calor del sol. Luego, una vez secos y acondicionados, se les expide a China. Muy estimados en los mercados del Celeste Imperio, tanto como los nidos de golondrina, considerados como un fortificante, son vendidos hasta a 90 dollars el picul-133 libras y media-no solamente en Cantón, sino en Singapore, Batavia y Manila.

Una vez que llegamos a las rocas, dejamos dos hombres al cuidado del bote, y acompañados de los otros dos, el capitán Len Guy, el contra maestre, Hunt y yo nos dirigimos al centro del islote Bennet.

Hunt marchaba a la cabeza, siempre silencioso, mientras que yo cambiaba algunas palabras con el capitán y el contra maestre. Hubiérase dicho que Hunt nos servía de guía, y no pude impedir ciertas observaciones respecto a ello.

Poco importaba después de todo. Lo esencial era no volver a bordo sin haber hecho un reconocimiento completo.

El suelo que pisábamos era extremadamente árido. Impropio para todo cultivo, no podía suministrar recurso alguno, ni aun a salvajes.

¿Cómo vivir allí donde no se produce más planta que una especie de higuera de Indias espinosa, con la que no se hubieran satisfecho ni los más rústicos rumiantes? Si después de la catástrofe de la *Jane*, William Guy y sus compañeros no habían tenido más refugio que este islote, el hambre les habría matado desde largo tiempo antes.

Desde el montículo colocado en el centro del islote, nuestras miradas pudieron abarcar a éste en toda su extensión. Nada... Nada por ninguna parte. Pero tal vez se conservaban huellas del pie humano, restos de hogares o cenizas, ruinas de casas..., en fin, pruebas materiales de que algunos de los tripulantes de la *Jane* habían estado allí... Y deseosos de comprobarlo, resolvimos seguir el perímetro del litoral desde el fondo de la bahía en que la nave había acostado.

Al bajar del montículo, Hunt se puso al frente, como si estuviera convenido que él nos guiara. Lo seguimos. Se dirigió a la extremidad meridional del islote.

Llegado a la punta, Hunt paseó su mirada en torno, se bajó, y con la mano mostró, en medio de las piedras esparcidas, una pieza de madera medio podrida.

-¡Lo recuerdo!- exclamé.- Arthur Pym habla de este madero, que parecía haber pertenecido a la roda de una embarcación, con huellas de esculturas...

-Entre las que mi hermano creyó descubrir el dibujo de una tortuga- añadió el capitán Len Guy.

-En efecto- dije yo.- Pero este parecido fue puesto en duda por Arthur Pym. No importa... puesto que esta pieza de madera está aun en el mismo sitio indicado en la relación, débese deducir que desde la escala de la *Jane* nadie ha venido al islote Bennet. Creo que perderemos nuestro tiempo buscando vestigios... Únicamente en la isla Tsalal es donde podemos hacer algo...

-¡Sí! En la isla Tsalal- respondió el capitán Len Guy.

Volvimos en dirección a la bahía, costeando, junto al terreno que dejaba libre la marea, la rocosa orilla. En diversos sitios se dibujaban bancos de coral. Respecto al escombros de mar, era tan abundante, que nuestra goleta hubiera podido embarcar un cargamento completo.

Hunt, al frente, silencioso, no cesaba de andar, con los ojos fijos en el suelo.

Cuando nuestras miradas se extendían, no distinguíamos más que la inmensidad desierta. Al Norte, la *Halbrane* mostraba su arboladura balanceada por una ligera brisa. Al Sur ninguna señal de tierra, y en todo caso no la de la isla Tsalal, que hubiéramos podido advertir en aquella dirección, puesto que su yacimiento la colocaba a los 1° 30' de arco en el Sur, o sea 30 millas marinas.

Lo que restaba por hacer después de haber recorrido el islote, sería volver a bordo y aparejar sin dilaciones con rumbo a la isla Tsalal.

Remontábamos entonces las playas del Este. Hunt, que iba unos diez pasos adelante, detúvose bruscamente y nos llamó con ademán precipitado.

En un instante estuvimos a su lado.

Si Hunt no demostró sorpresa alguna con motivo de la pieza de madera de que he hablado, su actitud cambió al arrodillarse ante un pedazo de tabla carcomida, abandonada sobre la arena.

La tocaba con sus enormes manos, la palpaba como deseoso de sentir su aspereza buscando en la superficie algunas rayas que podían ser muy significativas...

Aquella tabla de encina, de cinco a seis pies de largo y seis pulgadas de anchura, debía de haber pertenecido a una embarcación de grandes dimensiones. Tal vez a un navío de varios centenares de toneladas.

La pintura negra que en otra época la cubría había desaparecido bajo la especie de costra formada por la intemperie. Parecía provenir de la popa de un barco.

El contramaestre lo hizo notar así.

-¡Sí, sí!- repitió el capitán Len Guy.

-¡Formaba parte de una tabla de popa!

Hunt, siempre arrodillado, movía su gruesa cabeza en señal de asentimiento.

-Pero...- dije yo- esta tabla no ha podido ser arrojada al islote Bennet sino después de un naufragio. Es preciso que las contracorrientes la hayan encontrado en alta mar, y...

-¡Si fuera!...-exclamó el capitán.

Ambos habíamos tenido la misma idea.

¡Cuál fue nuestra sorpresa, nuestro estupor, nuestra indecible emoción, cuando Hunt nos mostró siete u ocho letras escritas sobre la tabla-no pintadas, sino grabadas-, y que se sentían bajo los dedos!

Fácil nos fue reconocer las letras de dos nombres, dispuestas en dos líneas, de este modo:

AN

LI E POL

¡La *Jane* de Liverpool! ¡La goleta mandada por el capitán William Guy! ¿Qué importaba que el tiempo hubiese borrado las otras letras? Lo que quedaba, ¿no era suficiente para indicar el nombre del navío y el de su puerto de atraque? ¡La *Jane* de Liverpool!

El capitán Len Guy había cogido la tabla entre sus manos, y apoyó en ella los labios, mientras que una gruesa lágrima caía de sus ojos.

Era uno de los restos de la *Jane*, uno de aquellos que la explosión había dispersado, y llevado allí ya por las contracorrientes, ya por un témpano.

Yo, sin pronunciar palabra, dejaba que se calmase la emoción del capitán Len Guy.

Respecto a Hunt, nunca había visto que de sus ojos se escapase mirada tan resplandeciente mientras observaba el horizonte del Sur.

El capitán se levantó.

Hunt, siempre en silencio, colocó la tabla sobre su espalda y continuamos nuestro camino.

Terminada la exploración del islote, nos dirigimos apresuradamente al sitio en que la canoa había quedado, y a las dos y media de la tarde estábamos a bordo.

El capitán Len Guy quiso prolongar la estancia en aquel punto hasta el siguiente día, con la esperanza de que se establecieran los vientos del Norte, lo que era de desear, pues no se podía pensar en remolcar la *Halbrane* con sus embarcaciones hasta la isla Tsalal. Aunque la corriente

ayudase, no hubieran bastado dos días para aquella travesía de 30 millas.

Aparejóse, pues, al despuntar el día. A las tres de la madrugada empezó a soplar ligera brisa, con lo que se pudo esperar que la goleta tocaría sin gran retraso al supremo objeto de su viaje.

A la seis y media de la mañana del 23 de Diciembre, la *Halbrane* abandonó el anclaje del islote Bennet, poniendo el cabo al Sur.

No era dudoso que habíamos recogido un nuevo y afirmativo testimonio de la catástrofe que tuvo por teatro a la isla Tsalal.

La brisa que nos empujaba era muy débil, y a menudo las velas deshinchadas golpeaban en los mástiles. Por fortuna, un sondaje indicó que la corriente se propagaba invariablemente hacia el Sur. Verdad que, dada la lentitud de la marcha, el capitán Len Guy no debía ver el yacimiento de la isla Tsalal antes de treinta y seis horas.

Durante aquel día observo muy atentamente las aguas del mar, que me parecieron de un azul menos obscuro que a Arthur Pym.

Tampoco habíamos encontrado ninguno de aquellos erizos de líneas rojas que fueron recogidos a bordo de la *Jane*, y el semejante de ese monstruo de la fauna austral, un animal de tres pies de largo y seis pulgadas de alto, con cuatro patas cortas y pies terminados en garras de color de coral, cuerpo sedoso y blanco, cola de ratón, cabeza de gato, orejas de perro y dientes rojos. Por lo demás, yo siempre

consideré gran parte de estos detalles como sospechosos y únicamente debidos a un exceso de imaginación.

Sentado en la popa, con el libro de Edgard Poe en la mano, yo leía, no sin advertir que Hunt, cuando su servicio le llamaba cerca de donde yo estaba, me miraba con singular obstinación.

Precisamente estaba yo en el final del capítulo XVII, en el que Arthur Pym se reconocía responsable de los tristes y sangrientos sucesos, que fueron el resultado de sus consejos. Él fue, en efecto, quien venció las dudas del capitán Len Guy, arrastrándole a aprovechar una ocasión tan tentadora para resolver el gran problema, relativo a un continente antártico. Por lo demás, aceptando está responsabilidad, ¿no se felicitaba de haber sido la causa de un descubrimiento y haber servido en alguna forma para poner ante los ojos de la ciencia uno de los más entusiasmadores secretos que jamás hayan atraído su atención?

Durante aquel día vimos gran número de ballenas. Igualmente innumerables albatros, con el vuelo siempre hacia el Sur. Témpanos, ninguno. Por cima de los extremos límites del horizonte, no se distinguía ni aun la reverberación del *blink* de los *ice-fields*.

El viento no marcaba tendencia a refrescar, y algunas brumas velaban el sol.

Eran las cinco de la tarde, cuando los últimos perfiles del islote Bennet se borraron. ¡Qué poco camino habíamos hecho desde la mañana!



La brújula, observada de continuo, no daba más que una insignificante variación, lo que confirmaba la relación de Edgard Poe.

Diversos sondajes no nos dieron fondo, por más que el contraмаestre emplease sondas de 200 brazas. Era una suerte que la dirección de la corriente permitiese a la goleta adelantar poco a poco hacia el Sur, con velocidad de media milla solamente.

Desde seis el sol desapareció tras la opaca cortina de las brumas, más allá de la que continuó describiendo su larga espiral descendente.

La brisa no se dejaba sentir; contrariedad que no soportábamos sin vivísima impaciencia. ¿Qué hacer si estos retrasos se prolongaban, si el viento cambiaba? Aquella mar no debía de estar al abrigo de las tempestades, y una borrasca que arrojase la goleta hacia el Norte hubiera ayudado el juego de Hearne y de sus compañeros, justificando, hasta cierto punto, sus quejas.

No obstante, pasada la media noche el viento refrescó y la *Halbrane* pudo avanzar una docena de millas.

Al siguiente día, 24, el punto dio 83° 2' de latitud y 43° 5' de longitud. La *Halbrane* se encontraba, pues, a diez y ocho minutos de arco del yacimiento de la isla Tsalal, o sea menos de un tercio de grado o 20 millas.

Por desgracia, desde el mediodía el viento no nos ayudó. No obstante, gracias a la corriente, la isla Tsalal fue señalada a las seis y cuarenta y cinco de la tarde.

Desde que el ancla fue enviada a fondo, se extremó la vigilancia.

Los cañones estaban cargados, los fusiles al alcance de la mano, las redes de abordaje dispuestas.

La *Halbrane* no corría el riesgo de ser sorprendida. Todos los ojos vigilaban a bordo, particularmente los de Hunt, que ni por un instante se apartaron del horizonte de la zona austral.